

DESPIÉRTAME PARA VERTE MORIR

Miguel Aguerralde



Lectulandia

Richie Santoro terminó sus días en la silla eléctrica jurando venganza contra el abogado que logró su condena. Todos decían que lo que había hecho a esa niña no tenía perdón de Dios.

Han pasado dos años y el entonces abogado Marcus Crane ha dejado de ejercer. Vive atormentado por la crueldad y la inmundicia con la que tuvo que lidiar al hacerse cargo del caso Santoro.

Ahora que se cumple la efeméride una ola de crímenes parece cebarse con los amigos y allegados de Crane, obligado a contemplar las imágenes de cada uno de los asesinatos.

Asesinatos que llevan la extraña marca de un viejo conocido... Nunca debió aceptar ese caso.

Nunca debió llegar a la obsesión.

Lectulandia

Miguel Aguerralde

Despiértame para verte morir

ePub r1.0

Karras 24-02-2019

Título original: *Despiértame para verte morir*
Miguel Aguerralde, 2013

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Nota del autor
La alameda
Navidad, 1998
Lullaby Hills
Marcus Crane
Penny Lane
Sara
Richie
Máxima audiencia
Cara o cruz
La televisión mata
Reencuentro
A corazón abierto
Pesadillas
Mi refugio
El buen Tom
Sorpresa
Uno
Frío funeral
Para qué están los amigos
Dos
Rencores enterrados
Sobre tu tumba
Miedo
Tres
La duda ofende
Taipei
Respuestas
Claro de luna
Venganza
El espejo
Agradecimientos
Sobre el autor

*Para mi madre, por encender la chispa.
Para Eli, por avivarla*

*Estimado señor Biegler.
Lo lamento, pero tuve que irme de repente.
Me dominó un impulso irresistible.*

Anatomía de un asesinato, 1959

Bien. No quisiera pensar que me ha olvidado.

El cabo del terror, 1962

Nota del autor

Llega un momento para todo aficionado al cine en el que queda atrapado por los bancos de madera, las togas oscuras y la verborrea de los abogados, incapaz de apartar los ojos del acusado mientras se pregunta mil veces si será culpable o no, ¿realmente lo habrá hecho?

Para mí esa época llegó en los noventa de la mano de la mayor cinéfila que haya conocido: mi madre; y de su sutileza a la hora de engancharme al buen cine. Películas como *Presunto inocente*, *Sospechoso*, *Las dos caras de la verdad*, *JFK* o *Tiempo de matar* pusieron de moda, quizá tras la explosión adrenalítica de los ochenta, un retorno al cine de juicios y letrados que me dejó rendido ante las reposiciones de Perry Mason y de clásicos como *Anatomía de un asesinato*, *El proceso Paradine* o *El cabo del terror*.

Ese cine de investigación, de pruebas y teorías no prima en las carteleras, es cierto, pero en esa época dejó el poso suficiente en mi subconsciente como para que, llegado el momento de plantearme un policíaco de manual, no se me escapase la figura del abogado perspicaz y del retorcido criminal enfrentados en una sala de vistas ante una manoseada Biblia, la maza de un juez y las miradas inquisidoras de los miembros del jurado.

De manera que es a ellos a los que debo el nacimiento de esta novela. Un libro inundado de *jazz*, de blanco y negro y de olor a pólvora. Un sueño inquietante que bosquejé en un papel al despertarme y que creció en soledad como un homenaje al cine que adoro.

Me desperté gritando. Eso sí lo recuerdo.
Y en mi pesadilla tenía las manos manchadas de sangre.

La alameda

Jimmy Fix tiene sesenta y siete años. Ha participado en dos guerras y, aunque no le gusta, sabe que se ha ganado merecidamente esa jubilación. Lleva algún tiempo retirado de la gasolinera en la que ha trabajado las dos últimas décadas, pero no logra acostumbrarse a no tener nada que hacer. Le gusta Lullaby Hills, le gustan su tranquilidad y su anonimato. Uno más de los minúsculos pueblos que como migas de pan manchan el mapa del Estado. Se precia de conocer a todos y de saberlo todo de todos, de haber visto cosas que llenarían la vida de cualquiera dos veces. Y sin embargo ahora se aburre, se aburre terriblemente. Sus huesos castigados y sus músculos curtidos se han mantenido en una aceptable buena forma durante el tiempo que ha permanecido activo, pero desde que la empresa de carburantes decidió sustituirle por alguien más joven y que supiera manejar las nuevas máquinas, los achaques y el cansancio que no había padecido hasta entonces parecen echársele encima de golpe. Por lo que a él respecta, toda la vida se ha puesto gasolina igual y no entiende por qué ahora hay que utilizar tantos botones.

El único momento del día en que Jimmy recobra un ápice de su vitalidad es cuando saca de paseo a sus dos perros de caza, Lupo y Celsius, por la arboleda que rodea la estación de ferrocarril abandonada. Acostumbra a llevarlos allí cada tarde para que corran a sus anchas hasta que caiga la noche. Esta tarde, casi al anochecer Lupo se pone a ladrar. Y no suele hacerlo sin motivo. Jimmy se acerca a él para ver qué le ocurre, pero entonces es Celsius el que empieza a llorar desde el otro lado. Fix se siente desconcertado, no sabe a cuál atender primero. De pronto Lupo pasa corriendo por su lado y comienza a escarbar histérico junto a unas matas. El viejo gasolinero se quita la gorra y se rasca la cabeza a medio clarear. Algo está pasando en el páramo y por todo el santoral que va a descubrir de qué se trata.

Celsius sigue tumbado en el suelo, olisqueando con precaución un bulto rojo —la vista de Fix no es ya lo que solía—, y más allá Lupo intenta sacar una especie de rama de entre los arbustos. Cuando lo consigue se la lleva a su dueño. Lo que el animal pone en la mano de Jim es un brazo de niño arrancado de su cuerpo. Ahogando una maldición, el gasolinero lo deja caer al suelo y observa a su perro correr hacia otro lado. Al poco el animal regresa arrastrando con los dientes una pierna amputada que le pesa demasiado, los dedos ensangrentados de los pies dibujan surcos diminutos en la arena.

Entonces Lupo se detiene junto a su hermano, observa el extraño bulto que este custodia moviendo el rabo y jadeando emocionado. Casi parece que sonría. ¿Podemos jugar? Fix llega hasta ellos y, antes de terminar de reconocer aquella abominación, cae de rodillas fulminado por una arcada, expulsa al exterior todo el

contenido de su estómago. Es un cuerpo humano lo que han encontrado los perros. El cadáver de una niña, y en qué condiciones. Tiene el abdomen completamente abierto como quien descierra una cremallera. Lupo olfatea una porción de intestino que resbala desenredada por la ingle como si dudara de su sabor. Celsius mira fijamente el espacio bulboso encima del cuello donde debería estar la cabeza, como si algo pudiera salir de entre aquel amasijo de músculo y cervicales desgarradas.

Quién puede haber hecho algo así, quién es esa niña, dónde está su cabeza.

Navidad, 1998

—Señoría, damas y caballeros del jurado. Durante los últimos meses hemos acudido a esta sala para decidir el futuro de un hombre. Mil veces han escuchado los testimonios que afirman haber visto por última vez a la pequeña Penny Lane, de ocho años de edad, en la tarde del pasado catorce de septiembre, cuando salía de la confitería Annita's, en el pueblo de Lullaby Hills. Aseguran que, tras detenerse para charlar con un joven, los dos reemprendieron la marcha en dirección al parque, atravesaron el área recreativa y la zona de columpios y se internaron en la arboleda hacia la antigua estación de ferrocarril.

Explicué todo esto fríamente, sin ninguna emoción en mi voz, mientras apoyaba mis afirmaciones señalando con una varilla sobre una pizarra en la que había dibujado un plano de Lullaby Hills. Había coloreado en rojo la zona del pueblo por la que se había visto a Penny Lane pasear en su última tarde con vida, e indiqué cada uno de sus movimientos dando débiles golpecitos sobre el mapa de tiza ante la atenta mirada del jurado. Podía sentir cómo sus ojos oscilaban desde los míos hasta la punta de la vara.

—Como han escuchado, ocho de los doce testigos describen al hombre con el que habló y con quien se marchó la niña como un joven espigado, de rasgos latinos y brazos tatuados. Exactamente el hombre que está en esta sala.

Dejé en el aire una pausa para facilitar que su señoría, los miembros del jurado y el resto de los presentes dirigieran sus miradas hacia el acusado, el cual, sentado a mi espalda y a la izquierda de su abogado, clavaba a su vez sus ojos cargados de odio en mi nuca.

—No es necesario que repita que todos ellos han reconocido a Ricardo, Richie Santoro, apodado Chino, como el muchacho que se llevó aquella tarde a Penny Lane hacia la vieja estación.

Caminé muy despacio hasta mi escritorio para beber un poco de agua, aunque en realidad no tenía sed, y aproveché para ganar tiempo fingiendo ordenar mis papeles. Lo que pretendía era que se fijaran en él, quería obligarlos a mirarlo, y a él a sentirse incómodo, acorralado. Funcionó. Santoro se retorció en su silla consciente de que mi intervención acababa con sus esperanzas de una pena menor. Su abogado, triste y cabizbajo ante un caso que para él había nacido perdido, trataba sin éxito de mantener a ese infeliz quieto en su asiento.

—Por favor, señor Crane, continúe —el juez se había dado cuenta de mi maniobra, así que disimulando una sonrisa me giré hacia el jurado para retomar el hilo de mi exposición final.

—Desde luego, señoría. Lo lamento —asentí—. Como iba diciendo, cinco días más tarde de la desaparición de la niña, cuando recorría con sus perros la arboleda en torno a la estación abandonada, el viejo gasolinero, Jimmy Fix, encontró junto a las antiguas vías un cuerpo brutalmente mutilado. Como el propio Jim explicó en su intervención, la sensación que experimentó al descubrir el cadáver fue una mezcla de asco y pavor que le revolvió el estómago y que le hizo, en sus propias palabras, «tener que apartarse a vomitar por primera vez en su condenada vida». —Coloqué en la pizarra las fotografías del cuerpo de la niña—. Eran los restos de Penny Lane.

Un acceso de náuseas recorrió como una ola los asientos del jurado y las butacas de la platea. Los asistentes se miraban entre sí y murmuraban oraciones mientras se hacían la señal de la cruz. Los familiares de Penny, sentados en primera fila detrás de mi escritorio, bajaron la vista. No dejé que me afectara y continué en el mismo tono, aun a riesgo de resultar demasiado explícito.

—Como resultado de las labores policiales de los tres días siguientes se encontraron, en un área de cincuenta metros alrededor del cadáver, los brazos y piernas de Penny arrojados entre los matorrales. Sin embargo, su cabeza estaba enterrada junto al viejo pozo con los ojos acuchillados y la lengua cortada.

De nuevo me detuve y me quité las gafas para frotarme los párpados simulando estar intensamente afectado. Aunque comprenderán que, a esas alturas del proceso, después de pasar largos meses investigando y profundizando en semejantes atrocidades, mi sistema nervioso era ya inmune a las evocaciones de ese tipo. Decidí continuar antes de que su señoría me llamase por segunda vez la atención y los miembros del jurado descubriesen mis intenciones.

—El informe forense, ya detallado en su día, afirma que antes de la mutilación la víctima fue brutalmente violada. Además, los restos de semen hallados en su cabeza están por encima de las heridas, lo que indica que después de cortarla el hijo de perra se masturbó sobre ella.

Aquí me tuve que detener de nuevo, pero esta vez obligado por el alboroto generado en la sala. Su señoría llamó al orden dando golpes con su maza.

—Señor Crane, cuide su lenguaje. ¡Silencio!

Me disculpé y decidí continuar.

—Según este informe el crimen tuvo que ser cometido entre las cinco y las seis de la tarde. En esos momentos, las calles del pueblo, que no distan más que algunos minutos del lugar donde se encontró el cadáver, debían encontrarse abarrotadas de gente, por lo que es posible que el agresor decidiera cortarle la lengua para impedir que pudiera pedir ayuda.

Santoro se revolvía en su asiento desesperando a su abogado. La gente murmuraba y le señalaba con miradas acusadoras.

—Y por otro lado, recuerden —añadí— que los análisis de ADN realizados sobre las pruebas orgánicas encontradas en el cuerpo de la niña revelan, con muy poco

margen de error, que el autor material de la violación y, por tanto, de la posterior mutilación y asesinato es el hombre sentado frente a ustedes.

El abogado defensor inició un ademán de protesta, pero renunció. Y es que, aunque a ojos de la opinión pública estaba claro que Santoro había sido el autor del crimen más cruel y despiadado de los últimos años, desde el punto de vista legal el caso presentaba todavía alguna incógnita. El arma homicida, por ejemplo. No teníamos arma.

Los expertos habían aventurado que semejantes cortes tenían que haber sido efectuados con un cuchillo no demasiado largo ni afilado, pero sí resistente. Sin embargo, este, si existía, jamás había podido ser encontrado. Ese era el único punto de apoyo de la defensa, la falta de pruebas materiales que culpasen a Chino de las mutilaciones y del asesinato —que no de la violación, ya que de esta había evidencias más que suficientes—, y aferrándose a él trataba de conseguir una pena menor por un delito de abusos, alegando, además, demencia momentánea para atenuar la gravedad de las acusaciones. Por desgracia para él, los restos del semen de Richie cubriendo los cortes dejaban pocas dudas de su implicación en la carnicería, y respecto a su supuesta demencia, bueno, él mismo, con su comportamiento en la sala, se había encargado de facilitar el trabajo a mi especialista en psicología.

No había arma homicida, pero sí que se había encontrado en la cocina de la madre de Santoro un enorme cuchillo de trinchar cuya hoja y empuñadura habían sido lavados con lejía hasta la exageración. No, no era una prueba concluyente, pero bastaba para terminar de atar a Richie a la silla eléctrica. Con arma o sin ella el caso estaba ganado. Bebí agua y respiré profundamente antes de volver a hablar, dispuesto a terminar lo más rápido y de la mejor manera posible.

—Damas y caballeros. Poco más puedo añadir a lo que ya saben. Durante este proceso hemos intentado reconstruir los acontecimientos que tuvieron lugar aquella tarde de final de verano en lo profundo de la arboleda de Lullaby Hills. Después de lo expuesto aquí no me cabe la menor duda, y creo que a ustedes tampoco, de que Ricardo Santoro sedujo, violó y mutiló a una niña inocente para satisfacer Dios sabe qué necesidades. Muchos de ustedes tienen hijos y yo sé que más de una vez se han puesto en la piel de la familia Lane y han sentido como suyos los indescriptibles momentos de rabia e impotencia que han tenido que sufrir por lo que este hombre hizo a su hija. Solo les ruego que lo hagan una vez más, que imaginen cómo reaccionarían ustedes, qué sentirían, si su hija fuese abordada al salir de una confitería y arrastrada hacia el bosque y, una vez allí, violada y despedazada antes de, y perdonen mi dureza, masturbarse sobre su cara, decapitarla y enterrar su cabeza junto a un pozo de camino a casa.

Solían acusarme de ser excesivamente frío, criticaban mi manera directa y, en ocasiones, demasiado explícita de describir los hechos. Decían que disfrutaba recreándome en explicaciones innecesariamente teatrales y efectistas, sin guardar el menor respeto por la sensibilidad de los asistentes y, sobre todo, de los familiares de

la víctima. Manipulador y sensacionalista, me llamaron, falto de ética profesional, llegaron a escribir, Marcus Crane, más preocupado por los focos que por los actores. Y así es, todo es cierto. Pero en aquella ocasión ni siquiera hacía falta. Porque cuando acabé mi exposición algunos miembros del jurado apartaban la mirada, otros se tapaban la boca y muchos lloraban en silencio. Fui consciente de que estaba siendo duro, en especial para los padres de Penny. Crucé una mirada con mi ayudante, Danny Deacon, y sus ojos me confirmaron que ya era suficiente. A falta de la intervención del defensor, el juicio había terminado.

—Confío en que no dejarán salir impune a criminal semejante. Mediten lo que han visto y oído, analicen los hechos y básense en ellos para dictar sentencia. Por mi parte esto es todo. Gracias.

Nada más terminar y regresar a mi escritorio, percibí la tensión en la sala.

—Te has pasado —me susurró Danny, señalándome con un gesto los rostros desconsolados de los Lane y sus familiares.

—Era necesario —le respondí, indicándole que se fijara en las reacciones del jurado.

Además, como ya esperaba, mis palabras habían causado la mella más profunda en el propio Santoro, que apretaba sus puños esposados mientras clavaba con furia sus ojos en mí. *Se acusa él solito*, pensé divertido al ver cómo su abogado trataba de obligarle a mantener la compostura. Culpable ante los ojos del mundo, después de mi discurso y del aluvión de pruebas en su contra, estaba acabado. Sin duda él lo sabía y no era capaz de controlar por más tiempo su ira, que estúpidamente descargaba sobre mí.

En su turno de intervención, el joven abogado defensor —no recuerdo su nombre y creo que nunca me importó saberlo—, un hombre enjuto y de apariencia frágil que escondía su mirada de derrota tras unas gruesas gafas de pasta, deseaba demostrar su profesionalidad defendiendo un caso perdido de antemano. Trató en vano de matizar las circunstancias del crimen, aferrado a la ausencia de arma y a una supuesta locura que mis expertos habían descartado rotundamente. No, no iba a conseguir rebajar la pena, que para la acusación de asesinato premeditado era de muerte. El sudor rodaba por su frente mientras, más que alegar, balbucía ante el jurado. Pensé que él mejor que nadie sabía que Richie Santoro era culpable. Cuando el jurado se retiró a deliberar, unos y otros nos recostamos en nuestros asientos.

Nadie lo había pasado bien en aquel proceso. Trabajar en el caso Santoro fue lo más parecido a pasar una temporada en el infierno, la presión era enorme. Tras conocerse lo ocurrido en la arboleda, el pueblo entero se había echado a la calle pidiendo la cabeza del asesino. Día tras día decenas de personas bramaban a las puertas de los juzgados en busca de una condena ejemplar. El escándalo no tardó en trascender las fronteras del Estado, y en todo el país se sucedieron las concentraciones que pedían la pena capital. Las asociaciones pro derechos humanos, tan activas contra la pena de muerte, dudaban al ser preguntadas, la comunidad

hispana y sus representantes miraban hacia otro lado. Chino, condenado sin veredicto, estaba solo.

Y mientras el joven abogado defensor luchaba como gato panza arriba contra la opinión pública y contra su propio cargo de conciencia, yo ganaba sin esfuerzo el proceso más importante que jamás había tenido entre manos y que me otorgaba una enorme popularidad. Cada día los informativos abrían con nuestro caso y los programas de radio y televisión se peleaban por entrevistarme y obtener mis últimas declaraciones. Las primeras páginas eran para nosotros. La noticia dio la vuelta a un mundo que tenía sus ojos pendientes solo de la decisión del jurado.

—Culpable.

Todo lo que sucedió a continuación lo recuerdo como en una nube confusa. La sala, que se había mantenido en un silencio fúnebre durante los segundos previos a la lectura del veredicto, estalló en gritos y aplausos. Casi pudimos sentir la satisfacción de miles de personas que alrededor del globo celebraban la victoria, y ni siquiera la voz del juez pudo frenar tal tensión contenida.

—Se declara al acusado Ricardo Santoro culpable de homicidio en primer grado con ensañamiento y mutilación, así como de maltrato y violación de un menor, y se le condena, según la ley de este Estado, a la pena de muerte. Se dispone que sea encarcelado en espera de que se tramite su ejecución en el menor plazo posible. Se levanta la sesión.

Con el último golpe de su maza, su señoría dio por concluido el proceso contra Richie Santoro. La multitud que se arremolinaba en el exterior de los juzgados celebraba nuestra victoria mientras, en el interior, dos agentes se acercaban al acusado y lo ponían en pie para conducirlo al calabozo.

Mis ayudantes, los familiares de Penny, los sufridos defensores y muchos de los asistentes en la sala se acercaron hasta mí para estrechar mi mano y darme la enhorabuena. Agradecí y contesté el gesto a cada uno, pero sin prestarles atención. Con una estúpida expresión de triunfo contemplaba cómo trataban de sujetar a Chino mientras este, con las facciones desencajadas, se libraba de sus cuidadores y se abalanzaba contra mí. En décimas de segundo cruzó los no menos de diez metros que lo separaban de mi mesa, sus manos se aferraron a mi garganta y sentí su aliento ardiente en mi nariz a la vez que me quedaba sin respiración. No puedo decir con seguridad cuántos policías tuvieron que sujetarle porque comenzaba a perder el conocimiento. Sentí aquella presión estrujando mi cuello y estaba seguro de que me lo iba a partir cuando por fin me lo quitaron de encima y lograron reducirlo.

Me incorporé tosiendo, y mientras me esforzaba por recuperar el aliento, observé cómo levantaban a Richie y lo sacaban a rastras de la sala. Parecía una fiera rabiosa. Gruñía, resoplaba, luchaba por zafarse con las venas hinchadas, los ojos desorbitados y los dientes apretados como un animal rabioso. Aquella imagen se incrustó en mi mente. Demasiado. Algo se quebró en mi interior cuando su mirada encontró la mía.

—¡Abogado! —gritó, pero aquella no era su voz, era como si el mismo Satanás me llamase a través de él. Los guardias intentaban arrastrarlo fuera de la sala, pero aun así los últimos ecos de sus aullidos me llegaron como una sentencia—. ¡Algún día, abogado! ¡Algún día tú arderás conmigo en el infierno!

Lullaby Hills

La campana de la confitería tintinea dos veces, la primera al abrirse la puerta para que entre una pareja y, después, cuando se cierra tras la salida de la niña. Penny se lleva una espiral de regaliz a la boca y se dirige a la entrada del mercado, a dos calles al sur, donde su madre elige el pescado para la cena. El hombre la observa apoyado en una marquesina, se hurga entre los dientes con un palillo.

Lo escupe antes de echar a andar tras la niña.

El verano agoniza, pero aún no anochece temprano. Queda un buen rato de luz y las calles permanecerán pobladas hasta el cierre de los comercios. El hombre se acerca a la niña y se interesa por sus golosinas, pasea unos metros con ella.

El mercado queda cerca. Penny sabe que no debe hablar con él, es malo, dicen. Pero está siendo amable y, total, por ser un poco cortés no va a sucederle nada. Además, el mercado, el mercado queda cerca. Le enseña la bolsa de golosinas, él le pregunta cuáles son sus favoritas.

Es divertido charlar con él, qué raros son los adultos. Quizá le diga a mamá que no es tan malo como ella piensa o, bueno, mejor no le dirá que ha hablado con él. Sí, claro, puedo darte una. ¿Que si quiero más? Mamá no me ha dado más dinero.

Me temo que no conoces la nueva confitería, la que acaba de abrir y regala bolsas de dulces a sus primeros visitantes. ¿No me crees? Confía en mí, por qué iba a mentirte.

Penny le dice que ha de volver con su madre, que la espera en el puesto del pescadero. Pero solo será un momento, la nueva confitería está muy cerca, al otro lado de la arboleda. Serán cinco minutos, ven conmigo, toma tus golosinas de regalo y vuelve con tu madre al mercado. No se hará tarde. Oh, sí. Yo también quiero ir, me encantan sus dulces, aunque yo tendré que pagarlos, los míos de regalo ya me los dieron la semana pasada. Claro, por eso sé dónde está. Ven.

* * *

La campana de la confitería tintinea dos veces, la puerta se abre para que salga la pareja y se vuelve a cerrar tras las hermanas Betsy y Clara Kyle. Dentro sigue Dora Ramses, charlando con Annita mientras la repostera le prepara los pasteles para sus nietos. Ninguno se ha fijado en que Penny ha cogido la mano de aquel hombre. Solo Marky Benson y el matrimonio Dowes, parados en el semáforo, recordarán después que se marcharon juntos hacia la arboleda. Tom McBried y Lars Rutherford, que esperan el autobús, afirmarán no estar seguros de si era Penny Lane, pero a él sí que

le reconocieron. Un puñado de paseantes y tenderos de la avenida principal de Lullaby Hills afirmarán haber visto lo que no han visto.

* * *

¿Es por aquí? Sí, por aquí es. Extraño lugar para una confitería. ¿Qué dices? Es el mejor. Así no se llena de curiosos y las golosinas van a quien de verdad las quiere. Tú sabrás, a mi este sitio no me gusta. Creo que debería volver con mi madre.

Marcus Crane

Extracto del capítulo primero del libro *Memorias de un caso cerrado*, por Marcus Crane.

Dicen que hay gente que vive de su pasado. Yo llevo dos años haciéndolo. Exactamente desde el día en que envié a Chino a la silla eléctrica. Mi nombre es Marcus Crane y era abogado, hoy se cumplen dos años desde que ya no lo soy.

Nací cuando el siglo pasado comenzaba a declinar, en un precioso pueblo del norte, de esos en los que el invierno cala tanto en la tierra y en el aire como en las almas de los hombres. Antes que alcalde mi abuelo había sido un importante abogado primero, y un ejemplar fiscal general del Estado después, y de él heredó mi padre tanto el cargo como la pasión por la abogacía. Más de ochenta años de ejercicio entre ambos tiñeron mi infancia del rancio aroma de los libros de leyes y los tratados de Derecho.

Vivíamos en una opulenta mansión centenaria construida según el estilo victoriano, que dominaba el pueblo desde lo alto de una colina y proyectaba así, en los pocos días soleados que nos regalaba aquel crudo y húmedo clima montañoso, su alargada sombra sobre los tejados de las casas de madera y teja. A esta finca, símbolo de nuestra autoridad y respeto en la villa durante décadas, nos mudamos siendo yo aún muy joven, cuando el viejo y querido alcalde Crane decidió abandonarla —sometiéndose así a los deseos de su nueva y joven esposa, la cuarta, creo recordar— para retirarse de la política y marcharse a vivir a un no menos lujoso rancho en las colinas sureñas, mejor tratadas por la climatología. De esta repentina manera cedió mi abuelo el puesto a su hijo, el entonces fiscal Marcus Crane Jr., que accedió así a la alcaldía y no tardó demasiado en nombrar como su sucesor a la cabeza de la fiscalía a su propio hermano Joseph.

Sin embargo, yo apenas tuve tiempo de disfrutar de la casona, ya que pocos años después de mudarnos, y tras terminar brillantemente mis estudios de secundaria, a mi padre le faltó tiempo para enviarme a la universidad a estudiar —¿lo adivinan?— Derecho y Ciencias Jurídicas.

Así que crecí solo, en una fría familia, en un frío pueblo y en una fría casa, con unos padres siempre demasiado ocupados como para

prestarme atención, y sin hermanos ni amigos con quienes compartir experiencias. Mi padre se había negado a ampliar la familia, pues, según él, no era necesario, y los niños de mi edad rechazaban el halo de poder y ostentación que envolvía a mi linaje, así que mis únicos amigos eran los libros y los compañeros del equipo de fútbol, que derrochaban su tiempo y neuronas entre fiestas, coches de carreras y faldas cortas. Entretenimientos todos que, propios de la pubertad, mi padre tanto odiaba y a mí tanto me aburrían.

Una de las mayores desilusiones que se llevaron en su vida los honorables abogados, fiscales y alcaldes Crane fue cuando el pequeño de la saga, al que llevaban educando en leyes desde niño convencidos de verle seguir sus pasos, se convirtió en estrella del equipo de fútbol universitario. Alto y robusto, con enormes aptitudes atléticas, una desmedida competitividad y dispuesto siempre a luchar por la superación de mis propios límites, los expertos veían en mí a una promesa del deporte con un más que brillante futuro en el fútbol profesional, lo que desataba, en cierta manera, las iras de mi padre y abuelo.

Pero yo deseaba ese futuro. Las leyes, tal vez a fuerza de tanto mamarlas, no me atraían en absoluto, y en cambio me encontraba a gusto en el campo de juego luchando por cada balón, doblando cada esfuerzo, compitiendo hasta la extenuación y desterrando con cada patada las imposiciones que me acosaban en casa.

Justicia poética, debieron pensar mi abuelo y sus hijos, a sabiendas de que las rodillas no atienden a los impulsos del corazón y que en cualquier momento una de ellas puede decidir que ya es suficiente.

Mi rodilla me traicionó en uno de los partidos finales de mi penúltimo año universitario, un giro articular que nunca llegó a completarse me retiró para siempre del fútbol y me encadenó sin remedio a la toga. Frustrados mis sueños deportivos, como si una mano negra hubiera alterado las líneas de mi destino, me vi obligado a descargar todas mis energías, trabajo y tesón, que no mi ilusión, en el Derecho, volcando ese carácter ganador y esa determinación en mis estudios y logrando graduarme con honores y seguir, qué remedio, la tradición familiar. A partir de entonces no tardé demasiado en conseguir, con la inestimable ayuda de mi padre, introducirme en el mundo del ejercicio activo y lograr un puesto como letrado en un bufete de la ciudad, donde comencé a labrarme una reputación como abogado agresivo y luchador.

Como hombre de leyes, profesión a la que llegué por imposición más que por vocación, jamás mostré ni el oficio ni la categoría de mi abuelo, ni la autoridad ni la pasión de mi padre, pero sí conseguí, amparado por la calidad y reputación de mis raíces, hacerme acreedor de cierto respeto entre mis compañeros, elogios ganados caso a caso, divorcio a divorcio, pleito a pleito.

A pesar de que no entré en el campo criminalista hasta tiempo después, los casos gordos y la popularidad no tardaron en llegar, trabajando mucho y bien, con agresividad, carácter y —no estará de más reconocerlo— ciertas dosis de arrogancia.

En cualquier caso, mi buen hacer llamó pronto la atención de mis superiores y de la propia comunidad de abogados, y entre ellos de uno de los grandes, Leroy Hawk, entonces fiscal general del Estado y gran amigo personal de mi padre, quien fue mi verdadero mentor en la abogacía y me ayudó a ascender en mi carrera. Fui propuesto para incorporarme a su equipo de trabajo, un paso definitivo para seguir las huellas de mis mayores.

Durante casi ocho años trabajé como uno de los ayudantes del fiscal y aprendí muchas de las maneras que definen a un buen abogado, incorporando varias de ellas a mi propio estilo y mejorando algunas otras para convertirme, con el tiempo, en uno de los más reputados y reconocidos criminalistas del Estado.

Dicen de mí que soy engreído, pomposo, arrogante y casi despreciable durante los procesos. Yo opino que en un juicio todo el mundo se juega demasiado, lo justo o lo injusto se decide por la buena o mala actuación de un abogado, y a quien yo represente tiene el derecho de contar, y ha de estar seguro de que cuenta, con el mejor letrado posible. Y el mejor debe ser audaz, frío y obstinado, y si para ello ha de ser también altivo y despreciable, que así sea. Y, por cierto, el mejor era yo.

Cuando Hawk decidió retirarse fueron convocadas unas elecciones en las que propusieron tres candidatos. Salí elegido sin apenas oposición y cumplí así, casi en su lecho de muerte, el mayor de los sueños de mi padre, el verme convertido en el cuarto Crane que llegaba al puesto de fiscal del Estado.

Mi viejo falleció hace ya cinco años, tres antes del comienzo del caso Santoro, y murió feliz tras asistir como último acto oficial a la investidura de su hijo, el fiscal general más joven jamás nombrado. El invierno anterior a su muerte había sido detectado un tumor en el pecho de mi madre, demasiado tarde para poder salvarla de una agonía que terminó con ella año y medio después.

El primer y gran Marcus Crane, el patriarca, el célebre fiscal y querido alcalde, mi casi desconocido abuelo, murió mucho antes que ellos, poco después de mi lesión de rodilla; fue encontrado sin vida una mañana en su cama, «parecía dormido» —había dicho su viuda—, con una cálida sonrisa algo sospechosa en el rostro. A saber lo que había estado haciendo aquella noche el viejo bribón, a sus años. Pero el caso es que la joven arpía, casi de mi edad, había logrado que el abuelo le cediera en su testamento todo el control sobre su herencia —casas, fincas, su fortuna—, por lo que no creo que tuviera demasiados problemas para consolarse. Lo peor fue que la efusividad conyugal de mi abuelo y su concubina había ofrecido a mi padre el último e incontestable argumento para que me convirtiera en abogado: «Hazlo por tu abuelo», me decía.

Y lo logré. Y tantos años de entrega y privaciones, de dedicación exclusiva, ya fuera al fútbol o al Derecho, forjaron en mí un carácter difícil, una personalidad sombría y solitaria que siempre se ha interpuesto en mis relaciones con los demás. Pocas amistades, menos mujeres, ningún vicio y escasas manías. Los que me conocen me describen como complejo y distante, a veces frío, insociable, alguien que se sabe incomprendido y que no desea hacer nada para cambiarlo. Sin duda es por eso por lo que muy pocas personas han conseguido encontrar en mí algo de calor humano y me han hecho sentir el suyo. Se cuentan con los dedos de una mano los que han logrado conocerme de verdad y entrar en mi tan estrecha intimidad, y tal vez a nadie le ha gustado lo que ha visto. No puedo nombrar entre ellos a mis padres, ya que jamás les interesé como persona, sino como instrumento para la consecución de sus propios fines. Así que, de hecho, haciendo un considerable esfuerzo, apenas puedo rescatar de los débiles lazos de mis sentimientos a cinco, seis a lo sumo, amigos y compañeros que hayan tenido una cierta significación en mi vida. Y de ellos, sin duda, Sara y Danny son los únicos que de verdad me han calado.

A Danny Deacon lo conocí poco después de mi ingreso en el bufete, tras la licenciatura, y trabamos amistad casi desde el primer día en que comenzamos a trabajar juntos. El joven Deacon, algo menor que yo, rezumaba alegría y simpatía, y por eso a los demás resultaba extraño ver congeniar a dos personalidades tan opuestas. Sin embargo, teníamos mucho en común. Nos unía la pasión por un oficio al que habíamos llegado por caminos diferentes, pero cuya máxima meta ansiábamos por igual. Amábamos la responsabilidad, el tesón, disfrutábamos con el trabajo duro, con la investigación exhaustiva, y conseguimos formar un gran equipo. Llegué a apreciar a este hombre

como supongo que se aprecia a los hermanos, y trabajé con él, tanto en el bufete como después en la fiscalía, durante algo más de quince años. Toda una carrera unidos, años en los que Dan tuvo que soportar con paciencia y humanidad, como solo él supo hacerlo, mis constantes cambios de humor, mis repentinas temporadas de aislamiento, mi perenne melancolía y aquella ingrata apatía que solo se rompía, a veces, con furibunda dedicación al trabajo. Mi buen amigo Danny.

Casi al mismo tiempo que nuestra pequeña sociedad fue incorporada al equipo de Leroy Hawk, aterrizó también en la fiscalía una joven promesa del periodismo, Sara O'Bryan, que por entonces era Sara Matthews, y que llegó para dirigir el gabinete de prensa. Ella ha sido sin duda la segunda persona a la que me he acercado sin armadura, y la única a la que de verdad he amado. Una hermosa pelirroja que enseguida se las arregló para atraer a los dos compañeros recién llegados, de manera que pronto surgió un trío de buenos amigos.

Con el tiempo, el joven y agresivo abogado y la joven y agresiva periodista llegaron a consolidar una relación que se hizo fuerte y desembocó en nueve años de matrimonio que, visto ahora desde la distancia, ha revelado múltiples ángulos y no pocos recodos de felicidad. Una década en la que la belleza y candidez de una mujer perfecta en casi todos los aspectos eclipsaron, si no desterraron, aquellos furtivos deseos de soledad y tantos miedos y dudas con los que me había criado y con los que había crecido. Puedo afirmar que durante ese tiempo conocí por primera y única vez algo parecido a lo que las personas normales describen como el amor.

Sara me dejó hace dos años, cuando terminó el proceso contra Chino, después de largos meses de vacío, llenados con silencio y celos, en los que tuvo que contemplar a su marido sumergirse en un abismo demasiado oscuro como para que ella estuviera dispuesta a acompañarle. Un tiempo en el que, cegado por la presión, por una ficticia popularidad y por el afán de éxito en un caso tan importante que podría significar para mi carrera la diferencia entre la gloria o el fracaso, no llegué a tiempo de darme cuenta de que estaba perdiendo lo mejor que tenía.

Por supuesto ha habido muchas otras postales en el álbum de fotos de mi vida, incluso algunas que durante un tiempo quise conservar, pero la mayoría se fue perdiendo de algún modo en el fondo del baúl. Lo que es seguro es que a todos les sorprendió que, apenas una semana después de dictarse aquella sentencia, convocase una rueda de prensa para anunciar mi retirada definitiva del ejercicio. El más joven

en llegar y también el más joven en abandonar el cargo. ¿Razones? No eran incumbencia de nadie más que de mí mismo. No di explicaciones ni concedí entrevistas, me marché y jamás me interesé por mi sucesión ni por el posterior funcionamiento de la fiscalía. Simplemente me fui y cerré la puerta, las razones eran demasiado oscuras.

Las explicaré por primera vez en estas páginas.

Penny Lane

Nunca conocí a Penny Lane, por supuesto, lo que me mostraron de ella ni siquiera puede considerarse un cuerpo entero. Pero recuerdo cómo era. La recuerdo como si la hubiera visto crecer, como si la hubiera mecido en mis propios brazos. A veces, recuerdo incluso cómo lloraba su primer día de colegio.

Pero lo que mejor recuerdo es el sonido de su carne mientras Santoro la acuchillaba.

* * *

La niña desconfía del hombre, cómo no hacerlo. No solo porque le han advertido contra él, sino porque empieza a pensar que no existe tal confitería.

El camino serpentea entre los árboles que pronto perderán sus hojas, el resol previo al atardecer se cuela entre las ramas arañando sus ojos, le impide ver por dónde caminan. Dejan atrás un grupo de columpios. Sammy Tibs, que juega en el tobogán, dudará después sobre si vio o no vio a Penny sola. Tara Gibson, de seis años, con quien el hombre cruza una mirada, se negará a testificar.

¿De verdad es por aquí? Por supuesto, estamos llegando.

Penny mira hacia atrás, se pregunta si alguien la habrá visto alejarse de la avenida a través del bosque de la mano de ese hombre. Si vendrán a buscarla. Si debería empezar a gritar.

El hombre mira hacia atrás, se pregunta si alguien le habrá visto llevarse a la niña, si acudirán a buscarla, si la escucharán cuando empiece a gritar. A cualquiera de las tres cuestiones podría responder con un sí, deberá tenerlo en cuenta.

¿Cómo te llamas?, él se lo dice. Yo soy Penny. Muy bien, Penny, me gusta. Es de una canción, ¿sabes? ¿De qué? Pues no lo sabía.

Las vías del tren, mira, estas eran las vías. ¿El tren ya no pasa por aquí? No, ¿las ves cubiertas de musgo y óxido? Y allí está la vieja estación, ahí es donde está la confitería. ¿Seguro? Sí. Nunca me han hablado de ella. Ya te he dicho que porque es secreta. ¿Una confitería secreta?

Cállate.

El primer golpe es un puñetazo. El hombre la sujeta por el hombro izquierdo y con la derecha le cruza la cara. Penny no cae y recibe un segundo golpe. Ya en el suelo escupe pedazos de diente entre babas de sangre. Cuando quiere gritar el hombre le tapa la boca, de algún lugar en su pantalón saca un cuchillo.

Sara

—Hola, Sara —le dije, sintiéndola acercarse por mi espalda mientras apuraba un café detrás del decorado del programa.

—¡Cinco minutos! —gritó uno de los regidores desde el otro lado de los tablonos de madera.

—Hola, Marcus.

No tuve que volverme para saludarla. Frente a mí, el espejo de la maquilladora me devolvió la imagen de mi exmujer. *La televisión hace milagros, pensé, no te peinabas ni vestías así cuando eras mi jefa de prensa en la fiscalía.* Esa noche recogía su melena pelirroja en un trabajado moño y vestía un traje gris que realzaba su figura, todavía imponente. Ciertamente, el último año y medio al frente del informativo de mayor audiencia la había rejuvenecido una década.

—Te encuentro muy bien —comenté sin apenas levantar la vista, descubriendo de reojo en aquel reflejo vidrioso una sutil sonrisa.

—Tú también tienes buen aspecto —mintió impasible, soberbia y preciosa.

Sara fingía observar las evoluciones de la maquilladora, aunque en realidad yo sabía que estaba siendo analizado, *evaluado*. Con un suave movimiento de una mano apartó de su mejilla un rizo furtivo y posó distraídamente sus ojos en los míos. Seguía siendo difícil sostener sin titubear el pulso de esa mirada esmeralda. Forcé una sonrisa mientras dejaba la taza de café sobre la mesa y, de paso, hacía irritarse aún más a la pobre estilista que se desesperaba por conseguir que me quedara quieto.

—Ahórrate esos cumplidos, Sara. Estoy hecho un asco, lo sé.

—No seas exagerado —repuso Sara—. Sobrevivirás.

Su actitud benevolente y su forzada serenidad dejaban claras las posiciones que cada uno había adquirido y admitido respecto al otro desde nuestro divorcio. La frialdad y casi altanería con la que se aupaba a un ficticio pedestal me sacaba de quicio. Ella lo sabía, y no cesaba de hacerme sentir sus punzadas en las esporádicas ocasiones en que nos habíamos encontrado tras su marcha. Su sonrisa de hielo formulaba la eterna pregunta cargada de cinismo y agravada con aquel tonillo sarcástico de «te lo dije»: *¿Qué has hecho con tu vida?*, disparaban sus labios sin palabras, *¿En qué te has convertido? Yo he triunfado, ¿dónde estás tú?*

Ya hacía tiempo que yo había abandonado, *motu proprio*, la vida cara y los trajes de firma. Las fiestas y los lujos eran cosa del pasado y solo recobraba parte de aquella gloria de antaño cuando era requerida mi presencia como experto en algún programa de investigación, en ciertos foros de discusión o cuando se removía la basura de algún caso en el que hubiera participado. En esta ocasión mi aparición pública se debía exclusivamente a un acto promocional: la presentación del libro que había escrito

sobre el caso Santoro y que muy pronto vería la luz. *¿De qué te quejas?*, quise responder, *Por lo menos me he afeitado.*

—Hoy hace dos años que te largaste. Felicidades —comenté una vez la maquilladora se hubo marchado, dejándome por caso perdido.

—Hoy hace un año de la ejecución de Santoro, y por eso estás aquí —me cortó ella, ocultando de un modo profesional si mi comentario le había causado alguna mella o no—. Te veré en plató.

El regidor acababa de anunciar que solo quedaban tres minutos para la conexión y debíamos ir ocupando nuestros puestos. Sara inclinó la cabeza y comenzó a alejarse. Durante un largo silencio observé su imagen en el espejo empequeñeciéndose con un suave vaivén, como flotando sobre el mar de raíles y cables que inundaba el estudio, hasta que desapareció por detrás de un biombo.

—Feliz Navidad —musité, hundiéndome en el respaldo de la butaca.

Enseguida un tipo pequeño con unos cascos más grandes que su cabeza, y al parecer con mucha prisa, me arrancó del sillón y me condujo hasta un horrible sofá naranja que ocupaba el centro del decorado. Mientras me colocaban un micrófono diminuto en la solapa, aproveché para echar un vistazo a mi alrededor y convencerme a mí mismo de no salir corriendo. Habían acudido a verme unas cien personas que se apretujaban sentadas en unas butacas que, por su aspecto, debían ser de todo menos cómodas. Me clavaban los ojos como si yo fuera un bicho raro. Seguro que muchos aún me recordaban, y supuse que tanta calumnia e infamia vertida sobre mí a raíz de mi sorprendente retiro, en especial por aquellos medios resentidos porque no había accedido entonces a concederles una entrevista, habría influido en la opinión pública.

Me habían sentado en el extremo del sillón, dejando el otro lado libre, y frente a mí había una butaca detrás de un escritorio oval. En el rincón opuesto del decorado, tras un pequeño atril, Sara y su compañero Dick Fox introducían el tema de la noche: el primer aniversario de la muerte del criminal más cruel de la década y la reaparición del hombre que consiguió su condena.

Todo aquello era basura, yo lo sabía, pero se emitía para todo el país y era el programa de mayor audiencia, por lo que la editorial prácticamente me obligaba a conseguir esa cuota de publicidad para la novela. Sara y Dick terminaron su introducción y cruzaron el plató acercándose hacia mí con sendas estúpidas sonrisas mientras sonaba una ridícula musiquilla que daba paso al verdadero comienzo del programa. Sara se sentó a mi lado y Dick —*por Dios, vaya nombre*— lo hizo enfrente, tras el escritorio. Tres cámaras recorrieron su trecho de carriles y, cual pelotón de fusilamiento, nos apuntaron directamente a la cara. La música cesó y el nervioso hombrecillo indicó al aburrido público que era el momento de aplaudir.

—Marcus Crane, exfiscal general del Estado —comenzó Dick tras los aplausos, con gesto rígido y estudiado, sin dejar de mirar a la cámara—, bienvenido a nuestro programa.

Momento de resucitar, pensé, y traté de recuperar por unas horas al viejo Marcus, ese que, como el flautista de Hamelín, embelesaba a jueces y jurados con su labia y confianza en sí mismo. Imitando con descaro burlón al presentador, miré deliberadamente a la cámara y comencé mi actuación.

—Gracias, Dick, buenas noches, Sara, telespectadores. Es un placer estar con vosotros.

Sin retirar un instante la serenidad de su cara, Sara jugueteaba con las tarjetitas donde llevaba escrito el guion del programa. De haber podido, sus ojos me hubieran hecho estallar en llamas en ese momento. Me conocía bien y no tenía la menor intención de entrar en mi juego y dejar que el programa se le escapara de las manos.

—Buenas noches, señor Crane —me saludó marcando las posiciones. Sonrisa televisiva pegada al rostro, para dar bien en el plano. *Qué buena eres*, llegué a pensar mientras me esperaba lo peor—. Para comenzar, hay algo que creo que todos queremos saber: llevamos demasiado tiempo sin noticias de usted, excepto por algunas esporádicas apariciones en radio o en prensa. De modo que, para hacernos una idea, díganos, ¿a qué se ha dedicado usted estos últimos dos años?

«Para hacernos una idea», dijo, y disparó directamente en la línea de flotación. Ni siquiera con una estaca hubiera logrado alcanzarme tan profundo, y ella lo sabía.

¿Qué contestar? Por descontado, Sara ya sabía que no tenía una respuesta que me permitiera salir airoso de ese ataque, pero quería oírmelo decir, escucharme confesar en público que había derrochado esos dos años en la más absoluta soledad, supuestamente enfrascado en la escritura, pero realmente apartado del mundo, tratando de espantar alguna suerte de demonio que me atenazaba. «Autocompadecerme», hubiera sido una buena respuesta. Ella quería oírme decir que me encontraba perdido, que estaba acabado por no haberla escuchado cuando tuve que hacerlo. Ahora puedo decir que tenía razón, que de algún modo lo vio venir y me advirtió muchas veces contra aquel caso, aparentemente sencillo, que terminó por llevarse mi vida y mi cordura con el último golpe de la maza del juez. Pero si pretendía obligarme a confesar en directo mi fracaso, desde luego no sería yo quien le diera esa satisfacción. Lo que iba a escuchar sería el testimonio de un hombre que luchaba por levantarse. Estaba allí para vender un libro.

—Es un placer estar aquí, Sara. Y en cuanto a tu pregunta, todos saben que he escrito una gran novela, muy compleja y profusamente documentada, donde detallo los acontecimientos que tuvieron lugar en torno al asesinato de Lullaby Hills. En él se podrán encontrar las circunstancias y pormenores que rodearon aquel crimen, así como los perfiles de víctima, asesino y testigos. Creo que es un gran regalo para esta Navidad.

Con una encantadora sonrisa terminé mi sesión de autobombo y le devolví la pelota a su campo. Debió comprender que yo no iba a dejarme atropellar delante de todo el país.

—Una pregunta que todos nos hacemos, señor Crane —tomó Dick el relevo—. ¿Por qué decidió retirarse justo después del proceso contra Richie Santoro?

Vaya, Dick, Sara te ha enseñado bien. No sé por qué creo que esto es una encerrona. ¿No íbamos a hablar del libro?

Me tomé unos segundos para asimilar el nuevo golpe y me preparé para responder con calma, midiendo mis palabras, o de lo contrario allí podría haber una masacre y yo salir escaldado. Tuve que haberlo supuesto, esa era la pregunta que Sara había deseado hacerme desde que nos separamos. Así que me sentí acorralado y perdí gran parte de mi aplomo y forzada arrogancia. Sin ninguna duda, punto para ella.

—Bien, eh... —balbuceé tratando de encontrar una buena réplica con prontitud—. La verdad es que la respuesta no es sencilla y son muchos los factores que influyen en una decisión así.

Mientras trataba de ganar tiempo, observé a Sara sentada a mi lado sin mostrar ningún signo de emoción. Me miraba confiada, como si estuviera por encima del bien y del mal. Yo sabía que ella ansiaba mi respuesta, así que me esforcé por no darle el gusto.

—El hecho es que la investigación del asesinato de Penny Lane resultó mucho más compleja y enmarañada de lo que cabía pensar en un principio —carraspeé—. A medida que avanzábamos iban surgiendo nuevos datos, nuevas pruebas y más detalles que no eran precisamente agradables. Día tras día desayunábamos con imágenes y testimonios escabrosos, recibiendo nuevos informes policiales. El caso no dejaba de crecer, pronto se convirtió en un asunto estatal, cargado de presión y responsabilidad, y necesitaba la dedicación y entrega máximas del mejor equipo de fiscales.

En este punto intuí un leve gesto de Sara meneando la cabeza como si negara mis palabras. A fin de cuentas, ella también había estado allí. Yo decidí continuar.

—Así que volcamos en él nuestras energías, entregamos toda nuestra experiencia y dimos lo mejor de nosotros mismos en busca de justicia para Penny y su familia. Por desgracia, cuanto más profundizábamos, todo se volvía aún más oscuro. Mientras intentábamos ahondar en la mente de Chino, nos inundaba una especie de angustia, una tristeza terrible y un extraño pero inevitable malestar. En mi caso, aquellas sensaciones llegaban a confundirme y abrumarme por momentos.

—¿Sintió miedo ante lo que estaba descubriendo, señor Crane?

Me sorprendió una pregunta tan directa y al mismo tiempo tan certera. Intenté que no se notara mi turbación antes de contestar. Porque habíamos pasado miedo, sí, mucho miedo. La psique de Chino no era un lugar donde fuera agradable husmear.

—Más bien una mezcla de desasosiego y repulsa —contesté—. Un deseo inmenso de que todo aquello no fuera real.

—Quizá fue ese desasosiego lo que le hizo abandonar —continuó Dick mientras Sara, poco a poco, iba perdiendo la sonrisa. Había dejado el trabajo sucio a su

escudero y ella me escuchaba con interés—. ¿Le asustaba la idea de volver a enfrentarse a terrores como ese?

Esta vez no le di tiempo a saborear su pregunta.

—Ciertamente, Dick, dudo mucho que nadie pudiera jamás llegar a encontrarse con otra mente criminal como la de Richie Santoro.

Desconozco el motivo, tal vez mi actitud llegó a intimidarles, pero en ese momento Sara retomó el hilo de la entrevista y, desde luego, ya no sonreía.

—De Richie Santoro hablaremos más tarde. Pero, por favor, señor Crane, aclárenos qué fue aquello tan doloroso que le hizo tomar la decisión de dejar su cargo, su profesión y todo lo que tenía, precisamente a raíz de aquel proceso.

Una y otra vez Sara insistía. Estaba empezando a hartarme. Preguntaba directamente a mis retinas como si todo su interés en la entrevista pasara por ese punto. *Todo lo que tenía*. Llevaba dos años esperando aquel momento, me pregunté cuánto necesitaba conocer mi respuesta. Sin embargo, esta no iba a acudir fácilmente a su llamada. No lo haría porque ni siquiera yo la conocía.

—De acuerdo, señorita O'Bryan —respondí con desdén—. Digamos que aquellos largos meses de investigación en un caso tan perturbador llegaron a desgastarme. Algo cambió dentro de mí, algo que me afectó tanto que me transformó para siempre. Entregué todo cuanto podía dar física y mentalmente, y supongo que al terminar mi cuerpo y mi mente dijeron basta. Necesitaba desconectar, alejarme de todo, escapar de Santoro, de su caso, de los juzgados y de mi vida como abogado.

De todo y de todos, me reprochaban sin palabras los ojos de Sara.

El silencio se adueñó del plató. El público intentaba entenderme imaginando qué mundo cruel y despiadado tuvimos que conocer para que pudiera trastornar de ese modo la cordura de un hombre maduro y equilibrado. Pero no, no iban a poder ni siquiera adivinarlo. Para describir el infierno hace falta estar en él.

Escuché unos murmullos y aproveché el vacío para digerir mi malestar con cortos tragos de agua. Mi exmujer me miraba con un gesto que, de no conocerla, hubiera reconocido como ternura, casi creí vislumbrar un temblor en sus labios. *¿Te preocupas por mí?*, pensé, *Tarde*.

—¿Perdió más de lo que ganó con aquel caso? —disparó de golpe, y adiviné su intención con aquella pregunta que sin duda no estaba en el guion. Pero no, nena, los trapos sucios se lavan en casa, y tú y yo ya no vivimos juntos.

—Gané y perdí cosas —respondí manteniendo su mirada.

—¿Se arrepiente de haberse involucrado tanto?

Aquello parecía un interrogatorio. Por primera vez ella era la fiscal y yo el acusado. Estaba dejando a un lado su categoría como periodista para permitir que sus sentimientos dirigieran la entrevista. Sin duda eso la sacaba de sus casillas, pero su corazón rogaba por una confesión, una confesión que yo no podía darle.

—Hice lo que tenía que hacer.

La careta musical que daba paso a la publicidad rompió la tensión que se estaba generando en el estudio. La audiencia asistía con el alma en vilo a algo más parecido a una discusión de pareja que a un debate sobre un asesino muerto un año atrás, y con seguridad lo primero le interesaba más que lo segundo. Al momento, Sara recuperó su semblante y su irritante sonrisa impersonal. Me despidió con un gesto y se levantó para que le retocaran el peinado y restauraran su maquillaje.

Cuando el gran Dick siguió sus pasos, me quedé solo en el horrible sillón naranja, apurando un segundo vaso de agua en espera de mi turno de pincel y polvera.

Richie

Empujan al hombre al interior de una celda. Su cuerpo golpea la pared y, una vez dentro, de cara al cemento, las sacudidas en la espalda son brutales. Las porras suenan como tablones cuando machacan sus vértebras. Pero el hombre no llora, ni siquiera gime.

Se jura que cada golpe, cada castigo, será un nudo más en la soga con la que piensa estrangular al abogado.

Cuando el alguacil le pregunta, solicita un cuaderno y pinturas, pero se lo deniegan. Pide entonces lápiz y papel y le traen una cera negra gastada, apenas más útil que pintar con la mano. No se arriesgan a que se lo clave en un ojo a alguien. Días después ha llenado las paredes con las mismas diez letras. Penny, Crane. Crane, Penny. Al funcionario que va a regañarle le hace tragar lo que le queda de cera. Sonríe, siempre sonríe.

* * *

Quién eres. Me llamo Mulo, me han trasladado. Y sabes quién soy yo. Claro, todos lo saben. Y por qué te llamas Mulo. Ya imaginas por qué. Rieron. No, no lo sé.

* * *

Mulo llora cada noche. Algunas, incluso los reclusos de las celdas adyacentes lo hacen, todos los que pueden oírle. Y lo que dice no es agradable de oír. Les dice la verdad, lo que les espera. Les dice lo que hay más allá, lo que encontrarán cuando mueran. Porque todos van a morir allí, antes o después.

Mulo llora y otros también, y la pareja de celadores que acude a llamar la atención regresa con el rabo entre las piernas. Porque en la celda hay dos demonios en lugar de uno. Mulo se ha cortado el pelo, ha ganado peso con el ejercicio, ha cambiado su forma de vestir y cubierto su cuerpo de tatuajes. La transformación está por terminar. El hombre lo sabe, aún no se ha completado, pero se está construyendo una réplica a medida.

El guarda increpa a Mulo, este le rompe el brazo. Y se ríe, ahora también se ríe siempre. Y en la celda de castigo orina sobre el que le trae la cena. Los porrazos en la espalda le duelen para inspirarlo. Sí, lo está consiguiendo.

* * *

Hacen falta seis guardias para separar a los que se pelean. Los cigarrillos ruedan por el suelo del patio, zarandeados por el viento. Algunos reclusos corretean detrás de ellos. En la prisión tener cigarrillos es casi contar con moneda de curso legal.

Entre los golpeados hay dos negros adictos al baloncesto, pero también a las armas y al *crack*.

El agresor solo es uno, que sangra por tantos cortes y aberturas como un muñeco de trapo.

Otro hombre aplaude desde su asiento en la grada, Mulo, sí, lo está consiguiendo.

El oficial que se lo lleva para interrogarlo se equivoca constantemente de nombre. El propio alguacil le advierte que como lo vuelva a hacer será incomunicado. Están convencidos de que Mulo es otra persona.

Máxima audiencia

—Buenas noches de nuevo, damas y caballeros —algunos minutos después del corte, Dick Fox recobró el hilo de la conversación—. Continuamos en directo con Marcus Crane, exabogado y antiguo fiscal general, quien dirigió con éxito la investigación del asesinato de Penny Lane a manos de Richie Santoro, ejecutado por ello hace ahora un año. Y precisamente de este despiadado criminal queremos hablar ahora. ¿Sara?

—Díganos, señor Crane, después de largos meses de investigación y de un prolongado juicio, y tras este tiempo estudiando los pormenores del caso para elaborar su libro, ¿se le puede considerar el mayor experto y la voz más autorizada para opinar acerca del crimen de Lullaby Hills?

—Bueno, por supuesto es muy posible que sea una de las dos o tres personas mejor informadas acerca de aquellos sucesos.

—Entonces, por favor, háganos de su autor, de Richie Santoro.

Por fin llegábamos a preguntas normales y, aunque no se trataba de mi tema de conversación favorito, al menos sí podía hablar de ello sin miedo a segundas intenciones. De modo que busqué en mi memoria los datos más interesantes que conocía, que eran muchos, sobre la biografía de Chino y se los disparé directamente al estómago.

—Bien —comencé—. Ricardo Santoro nació a mediados de los setenta en un sucio barrio marginal de la ciudad. Fue criado casi en la miseria, pues sus padres regían un humilde restaurante que apenas daba beneficios, y la familia malvivía luchando contra las deudas. La bebida y los malos tratos terminaron por romper aquel ya de por sí débil matrimonio, y mientras el señor Santoro era encarcelado después de una borrachera en la que propinó una paliza brutal a su hijo y a su esposa, esta se marchó hacia Lullaby Hills, donde vivía su madre, llevándose consigo al crío. Richie tenía tan solo doce años, pero arrastraba ya un nutrido historial de pequeños hurtos y alborotos que habían acabado un par de veces con sus huesos en el calabozo. Tan pocos días pasó por la escuela que algunos de sus maestros apenas le recordaban. Un ambiente familiar tan desolador puede destrozar una vida.

—Pequeños hurtos y alborotos no demuestran semejante inclinación a la violencia —apuntó Sara con acierto—. ¿Cuándo comenzó Santoro a dar muestras de su personalidad desviada?

Ella conocía la mayor parte de la historia, puesto que había sufrido conmigo aquella investigación, pero aun así demostraba un sorprendente interés. Quizá buscaba entenderme a través de mis impresiones del caso, tal vez pensaba que si me permitía explayarme ante todo el país sobre un asunto del que era una autoridad, me

estaría brindando la oportunidad de reencontrarme conmigo mismo, de rescatar los restos del gran hombre que había sido. Yo no sabía si agradecerse o si enfadarme y negar su compasión.

—Pocos años después de su llegada al pueblo, la abuela falleció. Su madre no tardó más de un par de inviernos en enfermar gravemente, de manera que, desde muy joven, Richie se vio obligado a valerse por sí mismo y a soportar la carga de mantener una casa y cuidar a su madre enferma. Es durante esta etapa cuando Santoro pudo haber forjado su carácter huraño y retraído, que le convertiría en un ser solitario y antisocial.

—Se dijo que no tenía amigos ni compañeros.

—En efecto. Santoro no se relacionaba con nadie a excepción de su madre. Su propia personalidad se lo impedía. Creció solo, sin amigos ni familia, acompañado únicamente por su imaginación, cada vez más enfermiza, y por sus retorcidas fantasías. Poco a poco fue desechando toda relación humana, se pasaba semanas enteras encerrado en su casa o husmeando por los alrededores, tramando Dios sabe qué sórdidas ideas.

—¿A qué se refiere, señor Crane? ¿Cómo era aquel niño?

—No era un niño, Dick. Era todo un hombre de catorce años perturbado por una existencia llena de sufrimientos y privaciones. Un muchacho con la misión de hacer prosperar una familia que agonizaba y a quien la sociedad rechazaba. A veces, según algunos vecinos, el joven Santoro salía de su guarida y paseaba por las calles del pueblo, deambulaba hablando solo, pateando piedras y latas hasta que encontraba algo en su camino que hacía desbordar su rabia. No importaba si era hombre, mujer, animal o escaparate, era una víctima de su ira e iba a terminar en el suelo moribundo o hecho añicos.

—¡Dios Santo! —susurró Sara—. ¿Nunca recibió ayuda psicológica?

—Lullaby Hills es un pueblo pequeño y alejado de la ciudad. Semejante ayuda hubiera sido imposible a menos que procediera del exterior, sin tener siquiera la certeza de que Chino fuera a acudir a la cita. Además, su mente enferma no encajaba en los patrones de la psicología tal y como la conocemos. A prolongados periodos de apatía y retraimiento les seguían breves pero letales ataques de agitación durante los que su violencia se desbordaba y cualquiera podía ser víctima de sus acometidas.

—Es terrible —musitó Sara traduciendo en voz alta los murmullos del público—. ¿Pero qué hacía, qué tipo de agresiones llevaba a cabo durante esos procesos de ira?

—Mientras la señora Santoro vivía y ella y su hijo habitaban juntos en la vieja finca familiar, las fechorías de Richie consistían en pequeñas maldades: simples destrozos, rotura de lunas, algunas agresiones que no solían revestir gravedad. Estuvo detenido en un par de ocasiones, pero lo peor vino después.

—Explíquese, señor Crane —me rogó un Dick Fox ensimismado con mi relato.

Con el nivel de morbo televisivo al máximo, se adivinaban unos índices de audiencia espectaculares. Decidí complacerle.

—A la edad de diecinueve años Santoro tuvo que enterrar a su madre en la más absoluta soledad, incapaz de pagar un buen sepelio. Aquella muerte marcó su vida, le liberó, se llevó lo único que respetaba y que le impedía dar rienda suelta a sus impulsos. En los tres años que precedieron al asesinato de Penny Lane, Santoro fue detenido más de una docena de veces y acusado entre otros cargos de asalto con arma blanca, conducción temeraria, algunos pequeños incendios y maltrato a personas y animales. Y sin embargo nunca pasó largas temporadas en prisión, solían soltarlo atribuyendo sus actos a las consecuencias de los padecimientos que había tenido que soportar desde niño, excusándole con el dolor por la pérdida de su madre. Sus periodos de ira eran, no obstante, cada vez más duraderos, y más esporádicos los de reposo, hasta que empezó a coquetear con la pederastia.

—Usted conoce algunas anécdotas. ¿No es así? —inquirió el presentador.

¿Anécdotas?, pensé, *menudo payaso estás hecho, Dick, si te parecen anécdotas las despiadadas actuaciones de un cerebro dañado*. No era mi intención entrar en detalles, no pretendía provocar náuseas entre la audiencia, pero eso era exactamente lo que se me estaba pidiendo. *Muy bien, se trata de vender libros, pensé, así que si eso demanda el público, Dick, ahí tienes tus anécdotas*.

—En febrero de 1997, algo más de un año antes de encontrarse con Penny Lane, Chino tropezó en una de sus salidas con otra niña, de edad parecida, que estaba sacando su perro de paseo. Había sido un invierno terriblemente crudo y, aunque en ese momento no nevaba, sí que soplaba un viento gélido y las calles estaban cubiertas de nieve. El pobre animal sufría, ante la ignorancia de la niña, una avanzada hipotermia que le impedía caminar y le hacía temblar sin remedio. La pequeña lloraba al verlo estremecerse y no sabía qué hacer ni a quién pedir ayuda, pues pesaba demasiado para que ella pudiera llevarlo en brazos. Chino se acercó y le preguntó que por qué lloraba, y cuando ella le respondió que porque su perrito tenía frío, se ofreció a ayudarla. Entonces tomó al animal en brazos, lo ató a una farola y le prendió fuego. «*Baby, light my fire!*», gritó entre carcajadas. Aún hoy esa niña no consigue dormir recordando la risa histérica de Santoro y sus ojos desorbitados mientras veía arder a su mascota.

Esta vez sí, el silencio congeló el plató. Consideré que aquel ejemplo habría bastado para crear en la audiencia una verdadera imagen de Chino, aún más próxima que la que pudiera derivarse de confusos informes psiquiátricos.

Quizá ahora comprenderían qué tipo de imágenes me impulsaron a dejarlo todo. Ellos solo habían oído hablar de las acciones de Santoro, yo las había conocido de primera mano, había tenido que bucear en su inmundicia, entrevistar a niñas asustadas, a madres doloridas y a vecinos indignados. Había tenido que escarbar en el pozo negro de donde toda esa maldad había surgido y no resultaba fácil apartar después la mirada.

—¡Dios bendito! —musitó Sara, consciente por primera vez de que no lo sabía todo y de que le quedaba mucho que aprender. Qué gracia, al final ella también leería

mi libro.

—Desde luego parece conocer a fondo al personaje —comentó Dick mientras se colocaba el nudo de la corbata, recuperándose de la bofetada de información con una mueca de asco. ¿No la había pedido él mismo?—. Sin duda continuaremos después de...

—Un momento, Dick —interrumpió Sara imponiendo su autoridad—. Marcus, sabemos que el juez dictó sentencia descartando la enajenación mental transitoria de Santoro, pero ¿aún hoy sigue usted manteniendo que, mientras cometía esos horribles crímenes, Chino era plenamente consciente de lo que hacía?

—Veamos, Sara —respondí, dispuesto a asestar un golpe definitivo a esa desagradable desconfianza con que me había torturado desde antes incluso de la lectura del veredicto, dos años atrás—. El juicio duró casi tres meses durante los que no hubo un día en que no se me hiciera esta pregunta —*y tú lo sabes mejor que nadie*, pensé—. Pero incluso hoy la respuesta sigue siendo la misma. Durante muchos años ese hombre perpetró todo tipo de maldades que sabía quedarían impunes, amparado en la bondad y estupidez de sus vecinos y en la lástima que su madre enferma suscitaba entre ellos, pues no se atreverían a enviar a su único hijo a prisión dejándola sola y desvalida. Una vez ella murió, aquella compasión se dirigió hacia el muchacho, quien para los pueblerinos era una víctima inocente de los crueles caprichos del destino. Y Chino aprovechó esa circunstancia para dar rienda suelta a sus delirios paranoicos.

Necesitaba beber agua antes de continuar. Demasiado calor, demasiados recuerdos, demasiados ojos pendientes de mí. Me faltaba el aliento. Nos íbamos a publicidad, cuánto deseaba un respiro.

—Me preguntas si él sabía lo que hacía y te respondo que por supuesto. Ese hombre se llevó a lo más profundo de un bosque a una niña a la que tuvo que embaucar y seducir Dios sabe cómo, allí la torturó, violó y descuartizó, realizó con ella algún tipo de demoníaco rito sexual y esparció sus restos antes de enterrar su cabeza. Después abandonó sin más el cadáver y se marchó tranquilo a casa, donde se deshizo de sus ropas sucias y lavó a conciencia el cuchillo que había utilizado. Por qué lo hizo me da igual, pero donde sea que se esté pudriendo, allí es donde debe estar.

—¿Estamos hablando del diablo? —inquirió Dick, y me tomé unos segundos para contestar.

Respiré, hastiado, y meneé la cabeza antes de concluir.

—El diablo se hubiera detenido.

* * *

Cuando el presentador dio paso a un nuevo corte publicitario, las gotas de sudor caían por mi frente y mi pulso se había acelerado. Mi maquillaje había comenzado a deshacerse y resbalaba por mi piel, así que la maquilladora acudió sin demora a socorrerme, aunque esta vez me encontraba tan exhausto que ni siquiera le di problemas. Una vez hubo finalizado, me levanté en busca de Sara, que no podía esconder su nerviosismo y se había alejado del plató para fumar un cigarrillo.

—Te has pasado conmigo, Marcus —susurró al sentirme llegar.

—Tal vez. Hay cosas que no sabes.

Un incómodo silencio acompañó la ascensión de tres hilillos de humo azulado.

—¿Es doloroso? —preguntó de pronto—. Me refiero a recordarlo.

Dejé escapar un suspiro.

—Nunca deja de doler. A veces sueño con los alaridos que se ahogaban en la garganta de Penny mientras la violaba. El muy cabrón le tapaba la boca, Sara, luego decidió cortarle la lengua. Oigo sus carcajadas al acuchillarla. Pero no me preguntes sobre eso en antena porque no te pienso contestar.

* * *

Minutos después los tres nos reincorporamos al plató y nos acomodamos en el horrible sillón naranja. El pequeño regidor soltó alguno más de sus ridículos grititos y regresamos a antena.

—Señor Crane —comenzó Sara—, llegamos al último bloque de nuestro programa y queremos saber cómo recuerda usted aquel juicio.

Aquello de último bloque había sonado muy bien. Yo ya no tenía ganas de seguir allí, no estaba cómodo y comenzaba a sentir que llevaba demasiado tiempo de nuevo entre los humanos. Del libro no habíamos hablado un carajo, así que decidí responder cuanto antes y poner fin al suplicio.

—Aquel fue un proceso largo, lento y agotador.

—¿Cómo explica que un caso tan claro se alargara de esa manera? —interrumpió Dick, apremiado por la falta de tiempo.

—No es tan difícil si piensas en las estrategias legales.

Respondí en un tono especialmente frío, Dick puso cara de no haberme entendido del todo.

—Me refiero a que los dos abogados necesitábamos todo ese tiempo. Nosotros, la fiscalía, para atar cabos y evitar cualquier posible resquicio para una sanción distinta a la pena capital, y ellos, la defensa, lo hubieran dado todo por disponer de un plazo mayor para probar esa demencia pasajera, la ausencia del arma del crimen o cualquier otro atenuante que pudiera ayudarles.

Empezaba a impacientarme y estaba loco por terminar, por huir de esos focos y de aquellos recuerdos. Al contrario de lo que había supuesto, la recreación de esas

imágenes me llenaba de un extraño sentimiento de angustia. De haber sabido que me iba a encontrar tan incómodo, no hubiera aceptado la invitación. Dick Fox decidió cambiar de tema.

—Hablando de otro asunto, señor Crane. ¿Es cierto que durante el año que siguió a la lectura del veredicto y el encarcelamiento de Chino hasta la fecha de la ejecución, usted no fue nunca a la prisión, ni siquiera de visita?

—Nada se me había perdido allí.

—Es fácil de comprender si quería olvidarse de todo. Pero, aun así, ¿por qué no acudió a la ejecución? Como fiscal general durante el proceso, ¿no le correspondía a usted estar allí?

—Veamos. Una vez terminado el juicio decidí alejarme de la abogacía y olvidar en lo posible todo lo referente a aquel caso en particular. Si decidí renunciar a mi pasado como fiscal no fue por mero capricho, sino por una necesidad interior que así me lo pedía, como ya he explicado antes. Por eso, cuando un año después Chino fue ejecutado y se reavivó toda la publicidad a su alrededor, quise mantenerme al margen. Me propuse escribir este libro, una especie de memorias que contuvieran todos los detalles del caso y pudiera satisfacer las necesidades tanto de expertos como de curiosos, pero siempre firme en mi determinación de no acercarme nunca más a aquella experiencia más allá de mis propios recuerdos. Por otra parte, una ejecución no es lo que más le apetece hacer a uno en una tarde de domingo en Navidad. ¿Verdad?

—¿Cree usted en fantasmas, señor Crane?

—Creo que sé a dónde quieres ir a parar, Dick, y no pienso entrar en tu juego —reí entre dientes, fingiendo que la pregunta no me había molestado—. Te refieres a las palabras de Chino mientras los policías se lo llevaban.

—Se lo llevaban después de atacarle...

—Sí, así es, me intentó estrangular y se lo llevaron dando gritos. Eso es todo.

—Aquello sonó a amenaza.

—Sonó a los delirios de un demente. En serio, Dick, no le di importancia entonces y tampoco se la doy ahora.

El presentador sonrió con sorna.

—Usted no acudió a la ejecución. ¿Sabía que Richie Santoro murió gritando su nombre?

Durante unos segundos, que se me hicieron eternos, sentí que mi cuerpo se estremecía y mi corazón bombeaba mucho más deprisa de lo que era recomendable. De pronto la corbata se clavaba en mi cuello y me impedía respirar.

—No, no lo sabía.

Cara o cruz

Amanece el último día de su vida. El hombre hace una excepción y esta vez lo nota. Sabe que puede ser un final o un principio, y cree estar preparado para enfrentarse a ello. Su compañero, su creación, duerme. Ha sido un duro trabajo que debe funcionar sin lagunas. Hay asuntos que podría delegar en él y otros que no. Morir es de los primeros.

Le despierta y le saluda. Prepárate.

La transformación ha sido tan rápida y total, el proceso tan sencillo, que hasta él mismo se pregunta si está fingiendo o si realmente ha sido tan estúpido. Confía en que cualquiera que sea la respuesta no estropee la culminación del proyecto. Dos misiones. Uno deberá seguir trabajando para cumplir la suya, el otro la cumplirá esa misma noche.

* * *

A pesar del cambio, algunos afirmarán haber oído llantos procediendo de esa celda a lo largo de la jornada. Mulo llora, el hombre habla. Como siempre.

* * *

La puerta metálica del pasillo se abre con un chirrido que culmina en el choque del acero contra la piedra. Los guardias se dirigen a la última celda. Las risas de sus ocupantes resuenan por toda el ala de la prisión.

Dos hombres, dos camas, dos gestos iguales. Ríen.

Lea, padre. Y el sacerdote da un paso hacia la verja para leer el salmo mientras los guardias le custodian.

Los dos reos visten igual, miran igual, lucen igual. El jefe de los celadores debe mirar la foto de su registro para distinguirlos, porque solo puede acompañarlos uno. Y, joder, los dos son iguales.

Miran y ríen. Desafían. Funciona.

Los guardias le llaman, pero el hombre no contesta. Ríen, solo ríen. Podía ser este, podía ser cualquiera de los dos. Y que se lleven a uno o a otro no es lo mismo.

El hombre confía, está cerca, no puede relajarse. Vuelven a llamar, calla. Ni una palabra, ríe.

Quién crees que es. No sé, son iguales. No jodas. Lo veo. Cómo se distinguen. Dientes. Qué dices. Tatuajes, son iguales. Pregúntales algo. Lo hace, pero ellos no contestan, solo ríen, y su risa da miedo. Creo que es este. Es más alto. No, es él, vamos.

El sacerdote abandona la celda, detrás de él un oficial, detrás el reo, uno de los dos, el otro ríe desde la celda. Se alejan por el pasillo. La suerte está echada. El hombre respira.

* * *

Le afeitan y le atan a la silla. Una tela beis cubre el cristal cuando los grilletos le sujetan a la madera. Instrumento de tortura, atraso. Las cinchas aprietan y cortan la circulación, es porque dentro de un rato querrás moverte mucho, hijo, le dicen. El casco de metal está frío, los cables salen de él como en un grotesco surtidor de neuronas. La tela cae y su mirada se encuentra con todos esos ojos. Sí, empieza a reír, aunque no ve a quien deseaba encontrar entre el público. El cabrón no ha venido. Grita mil veces su nombre, cobarde malnacido. Le insulta y le invoca, puedes huir, pero no escapar.

* * *

El comisario lee la sentencia, recuerda por qué han acudido a ver cómo se fríe a un hombre en una dulce tarde de domingo. Por supuesto, tápenme la cabeza, no queremos que el público vea cómo estallan mis ojos, mi lengua se retuerce y mis mejillas se queman como pergamino. No queremos que me vean vomitar bilis.

El condenado cierra los ojos, el momento llega. El instante para el que se ha preparado durante todo ese año. Lloro dentro de la capucha, aunque desde fuera solo oyen risas y maldiciones. Se esfuerza porque así sea.

No consigue recordar a Penny Lane. Ni siquiera está ya seguro de haberla conocido nunca. Cuál era el nombre del pueblo. Qué sucedió allí. No lo recuerda, o jamás lo ha vivido.

Solo quiere gritar. Grita. Cae la palanca y miles de voltios apagan su risa. Ahora os toca a vosotros seguir con el juego.

Suspira...

La televisión mata

Me despedí de Sara en la puerta principal de los estudios de televisión. La noche era fría y amenazaba una fuerte tormenta. Las primeras gotas de lluvia resbalaban por los tejados y se deslizaban por los cristales. Un viento helado agitaba el cabello rojizo de mi exesposa.

—El equipo acostumbra a tomar una copa después del programa —me explicó Sara antes de que me subiera al coche—. A veces los invitados nos acompañan. ¿Te apuntas?

—No, muchas gracias —contesté—. He de volver a casa. Tengo que continuar con mi vida anodina y solitaria, ya sabes, como los últimos dos años.

Quizá fue un error, pero no pude dominar el impulso de lanzarle aquel dardo envenenado. Se lo debía, y asumí el riesgo de poder ofenderla.

—Venga, Sara, ahora, después de todo, no trates de ser amable conmigo.

—No te pases, Marcus —me respondió esforzándose por reprimir su enfado—. La gente quería saber.

—¿La gente? —repliqué sin darle tiempo a continuar—. Créeme, a la gente le importa una mierda lo que yo haga y mucho menos cómo viva.

—¡Oh! Perdona. Olvidaba que también te has vuelto un estúpido maleducado.

* * *

Llegué a mi apartamento a las dos de la madrugada, algo más de una hora después de despedirme de Sara sin que ninguno de los dos mirase atrás. Llovía con rabia cuando por fin entré y lo hacía tan fuerte que en lo poco que tardé en atravesar el camino desde el coche hasta el portal me dio tiempo de calarme hasta los huesos.

Mi apartamento dista poco del centro de la ciudad, no es demasiado grande, pero es una de las pocas cosas que conservo de mi etapa como fiscal. A él me mudé cuando Sara decidió que nos separásemos y accedí a que se quedara la casa que compartíamos hasta entonces, mucho más grande y cómoda. Después me enteré de que la había vendido. Este piso es bastante más humilde, pero tiene todas las comodidades que un hombre puede desear: salón con tele y mando a distancia, un amplio sofá, una cama bien grande y casi siempre deshecha, un baño lo suficientemente espacioso y aireado como para que no haya que limpiarlo demasiado a menudo, y una casi desconocida cocina, que solo está ahí por si acaso.

Cansado y pasado por agua, crucé el umbral y llegué hasta la nevera dejando a cada paso una odiosa mancha de barro en el suelo. Un frío pero dulce zumo de frutas

descendió por mi garganta como el filo helado de una navaja, ayudándome a despejar mi cabeza mucho mejor que cualquier café cargado. Una larga ducha terminó de devolverme a mi mundo de rutina y costumbres solitarias.

Sin acabar de secarme me embuté en un viejo chándal rescatado de los años universitarios y, armado con un sándwich vegetal, me derrumbé en el sofá dispuesto a ver lo único que se puede sintonizar en la televisión a esas horas: la teletienda. Batidos, peladores, aparatos de gimnasia y recopilaciones musicales de bajo precio y dudosa calidad desfilaron ante mí ayudándome a terminar de coger el sueño.

Un rato después el mando a distancia echaba humo mientras yo continuaba repasando en mi mente los episodios vividos aquella noche y dedicaba mi atención al grandioso espectáculo de luz y sonido que los relámpagos y los truenos representaban al otro lado de la cristalera. La tormenta era de las que hacen época. Tanto que el escándalo ocultaba las voces de la televisión. Recuerdo que me incorporé y me asomé a la ventana para contemplar la lluvia igual que cuando era crío, cuando toda esa tragedia era aún inconcebible. La cortina de agua escondía la luz de las farolas mientras el viento zarandeaba los árboles y golpeaba las hojas contra los cristales. Los charcos cubrían el asfalto, reflejando las siluetas deformes de los edificios. La calle estaba desierta, los últimos incautos desaparecían en la oscuridad en busca de refugio.

Mientras contemplaba aquel castigo con el que la naturaleza había decidido alegrarnos las navidades, comencé a sentir yo también el peso de los párpados y la falta de fuerzas. Volví al sillón y me dejé caer agotado. Teletienda dentro y diluvio fuera.

* * *

Faltan algunas horas todavía para el alba cuando, sin previo aviso y sin mediar movimiento alguno por mi parte, la televisión comienza a emitir sonidos extraños.

Abro lentamente los ojos y descubro en la pantalla una inmensidad de puntitos grises que se agitan sin cesar produciendo un insoportable zumbido que perfora mis oídos. Qué está pasando, no entiendo nada. La velocidad con la que se mueven esas formas confusas consigue marearme, creo que voy a vomitar, y aumenta a la vez que el ruido se hace tan incómodo que se me saltan las lágrimas.

Clavado como una estaca delante de ese torbellino de luces y zumbidos, no soy capaz de diferenciar si estoy despierto o si sigo dormido.

Aporreo el mando a distancia, pero este no me responde y resulta imposible cambiar de canal, bajar el volumen o apagar el aparato. Por Dios, ese ruido es terrible. Me llevo las manos a los oídos, pero no puedo dejar de escucharlo, espero que la pantalla explote de una puta vez antes de que lo haga mi propia cabeza. Me

pongo a gritar, incapaz de soportar la tensión un segundo más, ruego porque aquel pitido insufrible cese de inmediato.

Y como si me escucharan, se hace el silencio. Me recuesto aliviado contra el sillón, empapado en sudor. Pienso en acercarme a la tele a ver qué demonios le pasa, pero cuando vuelvo a mirarla lo que veo me hiela la sangre. Porque los puntos grises ya no están y en su lugar aparece mi propia imagen, como si una cámara oculta me estuviese apuntando desde el interior del aparato. La sorpresa me paraliza, el miedo también. Tardo segundos en elegir las palabras para describir lo que está pasando, y aun así me cuesta ordenarlas, mucho más creer en ellas. Se me ocurre mover una mano, mover la otra. Mi imagen en la pantalla repite exactamente lo mismo.

Decido acercarme a la tele y reviso todos sus botones, sus conexiones, sus cables. Busco a su alrededor, entre los libros, pero no encuentro ningún objeto extraño, nada que no reconozca como mío. Hoy en día cualquier tontería puede ser una cámara, pero cuál y por qué son cuestiones que no comprendo.

Regreso al sillón asustado y tomo en mis manos el vaso de zumo. Mi otro yo hace lo mismo. Me dejo caer otra vez contra el sofá, los puños agarrotados, solo el crujir de la tormenta perfora el silencio.

Entonces lo veo y el vaso de cristal se me cae al suelo, rebota dos veces esparciendo su contenido por la moqueta. Ahogo un grito y me giro tan rápido como puedo. En la pantalla una sombra ha cruzado a mi espalda; fuera de ella, en la realidad, mi salón está vacío. Mi corazón galopa como si fuera a salir huyendo del pecho. Cuando vuelvo a mirar a la tele hay un hombre de negro de pie tras mi sillón. Pegado a mi espalda, observándome bajo su capucha empapada. Me giro de nuevo, no hay nadie, pero en mi pantalla...

—Qué demonios...

En mi pantalla el intruso se inclina hacia mí, su cuerpo a escasos centímetros de mi nuca. El pánico me recorre de pies a cabeza y quiero gritar, salir huyendo, llamar a la policía. Sin embargo, me encuentro pegado al sillón como si una fuerza me sujetara. No puedo dejar de mirar. El hombre empieza a sacar un cable delgado del interior de una de sus mangas y lo blande entre sus manos sobre mi cabeza. Muy despacio lo hace pasar alrededor de mi cuello. ¡Y estira!

Instintivamente me llevo las manos a la garganta, ¡pero allí no hay nada! En la pantalla me retuerzo y jadeo, mi piel pasa del rosado al gris, al azul, en cuestión de segundos. Todo es real, pero a la vez es mentira. Empiezo a chillar horrorizado, agonizo frente a mí mismo sin que nada tenga el menor sentido. ¡Qué demonios está sucediendo!

Despierto o dormido consigo levantarme y rodear el sofá. Allí no hay nadie, es imposible. En la pantalla mi cuello vomita sangre entre las manos del asesino. ¡Me estoy viendo morir!

Intento alcanzarle, me sacudo cabeceando incapaz de combatir esa fuerza incontestable. Tira del cable como si pretendiera separar mi cabeza del resto. En el

mundo real empiezo a llorar y caigo de rodillas junto al sofá, incapaz de apartar la mirada. Al cabo de unos segundos el asesino cede la presión y mi cuerpo se desploma como un fardo de paja encharcada. La sangre se mezcla en la moqueta con el zumo de frutas, la figura recoge su cable y se aleja sin prisa, desapareciendo de la pantalla con una parsimonia teatral. Al instante, con un chasquido eléctrico, mi salón se desvanece de la imagen y regresan los puntos grises con su frenética danza. Chillo y me abalanzo sobre el mando, pulso los botones mil veces hasta que consigo que la maldita televisión se apague.

* * *

Tuve que gatear para llegar a mi cuarto. Me costaba coger aire y era incapaz de pensar con claridad. Las ideas se atropellaban en mi mente, chocaban, me dolían.

A pesar de que el zumbido se había desvanecido, yo continuaba sintiéndolo en mis sienes, palpitando en mis ojos, en las yemas de mis dedos.

No podía dejar de llorar. En mis oídos empezaba a crecer un extraño rumor, una risa estridente, un aullido enfermizo que yo ya conocía, que me era familiar. Vomité. Estaba muy débil cuando logré alcanzar la puerta de mi habitación, tal vez por eso quedé inconsciente en el suelo.

Reencuentro

Desperté apenas un par de horas después, alertado por los gritos que escuchaba en mi cabeza. Chillidos y lamentos que procedían de una terrible pesadilla que no podía recordar.

Me puse en pie, aturdido, y me acerqué instintivamente a la ventana; allí comprobé que la tempestad todavía azotaba las calles en sombras. Faltaba poco para el amanecer.

Me giré hacia el centro del salón, con un dolor de cabeza como en la peor de las resacas, y encontré junto a la mesita, al pie de la televisión, mi vaso de cristal y el oscuro charco de zumo que empapaba la moqueta.

Me quedé unos minutos allí parado, observando la televisión apagada mientras revivía con un escalofrío las imágenes de la noche anterior. Volví a acercarme al aparato e investigué a fondo su enchufe y sus conexiones, revisé los canales y apreté todos sus botones, pero esta vez tampoco descubrí nada extraño. Abandoné y me dirigí a la cocina para prepararme el desayuno, vertí distraído los cereales en un tazón mientras terminaba de licuarse un zumo. Comenzaba a respirar más tranquilo cuando por fin recordé, recordé los gritos y por qué esa voz me había resultado familiar. Recordé *su* risa.

* * *

El amanecer me sorprendió de pie, calándome bajo la lluvia, solo en el cementerio junto a la lápida de Chino. Era la primera vez que visitaba su tumba, pero no sentí un ápice ni de emoción ni de respeto al verla. «Aquí yace Ricardo Santoro. Descanse en paz», era la frase esculpida torpemente sobre el cemento desnudo, sin duda por algún desganado empleado del cementerio, antes de que se secara.

—Descansa. Descansa, hijo de puta —pensé en voz alta.

Lo que me había llevado hasta allí había sido su risa. No era algo nuevo para mí. Esa carcajada febril me había acompañado infinidad de veces en pesadillas, incontables ocasiones en las que tuve que despertar aterrado y sudoroso tras soñar con su cara desencajada, con su mirada histérica al despedazar a alguna de sus víctimas. Una tortura que había comenzado en aquel maldito juicio, más de dos años atrás. Esa noche, sin embargo, Chino había desplegado otra vez su demoníaca sonrisa y me la había dedicado personalmente.

El eco de aquella voz me había impulsado a abandonar mi café y mis cereales y caminar, todavía de noche y en pleno aguacero, en busca de su última morada, como

dicen. Tal vez un principio de paranoia me inducía a comprobar que todo siguiera en su sitio. En realidad jamás adiviné por qué acudí aquella mañana al cementerio, ni qué me llevó a actuar como después lo hice, pero sí que sabía con certeza que debía responder a su llamada.

Cuando los primeros rayos del sol se filtraban entre las nubes y atravesaban las enmarañadas ramas de los sauces deslumbrando mis pupilas, llevaba ya casi una hora al pie de los despojos de Santoro. Mientras contemplaba su austera tumba, deseé con fervor que el muchacho detonante de mis pesadillas hubiera encontrado a cinco metros bajo tierra la más segura de las prisiones.

Por primera vez en dos años permití que aquellos recuerdos asomaran a la superficie. Dolorosas imágenes de juicios y papeleos, de interminables investigaciones, de una exhaustiva búsqueda de respuestas y de estremecedores descubrimientos. Recuerdos terribles que de repente habían cobrado un protagonismo que yo jamás hubiera deseado. La publicación de mi libro, las llamadas de los periodistas y la nueva publicidad del caso al cumplirse su segundo aniversario habían reavivado sentimientos ya casi desterrados. Y volver a airear esa mierda había hecho regresar las alucinaciones. Sí, esa era la respuesta.

Esa mañana hacía mucho frío. Sentía mi nariz y mis orejas heladas por el viento que zarandeaba las ramas y hacía vibrar las briznas de hierba que crecían entre las lápidas. Volví a estremecerme al recordar las amenazas de Santoro cuando los guardias lo sacaban de la sala del juzgado. Palabras a las que en su momento no había dado más crédito que a los desvaríos de un loco, pero que allí, de pie junto a su tumba, después de lo sucedido esa noche en mi televisor, no podía apartar de mi mente.

Algún día, abogado.

Un banco de nubes grises ocultaba el amanecer de un día todavía más gris mientras mil preguntas sin respuesta acudían a mí como buscando refugio de la tormenta.

Abandoné el cementerio y paseé hasta la biblioteca que estaba a punto de abrir. Tenía que darle sentido a aquella alucinación, entender su significado y por qué me empeñaba en esa relación inevitable entre ella y Santoro. Por qué escuchaba otra vez su risa, por qué ese impulso por recordarle. Estaba confuso y desorientado, y creí que podría encontrar las respuestas en los archivos de la hemeroteca.

* * *

A esas horas de la mañana no esperaba encontrar demasiada gente consultando libros ni estudiando en la biblioteca, y menos aún durante las vacaciones de Navidad. Acababan de abrir, así que pude acomodarme sin problemas frente a uno de los ordenadores del segundo sótano, allí donde se almacenaban los rollos de microfilms

de las publicaciones pasadas. Apenas unos pocos vigilantes y algún que otro curioso recorrían los pasillos, la mayoría periodistas en busca de información para completar sus artículos.

Al llegar al estante de las bobinas de 1998, tropecé con una joven embutida en unos estrechos tejanos que llevaba en el hombro una pesada cartera de documentos. Ella no me vio llegar, pero estorbaba mi paso mientras examinaba el mismo archivador que yo estaba buscando.

—Disculpe, señorita —tuve que decir para que advirtiera mi presencia.

—¡Oh, lo siento!

La joven se apartó dejando libre la mitad del pasillo. Para ello se tuvo que girar hacia mí, y estoy seguro de que me ruboricé cuando quedó ante mis ojos aquel suéter pletórico, tan ceñido como sus pantalones.

—No, no se preocupe... —recé para que no hubiera notado mi balbuceo—. Gracias.

Cuando la turbadora señorita me lo permitió, pude llegar al otro lado del estante, donde se encontraban los rollos de los últimos meses del 98 y los primeros del 99, pero podía notar cómo ella seguía mirándome. Empecé a rebuscar entre las bobinas tratando de hacerme el despistado y fui cogiendo los carretes que necesitaba, consciente de que no me iba a relajar hasta que me alejara de ella y de su sugerente jersey. Sin embargo, me sentía incómodo y me ponía nervioso que no dejara de mirarme. Supuse que había notado mi indiscreción y me giré hacia ella para disculparme.

—¿Es usted Marcus Crane? —me espetó de golpe.

Aunque me avergüence reconocerlo, esa fue la primera vez que me fijé en su cara y he de decir que era una mujer muy bonita. Sus ojos eran de color avellana y me miraban a través de unas delicadas gafas de pasta negra. No debía tener más de treinta y pocos y lucía un cuerpo espléndido, sin duda trabajado en el gimnasio. Escondía su melena oscura en una sencilla coleta y vestía informal, pero no por eso dejaba de evocar mucho más que un simple encuentro en la biblioteca.

—Sí, soy yo. Pero ¿quién lo pregunta?

—¡Oh, perdone! —respondió nerviosa, tendiéndome su mano. Me dijo su nombre, pero no recuerdo si llegué a prestarle atención porque no podía apartar la mirada del brillo de sus labios. El reflejo de los fluorescentes danzaba de un lado a otro cuando movía la boca al hablar—. Soy reportera, bueno, en realidad acaban de contratarme en el periódico y estoy tratando de escribir un artículo —hablaba rápido y casi sin respirar, demasiado deprisa para ser agradable. Pero ¡caray, hasta su voz inspiraba sensualidad!—. Y ¡madre mía, qué casualidad!, precisamente pretendía realizar mi ensayo sobre usted y su trabajo. Y ahora que le tengo aquí, bueno, comprenderá mi ilusión y la enorme ayuda que supondría que me concediera una entrevista personal.

¡Madre mía, qué capacidad pulmonar, en todos los sentidos! Escupía palabras a toda velocidad. Desde luego, si en algún momento pensé en una verdadera entrevista personal, en profundidad, aquella verborrea me espantó rápidamente. Oyéndola hablar y observando sus movimientos resolví que solo me serviría para una cosa, y para eso no necesitaba que parloteara tanto.

—Bueno —repliqué colocándome las gafas—. Le agradezco su interés y me halaga que haya pensado en mí para su primer trabajo, pero no creo merecer ese honor. La verdad es que ahora estoy bastante liado, yo también tengo que investigar y creo que me llevará algún tiempo.

—Por favor, no se preocupe —insistió sonriéndome tanto con sus labios como con sus ojos canela. Sin embargo, lo verdaderamente peligroso se encontraba unos centímetros más abajo y con ciertas posturas me demostró que también sabía utilizarlo—. De hecho tengo todavía bastante que hacer aquí. Así que, ¿qué le parece si cuando termine me paso a buscarle y hablamos entonces de esa entrevista?

Tragué saliva como quien traga un ovillo de lana y repasé la situación de arriba abajo, literalmente. No encontré ningún motivo para negarme. Tal vez un par de horas de estoica resistencia auditiva y algunas respuestas rutinarias tuvieran, al final de la jornada, una más que merecida recompensa.

—Eso está hecho. Estaré...

—Le encontraré.

Sonrió de nuevo. Sabía lo que se hacía. Tomó las bobinas que había ido a buscar y se marchó, no sin antes dedicarme un guiño tan inocente como una puñalada. En medio de un repentino sofoco terminé de recopilar los microfilms que recogían las publicaciones entre septiembre del 98 y enero del 99. Cogí los que necesitaba y me senté frente a uno de los ordenadores.

Ya que la mayoría de mis notas sobre el caso Santoro estaban aún en los archivos de la fiscalía y yo ya no tenía acceso a ellos, mi única manera de acercarme de nuevo a esos días y refrescar mi memoria era a través de los artículos que los periódicos nos habían dedicado entonces. Si bien muchas de las evidencias y pruebas de que disponíamos fueron hábilmente ocultadas a la prensa por Sara y su gabinete, algunas de esas informaciones sí fueron filtradas y publicadas, de manera que la nación se pudiera hacer una idea de lo que estaba sucediendo. Aunque no tenía el ánimo necesario para sonreír, aprecié la casualidad de que más de dos años después me encontrase con la necesidad de revisar en los periódicos esos datos a los que precisamente yo, como fiscal, había puesto tantos obstáculos para su publicación. Así comencé mi particular recorrido cronológico por los titulares de aquellas fechas, reviviendo con cada palabra dolorosos recuerdos que creía enterrados para siempre.

* * *

El catorce de septiembre de 1998, un periódico de tirada local publicaba en portada:

ATROZ ASESINATO EN LULLABY HILLS

La pequeña Penny Lane, de ocho años, encontrada descuartizada en la arboleda cercana al pueblo.

En otro diario se referían al suceso en estos términos:

NIÑA DESAPARECIDA ENCONTRADA MUERTA

Penny Lane, dada por desaparecida el pasado martes, fue ayer hallada sin vida en la arboleda de Lullaby Hills. Su cuerpo ha sido brutalmente mutilado y abandonado en una zona cercana a las vías del tren. Todavía no hay sospechosos, pero la policía investiga el lugar del crimen en busca de huellas.

Días después, la mayor parte de las publicaciones, tanto estatales como nacionales, se habían hecho eco del caso y casi todas le dedicaban sus portadas. En los diarios más importantes, grandes titulares rodeaban mi fotografía:

EL FISCAL GENERAL CRANE ORDENA LA DETENCIÓN DE RICHIE SANTORO

En la noche de ayer el fiscal Marcus Crane firmó la orden de arresto de Ricardo Santoro, apodado Chino, como principal y único sospechoso del asesinato de Lullaby Hills.

DETENIDO EL ASESINO DE LULLABY HILLS

Las fuerzas del orden de la pequeña población de Lullaby Hills detuvieron anoche a Ricardo Santoro bajo la acusación de violación y asesinato con ensañamiento. La orden fue dada por el fiscal general Marcus Crane, quien declaró que las huellas y pruebas encontradas en el lugar del crimen, así como los primeros testimonios, apuntan hacia un único sospechoso. Crane se abstuvo de hacer más declaraciones en espera de los resultados de los análisis.

A partir de la detención, los titulares se sucedían. El país entero tenía un ojo puesto en las evoluciones del caso, y cada aparición pública de alguno de nosotros acaparaba toda la atención. Pasados más de dos años, aún me estremecía al recordar aquellos acontecimientos.

30/09/98

LA FISCALÍA ACELERA LOS TRÁMITES, YA HAY FECHA PARA EL JUICIO DE SANTORO

10/10/98

COMIENZA EL PROCESO DEL CASO SANTORO

El fiscal asegura: «Todas las pruebas apuntan inexorablemente a Richie. Es culpable».

20/10/98

FISCAL CRANE: «NO TIENE SALIDA. PAGARÁ POR LO QUE HA HECHO»

La fiscalía presenta un aluvión de testigos que incriminan a Santoro.

30/10/98

LA DEFENSA ALEGA DEMENCIA TRANSITORIA PARA SALVAR A CHINO

El abogado de Santoro presentó ayer al jurado el informe de un psicólogo especialista que apuntó la posibilidad de [...]

04/11/98

NO ESTÁ LOCO

El psicólogo de la fiscalía rebate la afirmación de la defensa. Según el doctor Warren, ninguno de los exámenes que se han realizado a Santoro pone en duda su estado mental en el momento del ataque.

15/11/98

El caso Santoro da un giro repentino: LA ACUSACIÓN NO ENCUENTRA EL ARMA DEL CRIMEN.

En la vista de ayer la defensa señaló que sin el arma del crimen el resto de pruebas son circunstanciales e insuficientes para [...]

30/11/98

EL ADN CONDENA A CHINO

En la sesión vespertina de ayer, el fiscal Crane presentó los resultados de los análisis realizados sobre el semen y vello encontrados en el cuerpo de la niña. Así se confirma a Santoro como el autor material de las violaciones. «El ADN no prueba que él la matara», afirmó el abogado defensor.

Llegados a este punto, la situación se nos escapó de las manos, la presión social crecía de manera desproporcionada y eran demasiados los que abogaban por la conclusión del proceso y una ejecución rápida, aún sin conocer el veredicto del jurado.

06/12/98

EL ABOGADO DEFENSOR RECONOCE HABER RECIBIDO AMENAZAS

08/12/98

MANIFESTACIONES EN LAS PRINCIPALES CIUDADES DEL PAÍS A FAVOR DE LA PENA DE MUERTE PARA SANTORO

12/12/98

LA FALTA DE PRUEBAS CONCLUYENTES COMPLICA LA DECISIÓN DEL JURADO

23/12/98

SE ACERCA EL DESENLACE

Tras la intervención de los últimos testigos, la vista se reanuda el próximo día 25 con los alegatos finales y la lectura del veredicto más esperado de los últimos cincuenta años.

Recuerdo que el día después del final del juicio los principales diarios agotaron sus ejemplares y muchos tuvieron que realizar doble tirada o poner en la calle una edición vespertina. Todo el país quería empaparse de la noticia.

26/12/98

¡CULPABLE!

Richie Santoro fue declarado ayer culpable de todos los cargos que se le imputaban. El acusado fue condenado a muerte y abandonó la sala en medio de grandes gritos y aspavientos, siendo necesaria la intervención de los agentes de seguridad.

Y al día siguiente estalló la bomba:

27/12/98

NOTICIA DE ALCANCE: EL FISCAL CRANE SE RETIRA

En una multitudinaria rueda de prensa celebrada ayer, el ya exfiscal general hizo pública su decisión de abandonar su cargo y dejar la abogacía, pero no quiso dar explicaciones acerca de los motivos que le habían impulsado a ello [...]. Sin duda nadie esperaba una noticia tan impactante, y menos después de su gran victoria de anteayer [...]

Hasta aquí los titulares que conocía. El recuerdo había sido doloroso, pero había avivado mi curiosidad sobre los acontecimientos posteriores a mi retirada. Y es que una vez alejado del ejercicio, mi relación con ese caso y con cualquier otro había sido nula. Fui rápidamente al baño para lavarme la cara y, al regresar, coloqué la siguiente bobina, preparado para lo que pudiera venir. Al menos eso creía. Ajusté el proyector y pasé algunas diapositivas hasta que encontré la primera que se refería a nuestro caso.

02/01/99

ENCERRADO

En espera de la fecha de su ejecución, Richie Santoro fue encarcelado ayer, día de Año Nuevo, en una prisión de máxima seguridad donde permanecerá recluso hasta [...]

28/05/99

SANTORO SIGUE DANDO QUE HABLAR

Casi medio año después de su encarcelamiento, Chino sigue dando muestras de su inestabilidad y violencia. Los guardias que le vigilan en prisión comentan que se comporta como un endemoniado, que habla solo, que no deja de gritar horribles maldiciones, exaltando al resto de reclusos, por lo que es incomunicado casi constantemente. Por otro lado, su conocida aversión hacia el fiscal que dio con él en prisión, el ya retirado Marcus Crane, lejos de atenuarse aumenta, ha pintado las paredes de su celda con su nombre y [...]

Leí cada uno de los titulares con enorme atención y conseguí hacerme una idea bastante clara de cómo había pasado Santoro esos meses en el presidio. Que agitaba a sus compañeros, que los guardias le tuvieran respeto y que se acordaba de mí no me sorprendía, pero que pasase las horas atormentándose con cantos demoníacos sí que me puso la piel de gallina.

15/08/99

SANTORO ASUSTA A LOS MÉDICOS

El inusual comportamiento de Richie Santoro, rayando la paranoia, trae en jaque a los doctores de la penitenciaría, que no saben a qué enfermedad asociarlo.

02/10/99

CHINO QUIERE MORIR

A falta de poco más de dos meses para su ejecución, en una entrevista concedida en exclusiva desde la cárcel, Santoro afirma que su mayor deseo es, en sus propias palabras: “morir cuanto antes”. Aunque no lo crean, realizó estas declaraciones sin pizca de ironía y las acompañó con una carcajada que aterrorizó a nuestra redactora, quien aún se encuentra indispuesta y afectada. Según él mismo afirma, “reza cada noche por arder en el infierno junto al alma de Marcus Crane”, que, como recordarán, fue el fiscal que contribuyó a que Richie fuese condenado. Crane, sin embargo, sigue en paradero desconocido y es imposible [...]

A medida que se acercaba la fecha de la ejecución, los titulares de los periódicos se volvían cada vez más optimistas y casi alegres, como si la extinción de una vida fuese algo digno de celebración. Incluso aunque se tratase de Santoro, tal algarabía por la llegada del día de su muerte no dejaba de resultarme grotesca. En esa línea, unos días antes de la ejecución, la portada de un importante diario publicaba:

20/12/99

TODO PREPARADO PARA LA EJECUCIÓN DE SANTORO

Exactamente un año después de su condena, Richie Santoro será ejecutado en la silla eléctrica [...]. Cientos de personas se arremolinan frente a la prisión lanzando proclamas y portando pancartas para exigir justicia contra los asesinos [...]

El día después la noticia daba la vuelta al globo. Todo el mundo debió leerlo, todos menos yo. Aquella mañana en la hemeroteca me arrepentí gravemente de no haber prestado entonces suficiente atención a los periódicos. Había demasiadas cosas que no sabía.

26/12/99

EJECUCIÓN ESPERADA

La electrocución de Richie Santoro tuvo lugar ayer por la noche. A ella acudieron multitud de personalidades y los familiares de la víctima. Sin embargo, se echó en falta la presencia del exfiscal Marcus Crane, quien decidió no acudir, pero de quien sí se acordó, y mucho, el propio Santoro, que no cesó de gritar su nombre hasta el último momento. Poco antes de morir, incluso, el ajusticiado encontró fuerzas para hacerse oír entre el estruendo y proferir la misma amenaza que ya formulara hace un año contra el antiguo fiscal: «¡Algún día, abogado! ¡Algún día arderás conmigo en el infierno!». A buen seguro que las vidas de ambos estarán siempre unidas [...]

Me recliné en la butaca y me alejé instintivamente de la pantalla. No podía creerlo. Volvían a golpearme aquellas palabras, esa satánica profecía que durante tanto tiempo había intentado esconder en un profundo rincón de mi memoria. No esperaba esa sorpresa, me estremecí y me enfadé al mismo tiempo por tomármelo en serio. Tonterías, sin duda.

Me quité las gafas y me froté los ojos enrojecidos por los destellos de la pantalla. Había perdido la noción del tiempo y comenzaba a sentir las punzadas del hambre, además de un agudo dolor en el cuello. Cuando miré por primera vez en horas a mi alrededor, me di cuenta de que la mayoría de los escritorios ya estaban ocupados y un gran número de personas deambulaba por los pasillos, pero de la que no había rastro era de la joven reportera. Dijo que se pasaría por mi escritorio antes de marcharse, pero supuse que se lo habría pensado mejor. Hundí la cara entre las manos, víctima del cansancio, y me levanté para ir a la máquina de comida por algo que almorzar.

—¡Pero mira quién está aquí!

¡Conocía aquella voz! Hacía tanto que no la oía que no podía creerlo. Me di la vuelta y una sonrisa inundó mi rostro. El mismísimo Danny Deacon se acercaba a estrecharme la mano.

—¡Dan, viejo amigo! —exclamé, olvidando que estaba en una biblioteca. Fui hacia él y le estrujé en un abrazo.

Parecía mentira que después de tantos años trabajando juntos hubiéramos perdido el contacto de esa manera. No había vuelto a saber de su vida desde poco después de mi retirada, bueno, ni de la suya ni de la de nadie, y ahora que volvía a encontrarlo me moría de ganas de charlar con él.

—¡Eh, colega, tranquilo! —me dijo entre risas—. Siéntate y baja la voz. ¿Qué demonios haces aquí?

Dan tenía un aspecto genial. El tiempo no había pasado por él. Era alto y delgado, con su fino cabello rubio, algo más escaso de como le recordaba. Le gustaba la ropa elegante y siempre hacía gala de una educación exquisita. Reímos en silencio mientras yo regresaba a mi silla y él se sentaba a mi lado.

—¡Dios mío!, Marcus, te veo agotado. ¿Cuántas horas llevas aquí?

—La verdad es que no tengo ni idea —respondí, exhalando más que pronunciando las palabras—. ¿Qué hora es?

—Ay, muchacho... —se lamentó él, meneando la cabeza y mirándome de arriba abajo. Sin apenas dormir, sin afeitarse, con el estómago vacío y una apariencia no muy lejana a la de un vagabundo, supuse que jamás había imaginado encontrarme en semejante estado—. Son las dos de la tarde, Marcus, parece que no hayas pegado ojo en días. Menuda pinta tienes.

—Pues no te creas —respondí con ironía, mirando a ambos lados por encima de su hombro—. Incluso he quedado aquí con una chica. Lo que pasa es...

—¿Ah sí? Pues no veo a ninguna preguntando por ti. ¿Cómo era?

—Lo cierto es que no recuerdo su nombre... Pero estaba bastante bien —reí—. ¡Es en serio!

—Ya, comprendo —consintió con sarcasmo—. Seguramente tu olor la habrá espantado. Anda, te invito a comer.

A corazón abierto

Danny me llevó a un restaurante italiano. El comedor estaba tan abarrotado que tuvimos que esperar a que una mesa quedara libre para poder sentarnos. Tendría que ser un almuerzo tardío. Odiaba volver a verme entre tanta gente, aunque si mi amigo tenía razón en cuanto a mi aspecto, no muchos me reconocerían. Por fin tomamos asiento junto a la ventana y pedimos el menú del día. A pesar del tiempo que había pasado en la biblioteca, la tormenta seguía golpeando los cristales y la penumbra de un cielo lóbrego y cubierto de nubes impedía distinguir cuánto quedaba para el anochecer. Uno de los camareros se acercó y tomó nota de nuestro pedido.

—No recuerdo una Navidad tan lluviosa —comentó Danny. Yo me limité a asentir.

Como si la tempestad se comiera nuestras palabras, ninguno de los dos volvimos a hablar mientras esperábamos nuestra comida. Tras las ventanas la tromba de agua azotaba las calles, goterones como granizo repicaban sobre los coches y hacían vibrar los charcos, cada vez mayores. Incluso dentro del restaurante el ruido era ensordecedor. Yo dudaba si comenzar a hablar, no sabía hasta qué punto quería compartir mis dudas con Danny, si era buena idea hacerle partícipe de mis paranoias. Solo con pensar en ello volvía a sentir el miedo de la noche anterior al presenciar mi propia muerte en la pantalla. Ni siquiera me planteé cómo explicar algo así a otra persona.

Llegó el menú y empezamos a comer. Estaba muerto de hambre, he de reconocerlo, ya que ni siquiera había desayunado, y sin embargo mi estómago se negaba a admitir bocado. Demasiado preocupado para concentrarme en masticar, la comida se enfriaba mientras me perdía en los reflejos del agua en la cristalera. Dan, en cambio, devoraba un bocado tras otro acompañándolos con cortos tragos de vino. De vez en cuando alzaba la vista y me miraba como si esperara que fuese yo quien comenzase a hablar. Habíamos compartido muchos momentos como ese, demasiados almuerzos en silencio en los que Dan había aprendido a manejar la caprichosa actitud individualista de su mejor amigo.

—¿Qué te ha ocurrido? —me preguntó de improviso.

Me sorprendió que tomara él la iniciativa, quizá pensaba que el hombre que tenía delante se parecía muy poco al que recordaba. Su voz me sobresaltó como si me despertara de un profundo sueño.

—Lo siento, Dan —respondí incómodo—. Mi vida pasa por una zona de turbulencias.

—Bueno, eso es lo normal en ti —comentó con una sonrisa—. Pero jamás te había visto tan decaído. Desde el juicio de Chino no has vuelto a ser el mismo.

—Nada ha vuelto a ser lo mismo, Dan.

Me quité las gafas y las dejé junto a mi plato, casi intacto. Me froté con los dedos el puente de la nariz, el miedo me impedía pensar con claridad.

—Sé que lo has debido pasar muy mal —continuó él—. Pero estoy aquí y no te dejaré otra vez solo. Vamos, Marcus. Háblame.

—No es tan sencillo —le expliqué—, tal vez no te guste lo que te pudiera decir.

—Pruébame.

Creí que merecía una explicación y decidí dársela. Además, quizá no me vendría mal dejar salir tantas dudas, verbalizar todo aquello. Dicen que funciona. Le miré indeciso, asustado por cómo pudiera reaccionar ante lo terrible de lo que tenía que confesarle. Me conmovió su interés y se lo agradecí, me separé un punto de la mesa y volví a mirar por la ventana. Empezar a hablar no resultaba fácil.

—Estoy esperando, Marcus. Sea lo que sea, lo entenderé.

No, no lo harás, pensé. Lo intentarás, que no es lo mismo. Tratarás de asumir lo que me ocurre, de ponerte en mi lugar y sentir como crees que yo lo hago. Pero no lo lograrás, amigo, no lo podrás hacer porque no eres como yo, tú sigues vivo.

—Confía en mí y dime de qué te escondes.

Cada uno de mis gestos resultaba un reflejo del dolor que me invadía y que no podía disimular. Dan me observaba en silencio. Me conocía mejor que nadie y podía ver mi sufrimiento. Puso su mano en la mía y con un gesto me indicó que no estaba dispuesto a dejar que me consumiera. Que el cielo sepa agradecerse.

—Danny, ¿alguna vez piensas en Chino?

Tardó unos segundos en asumir la pregunta, sin duda esperaba algo por el estilo, y sonrió feliz por haber logrado hacerme hablar.

—Claro que sí, Marcus, como todos los que tuvimos que ver con aquella maldita investigación. Ese caso nos marcó profundamente. Tú mismo lo dijiste en el programa de Sara.

—¿Me viste?

—¡Por supuesto! ¡Era la primera vez que podía ver a mi amigo en años! Dijiste que nuestro nivel de implicación fue mayor que el que jamás tuvimos en ningún otro caso, y era cierto. Nos metimos tanto en la piel de Penny, nos pusimos tantas veces en el lugar de su familia y penetramos tan profundo en la mente de Chino que era imposible que no nos dejase huella. Sé que es algo horrible, pero también es inevitable y, sobre todo, no se te ocurra pensar que es algo que te afecta a ti solamente.

Permanecimos callados unos segundos observando a través de la ventana. La tormenta estaba a punto de oscurecer la ciudad por completo. En el reflejo encontré a Danny muy serio, como si llevase mucho tiempo esperando poder decirme esas palabras. Yo deslicé la mirada hasta clavarla en el fondo de mi copa de vino. No dudaba que el caso Santoro nos había marcado a todos, pero también sabía que lo mío era diferente.

—Yo, a veces, muchas veces —empecé dubitativo— tengo pesadillas con Chino.

Danny dejó sobre el tapete la copa que estaba a punto de beber y se recostó en su silla.

—Yo también. Supongo que todos.

Negué con la cabeza. Algo vería en mi expresión porque me miró preocupado y guardó silencio. Después me hizo una seña para que continuara. Le conté cómo Chino se colaba una y otra vez en mis sueños para realizar los crímenes más crueles. Le conté cómo me miraba, cómo su risa se clavaba en mi cerebro y no me dejaba ni de día ni de noche. Danny solo me observaba, no demostraba ninguna reacción, se acariciaba la barbilla con dos dedos y oteaba más allá del parque, donde la lluvia pertinaz difuminaba ya los edificios.

—¿Desde cuándo te ocurre?

Suspiré y yo también miré por la ventana. El aguacero obligaba a la gente a correr doblados sobre sí mismos y aferrados a sus paraguas, que el viento parecía querer coleccionar. El cielo se iluminó con un potente destello.

—Los primeros sueños llegaron durante la investigación, pero aún eran meras pesadillas. Su mirada, sus gritos, poco más. Después del juicio empecé a imaginarlo corriendo detrás de mí armado con su cuchillo y gritando mi nombre. Yo intentaba huir por el bosque, aterrado, hasta que conseguía despistarlo al internarme en un páramo tenebroso y húmedo. A veces el sueño terminaba ahí. En otras ocasiones tropezaba con algo y caía de bruces contra el barro.

—¿Qué te hacía caer?

Le miré.

—Al darme la vuelta lo que encontraba en el suelo eran los restos de Penny Lane. Sin brazos, sin cabeza... En las peores pesadillas una silueta en sombras me clavaba un enorme cuchillo. Su risa...

Danny me observaba con ojos muy abiertos. Murmuró un nombre. Acertaba.

—Esa pesadilla se repitió muchas veces durante el primer año. A partir de entonces los sueños cambiaron —me detuve y bajé la mirada—. Para peor.

Dan se inclinó hacia mí. Me costaba desenterrar las palabras, apenas susurros. Me sentí avergonzado, no era sencillo desnudar todo aquello.

—¿Cómo? Explícate.

—Las pesadillas se han hecho más frecuentes y distintas cada vez —continué nervioso, incómodo. Quería terminar esa conversación que no estaba funcionando. Jugaba con el tallo de la copa entre los dedos y observando sin verlo algún punto del mantel—. En ellas Chino me espera de espaldas en la oscuridad, clavando su cuchillo con rabia sobre cuerpos que no reconozco. Me invita a acercarme, a unirme a él, la sangre lo salpica todo, se escucha su risa mientras lanza pedazos de carne por los aires. A veces arranca las cabezas y me las arroja a los pies.

—Dijiste que las pesadillas eran cada vez diferentes —insistió Danny, hacía rato que se había aflojado el nudo de la corbata.

—Así es.

Mi amigo, por primera vez, parecía impaciente.

—Vamos, Marcus, tienes que contármelo. ¿Qué ocurre en esas pesadillas?

Hubiera matado por no tener que continuar.

—Danny —le dije—, lo que cambia en mis sueños precisamente es esa cabeza.

Dan frunció el ceño y torció el gesto de los labios. Me animó a continuar.

—La cabeza cada vez es distinta. Cuando llega rodando a mis pies la miro y...

No podía seguir, necesitaba parar.

—¿Qué ves, Marcus, de quién son esas cabezas?

—Veo tu cara, Danny. Y la de Sara, y la de Charlie. Las que corta son las cabezas de la gente que conozco.

El abogado se dejó caer en el respaldo de su silla. Después miró por la ventana, aún sin ver nada. Como tantas otras veces le había visto hacer, se retiró las gafas y se las limpió lentamente, como si fuera una rutina para mantener la calma.

—¡Santo Dios, Marcus! ¡Es horrible!

Solo pude bajar la cabeza y asentir. Tenía miedo de tropezar con sus ojos.

—Pensé que había terminado —susurré—, pero ha vuelto.

—¿A qué te refieres con que ha vuelto?

Observé mi reflejo en la oscurecida ventana, apareciendo y desapareciendo, deformándose entre los chorros de agua que se deslizaban por ella. Me devolvía la mirada un tipo abatido, un hombre joven aún, pero agotado. Un ser acabado, enfermo.

—En las últimas semanas las visiones se han multiplicado y las pesadillas son casi constantes. He de tomar varias pastillas para dormir, pero apenas lo consigo. Y anoche fue todavía peor.

—¿Qué pasó?

No estaba seguro de querer contarle lo sucedido con la televisión. Tenía pocas esperanzas de que me creyera, ya que ni siquiera yo era capaz de encontrarle una explicación. Sin embargo lo hice.

—Maldita sea, Marcus. No sé qué decirte. Es...

Asentí.

—Lo sé.

—Es demasiado raro, demasiado... ¿Seguro que no lo soñaste?

—No, Danny. No lo soñé, ocurrió de verdad.

—Vale, vale, te creo —mintió—. Pero entiende que es muy complicado, es enfermizo, es..., no sé, no es normal.

—Gracias, amigo —respondí con sarcasmo—, ya sé que no es normal. Pero sucedió como te lo cuento y yo estoy tan confuso como tú. Solo que no es a ti a quien persiguen esas visiones.

Su cara reflejaba su esfuerzo por creerme, ansiaba hacerlo para ayudarme a superar mis miedos y regresar al mundo real, pero semejante delirio le sobrepasaba.

Parecía buscar en mis palabras un clavo ardiendo al que agarrarse para no llamar a los loqueros. Y no le debía resultar nada fácil.

—¿Por qué fuiste a la hemeroteca?

—Quería buscar respuestas —contesté—. Pero allí no las había. Necesitaba volver a entrar en contacto con el caso, con los hechos, tenía que alejarme de mis recuerdos, demasiado mezclados con pesadillas como para tomármelos en serio. Para encontrar una explicación a su regreso quería tocar la realidad, concentrarme en ella.

La cara de Dan era todo un poema. Asaltado por las dudas, se le veía nervioso, intentando no juzgarme con demasiada dureza. Se mesaba el cabello una y otra vez, se recolocaba el nudo de la corbata. Buscaba una explicación lógica y ponerse en mi situación le incomodaba.

—Espectador de tu propia muerte... —susurró—. ¿Qué vas a hacer?

Me hubiera echado a reír de no estar tan asustado.

—¿Y qué puedo hacer? —contesté con una sonrisa desangelada—. Supongo que irme a casa e intentar distraerme. Supervisaré la edición del libro y trataré de ocupar mi mente con cualquier otra cosa.

—¿Sabe Sara todo esto?

—¡Qué va! Eres la primera persona con la que hablo de ello.

Las calles empezaban a tener problemas para digerir tanta agua. El cielo presentaba un aspecto tan oscuro y triste como el mío, lo que auguraba una buena temporada de lluvia y frío.

—¿Has probado con ayuda profesional?

—Venga, tío, no digas chorradas. No estoy loco.

—No hace falta estarlo para...

Los cafés se habían enfriado antes de poderlos terminar. Los camareros dudaban entre ofrecernos algo más o traernos la cuenta mientras afuera los coches pasaban por nuestro lado sumergidos en los charcos hasta los tapacubos. Algunos paraguas corrían de un lado a otro en busca de cobijo. No iba a ser buena noche para pasear.

Danny guardaba silencio. En realidad, no encontraba las palabras.

—Déjalo, amigo, me voy a casa.

Pesadillas

Aún llovía cuando salimos del restaurante, una lluvia persistente pero más calmada, acompañada por un viento furioso que complicaba caminar. A pesar de todo decidí rechazar la invitación de Danny para llevarme a casa y preferí regresar paseando, aunque fuera a empaparme, porque sentía necesidad de esos minutos de soledad en los que poder pensar. Tal vez el chaparrón arrastrase con el agua mis preocupaciones.

No tardé en llegar a casa y me desnudé casi en el umbral. Abrí el agua caliente en la ducha y el vapor invadió el cuarto de baño. Me sumergí bajo el chorro y permití que el tórrido líquido recorriera mi cuerpo relajando mis músculos, quemando mi piel. El cálido aliento de un saxofón llegaba desde la minicadena del salón.

Adoro el *jazz*, me relaja. Me ayuda a evocar imágenes de una infancia en la que me acostumbré a escucharlo desde detrás de la puerta del despacho de mi padre. A menudo me devuelve a esos días de ingenuidad en los que todo este miedo y estas pesadillas no tendrían sentido. El *jazz* me ha acompañado siempre, compartiendo mi soledad; cuando sus vientos y sus cuerdas inundan mi cuerpo, me hacen olvidar.

El agua caliente se deslizó por mi espalda emulando el serpenteo del saxo. Salí de la ducha y me sequé, enrollando después la toalla alrededor de mi cintura mientras el violonchelo jugaba a seducir al piano. Después, una deliciosa voz de mujer me acompañó hasta mi dormitorio, donde una guitarra doliente lloró por mí hasta dejarme dormido, liberado, al arrullo de una trompeta. *What a wonderful world.*

Siempre había adorado el *jazz*, ahora además sabía que lo necesitaba.

* * *

Un oscuro pasillo, un estrecho callejón en el que no se distinguen paredes ni luz al fondo. Avanzo a través de las sombras sin saber hacia dónde voy, sin un mínimo fulgor que me permita ver dónde piso y sin nada que tocar o en lo que apoyarme para no perder el equilibrio. Tiemblo al dar cada paso, quiero parar, pero una brisa gélida que hiela mi nuca y agita mi pelo me empuja a seguir adelante. Me precipito hacia algún lugar en la oscuridad desde donde me llega el rumor de una risa estremecedora, trato de resistirme, pero no lo consigo. Hace frío, mis músculos se agarrotan, aunque podría deberse también al miedo. La nada me absorbe, las carcajadas se convierten en alaridos. Debo continuar.

No puedo evitar dejarme llevar hacia la negrura. Muchos minutos, demasiados, ya no sé cuánto llevo caminando. Sin embargo, muy poco a poco la oscuridad se

convierte en penumbra y pronto en un débil destello que crece de intensidad, que aumenta a cada paso, que da lugar a un brillo cegador que me obliga a entornar los ojos. Los chillidos se clavan en mis tímpanos como agujas candentes. Estoy asustado y me escuecen los ojos, me duelen los oídos, la luz es cada vez más intensa y los gritos demasiado cercanos. Ante mí tengo una enorme puerta abierta. Entro.

Cruzo el umbral temeroso. Estoy en una pequeña habitación cuadrada de deslumbrantes paredes blancas que, sin embargo, están manchadas, salpicadas por un intenso líquido rojo que chorrea, como pintura, en largos hilos verticales hasta el suelo. Es sangre, y en el centro de la luz una figura vestida también de blanco se retuerce con movimientos exagerados y corta el aire con un descomunal cuchillo de cocina. Todo es exagerado, todo es desigual, una realidad retorcida la de mi sueño. Reconozco a ese hombre, a pesar de su cara sucia y sus fauces desencajadas. Es Chino, que se estremece y que grita, que se ensaña con el aire vacío como si pudiera rajarlo. La luz blanca sangra, el machete arranca de la nada regueros que pintan las paredes del macabro color de la muerte.

Entonces me doy cuenta de que me ha visto. Aunque continúa agitando su hoja, sabe que estoy allí. El pánico me paraliza. Veloz como un pestañeo se ha acercado tanto que puedo sentirle. Chilla, ensangrentado de la cabeza a los pies, el líquido brillante chorrea por su piel cubriendo sus ojos, resbala por sus mejillas, inunda su boca. Quiero correr, pero mi cuerpo se niega a obedecerme, me estremezco aterrado incapaz de reaccionar. De pronto se revuelve y agarra mi cabeza por las sienes apretándola entre sus manos. Acerca su frente a la mía, tiñe mi cara de rojo, me observa fijamente, su mirada me hiere, no para de reír y me salpica con su saliva. Su aliento...

De repente se calla y deja de moverse. Se hace el silencio en la habitación y me atrevo a volver a abrir los ojos. Encuentro los suyos. Como a cámara lenta me examina, me sostiene por los pelos y dibuja con su machete las líneas de mi rostro. Su filo me acaricia desde la frente hasta los párpados, de la nariz a la barbilla. La hoja comienza a penetrar en mi cuello, siento el pinchazo y sé que todo se ha acabado. Aprieto los dientes y cierro los ojos esperando escuchar el chasquido de la piel desgarrándose y sentir la calidez de la sangre rodando por mi garganta.

Sin embargo se detiene, sonrío con una especie de mueca repelente y me empuja antes de volver a estallar en carcajadas. Salgo vacilante y choco contra una de las paredes, mi ropa termina manchada de sangre, quedo atrapado como en una tela de araña incomprensible.

Ricardo me mira, se contonea y parece danzar para mí. Balancea su cuchillo, sus músculos se tensan, su rostro se desfigura hasta hacerlo irreconocible, emite un alarido ensordecedor y se abalanza contra mí.

Lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo moverme. Santoro salta, me embiste y atraviesa mi pecho, penetra en mi cuerpo como un ciclón fantasmal. Me duele, ¡me rompe el alma de dolor! Es como si todas mis células reventaran al mismo

tiempo. Me despierto gritando, sacudiéndome en mi cama, pegajoso entre lágrimas y sudor. Horrorizado, descubro un corte en el cuello que no deja de sangrar.

* * *

Me levanté de la cama temblando y presa de escalofríos. Me curé la herida del cuello en el baño y empecé a vomitar.

Mi refugio

Por la mañana me dolía la cabeza horrores, como si me la hubieran estado martilleando. La noche había dejado mi cuerpo descompuesto y sin fuerzas, desperté destrozado, sin ganas de comer, ni tan siquiera de pensar, y pasé horas tirado en el sofá, dolorido e inquieto. Las imágenes de mi pesadilla regresaban una y otra vez como latigazos y me hacían revolverme, nervioso y asustado, de un lado a otro del sillón. Un niño pequeño tembloroso en la oscuridad.

No conseguí arrancarme el miedo de encima, así que me levanté y me dediqué a pasear por la casa como un psicótico, escondido bajo una manta y dando vueltas sin sentido, de la cama a la cocina, del salón a la ventana. Un día más la lluvia torturaba las cristaleras y se dejaba caer como un velo de seda sobre la ciudad. ¿Por qué aquellas visiones? ¿Qué demonios significaban? ¿Por qué ahora?

Me asusté. Nada de aquello tenía sentido, no un año después de su muerte. Chino no podía regresar cuando quisiera y volver a someterme. Decidí marcharme, alejarme de él, de su recuerdo y de todo lo que pudiera devolvérmelo. Regresaría a la cabaña, a mi refugio, el lugar donde solía recluirme cuando necesitaba pasar temporadas de soledad y recogimiento.

Todavía no sé si fue buena idea, pero aquella mañana el miedo me hizo cargar algunas maletas en el *Jeep* y huir de las pesadillas. Durante un tiempo me había creído curado, pero era mentira.

* * *

El Refugio es mi vieja casa de campo, una adusta cabaña a orillas del lago, a medio esconder por el bosque, que parece flotar sobre una ciénaga en el norte del Estado. Es difícil dar con ella si no se conoce el camino.

Cuando era niño era nuestra residencia de verano, y creo que también lo fue durante la infancia de mi padre. La verdad es que lleva décadas en la familia, ni siquiera sé desde cuándo. Cuenta con un embarcadero y un pozo de agua potable, y es el retiro ideal para alejarse del mundo. Cuando aquella mañana salí para allá, sabía que solo un par de personas conocían cómo llegar hasta ella, aunque estaba seguro de que, de todos modos, nadie me iba a buscar.

No había visitado mi Refugio desde los días posteriores al veredicto del caso Santoro cuando me reconocí agotado, psíquica y psicológicamente, por culpa de la tensión y de esas visiones que no podía controlar. Me sentía roto por la pérdida de Sara y no quedaba nada en mi vida anterior a lo que quisiera aferrarme, de modo que

lo dejé todo y me escondí, como tantas veces antes, como ahora de nuevo, en mi cabaña. Choza fría y aislada, el único lugar del mundo que resulta acogedor para mí, el único donde me siento en casa.

Cerca del anochecer, tras conducir toda la tarde, me recorrí con el todoterreno los primeros kilómetros del páramo.

Algunos lobos y ardillas salieron a mi encuentro y una inmensa luna azul iluminaba el sendero entre las charcas y los arbustos. *Maldita ciudad en tormenta perpetua*. Me pareció que hacía siglos que no veía la luna y las estrellas. Sí, respiré aliviado, sabía, estaba seguro, que volver allí me repondría. Sin televisiones malditas, sin ninguna otra conexión con el exterior, una tímida sonrisa fue el primer síntoma de recuperación.

Aún tardé un rato en dejar atrás el área pantanosa y llegar al corazón del bosque. La cabaña ocupaba un minúsculo claro al otro lado del puente colgante que cruzaba el río, en una región de coníferas cuyas hojas caídas cubrían el fango como alfombras secas. El frío que empezaba a notar me iba a acompañar durante mi estancia, no en vano en pleno invierno la temperatura en los lagos puede rozar lo térmicamente insoportable, y pronto el camino se convirtió en una senda solo apta para un vehículo cuatro por cuatro. Me estaba acercando.

La espesa vereda tomada por las ramas y las hojas del bosque se abrió poco a poco hasta que los faros del coche iluminaron la orilla del lago. Allí estaba, tal y como la recordaba, la antigua cabaña de madera. Una maraña de matas y enredaderas habían crecido a sus pies y en torno suyo trepaban por las paredes. A pesar de ese aspecto abandonado, siempre me resultaba acogedora. Mi páramo místico y especial. Mi hogar.

Detuve el todoterreno junto al embarcadero y me acerqué a la casa para comprobar que la humedad no había oxidado las cerraduras. El frío era intenso, desde luego, y solo los grillos y el arrullo del viento distraían el silencio. Abrí la puerta principal y regresé al coche a por los paquetes y las bolsas, no esperé al día siguiente para colocarlo todo y poner la cabaña en orden. Me sentía dichoso de estar allí, pero sobre todo, y eso era lo importante, me sentía seguro. De pronto volvía a ser niño, por la mañana me sentaría con mi padre en el embarcadero antes de salir de pesca. Quizá fuésemos de caza. Buena época para encontrar conejos. Mi padre.

De camino a la cocina, cargado de bolsas, pasé por delante del despacho del viejo Crane, el lugar donde solía guardar sus macabros trofeos de caza antes de que yo los apartara para hacer sitio a mis propios premios deportivos, mucho más agradables de ver, créanme. Demasiados recuerdos se almacenaban entre aquellas paredes que aún me olían a cigarro puro y dos dedos de escocés, así que cerré la puerta. Recorrí el resto de la casa para dejarme invadir por su aroma, por las voces que resonaban entre sus viejos tablones. Historias vividas y muchas de ellas, por desgracia, olvidadas. La vieja chimenea todavía gobernaba el salón, y desde la ventana descubrí mi vieja barca cubierta con una lona y amarrada al muelle. Los dormitorios despedían un fuerte olor

a la humedad, así que abrí todas las ventanas. Algunas telarañas y toneladas de polvo se habían apropiado de los muebles y el suelo, pero al menos me felicité por no encontrar ratas. Limpiaría por la mañana.

Comprobé que en el cobertizo continuaban las herramientas y los aparejos de pesca y que el pozo estuviera aún alimentado de agua, y entonces me relajé. Había llegado a casa. Respiré la serenidad del bosque, su brisa fresca impregnada del lago, y me senté a observar el disco solitario de la luna. Cuando un rato después los gruesos nubarrones anunciaron la tormenta, regresé al interior y me preparé algo de cena. Las primeras gotas de lluvia estremecían la superficie del lago y el viento mecía las ramas cuando me fui a la cama.

* * *

Quejidos de viento bajo las puertas, crujido de ramas, rumor de agua embravecida, de animales en fuga, de barcas que chocan contra embarcaderos, madera con madera, de ventanas que se abren y cierran, de cortinas que flotan mecidas por la brisa. La tormenta. No hubo pesadillas esa noche.

* * *

Cuando desperté al día siguiente era ya media mañana. La noche helada me había obligado a sumergirme del todo en mi grueso edredón, y amanecí enredado entre las sábanas y las mantas. La lluvia se había marchado, pero el aire rezumaba la fragancia del rocío, del pino, del barro húmedo. El silencio nocturno de mi llegada había sido sustituido por el graznido de las aves y los chapoteos de las truchas en el lago. Al abrir la ventana un sol como no recordaba me deslumbró y me llenó de calor. Bajé la escalera y me preparé un abundante desayuno que disfruté en la terraza, contemplando el paisaje como en una postal navideña. A fin de cuentas pronto sería Año Nuevo. Al escuchar los diálogos de las aves pescadoras que se rifaban el derecho de caer las primeras sobre los peces, decidí que pronto me uniría a ellas. Ese día iba a cenar pescado.

La vieja barca todavía se mantenía entera. El viento y la lluvia, y sobre todo la carcoma, aún no habían podido con ella. Retiré la lona protectora y la limpié con mimo preparándola para volver al trabajo. Reparé algunas grietas y dediqué casi toda la tarde a lijarla, repasar el barniz, vaciar el agua estancada y apuntalar los remos, pero conseguí adecentarla a tiempo para salir a recorrer el lago antes del anochecer. Lista para el baile, señorita. Coloqué la caña y el cubo con los cebos y cogí una fiambra para recoger los pescados. No esperaba conseguir nada, la verdad, así la decepción no podría sorprenderme. Y dejé pasar el tiempo tendido entre las tablas,

primero bajo el sol lastimero y al final bajo la luna, mecido por la corriente que empujaba sin rumbo mi barcaza. Bajo las estrellas, los recuerdos de Chino se deslizaron por mi embarcación y se hundieron en el lago, confié que para siempre. No dudé en permitir que la brisa me arrancara a jirones el aroma de Santoro y lo borrara de mi vida. Me sentí aliviado. Cuando el viento arreció y trajo de nuevo las nubes, decidí volver a casa. Una sonrisa y un par de truchas regresaron conmigo, pero fue mucho más lo que dejé en el agua.

* * *

Durante los días siguientes la actividad fue intensa. Encontré distracción en trabajar para reparar y mejorar la cabaña. Solucioné las goteras, arreglé la barca y enmendé las condiciones del pozo, que necesitaba una nueva tapa. Reforcé puertas y ventanas con tablas y clavos sin oxidar y corregí los desperfectos que el viento y las tormentas habían ocasionado en el porche y en el tejado. No derroché un solo momento, trabajo y pesca por el día, descanso y paz de madrugada. Leí, paseé y afiné mi vieja guitarra. Se me escapó una semana rehaciéndome, disfrazando mi terror con otra vida, escondiendo miedos bajo la alfombra, saneando mi mente. Sabía que no era real, que las noches estrelladas y las tazas de café junto a la chimenea tenían fecha de caducidad, y antes o después serían cambiadas por la lluvia contra el cemento. Sin embargo, no extrañaba mi antigua vida ni tampoco la ciudad. Me aterraba el momento de regresar a ellas, porque sabía que al hacerlo volverían también las pesadillas.

Los días pasaron lentamente en un retiro en el que, entre otras cosas, el resto del mundo cambió de año. En el lago nadie pareció notarlo. La naturaleza seguía su curso sin bengalas ni fuegos artificiales, sin ninguna emoción por el nuevo milenio. La última noche del siglo la soledad y yo brindamos porque aquella fuera la primera piedra que cimentara una nueva vida, un nuevo yo. Sin miedo, sin rencor, sin Chino. Muerto y enterrado.

El buen Tom

Al amanecer del tercer día del nuevo año, un sonido que casi había olvidado espantó a los animales que aún dormían en las cercanías del sendero. Un alboroto de crujidos de hojas secas me alertó mientras recogía el desayuno a punto de salir de pesca, y, de repente, de entre la espesa maraña de ramas, apareció rugiendo la destartalada furgoneta de Tommy Hudson, un buen amigo y antiguo compañero en la universidad.

Vaya sorpresa. Cuando aún éramos jóvenes, Tom había pasado algunas temporadas conmigo en la cabaña, así que era de los pocos que sabían cómo encontrarla, pero ni por asomo esperaba su visita. Para empezar me pregunté cómo había averiguado dónde buscarme. Habíamos sido grandes amigos, pero aunque su casa distaba pocas manzanas de mi apartamento, a raíz del caso Santoro habíamos perdido el contacto.

Terminé de recoger mientras observaba por la ventana cómo Tom detenía su chatarra junto a mi todoterreno y sacaba su enorme corpachón por la portezuela. Aquel negrazo gigantesco había sido elegido dos temporadas consecutivas mejor defensa del año por la Liga de Fútbol Universitario veinticinco años atrás. Dejé el paño sobre la encimera y miré de reojo mis aparejos de pesca antes de salir a su encuentro. Mucho me temía que iba a tardar en utilizarlos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —exclamé con una sonrisa a través de la tela mosquitera—. ¿Te has perdido?

Su carcajada se extendió por el páramo.

—¿Acaso creías que podrías esconder tu culito lechoso en esta vieja choza? Créeme, abogado, no hay lugar donde puedas esconderte de mí.

Le invité a pasar con un gesto, pero mi sonrisa se tornó más amarga. Aunque él seguía tan afable y desenfadado como siempre, muchas cosas habían cambiado.

—Ya no soy abogado, Tom.

—Si tú ya no eres abogado, Marcus, yo ya no soy negro. Anda, invítame a un café.

Nos fundimos en un abrazo. Moles de músculo cansado entrechocando como troncos de roble. Casi veinte años después de la última vez, volvíamos a compartir la cocina de la vieja cabaña. Tommy se quitó la gorra y la gruesa cazadora y se sentó a la mesa. Me estudiaba, podía notarlo mientras le preparaba un café solo y cargado.

—¿De pesca? —comentó al observar los cubos y la caña.

—Esa era mi intención.

—Me temo que ya no.

Asentí con una sonrisa y me senté frente a él.

Cuando Tommy y yo nos conocimos ninguno llegaba a imaginar lo que el destino nos depararía. Los dos procedíamos del mismo pueblo, pero jamás habíamos coincidido debido a la prisión en que se había convertido mi reducto familiar. No fue hasta la universidad cuando comenzó nuestra amistad, compartiendo pupitre en la Facultad de Derecho y vestuario en el equipo de fútbol.

Tom nunca llegó a ejercer de abogado, eso era cierto. A pesar de licenciarse, a él sí le permitieron seguir sus sueños deportivos y había conseguido despegar una brillante aunque corta carrera profesional. Y fue corta solo porque apenas tres años después de su debut en la liga, la necesidad de asegurar un futuro más estable para su incipiente familia le animó a retirarse. Siempre fue muy rápido Tommy a la hora de conectar con las chicas. Lo fue todavía más para engendrar un niño.

De esa manera otra prometedor carrera se interrumpía antes de tiempo. Tom dejó el fútbol y se trasladó a la ciudad para buscar un buen trabajo con el que mantener a los suyos y, mientras daba con él, compartía piso entre semana con Dan Deacon y conmigo. Más tarde se nos uniría Charlie Cross, completando un cuarteto de grandes amigos en una época en la que nos tocaba abrirnos paso a codazos en la vida adulta.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó mientras probaba su taza humeante—. Pero sigues haciendo un café de mierda. —Sonreímos. Tom paseó la mirada a su alrededor—. Todo está tal y como lo recordaba. Hasta el olor, lo que no dice demasiado a tu favor.

—¿A qué has venido? —respondí, observando a través de la ventana la fina lluvia que comenzaba a abrirse paso, aclarando el barro que casi enterraba las ruedas de la furgoneta de mi amigo.

—Estoy aquí para solucionar tus problemas.

Le miré de reojo entre irritado y aburrido.

—He decidido ayudarte a recuperar tu vida.

Meneé la cabeza y solté una especie de gruñido antes de levantarme, recuperé el paño y empecé a secar los platos, a medio escurrir junto al fregadero. Me esforcé por hacer caso omiso de sus pamplinas, dejé pasar los segundos mascando el silencio para no contestarle. No quería admitir hasta qué punto aquella intromisión había fastidiado mis planes.

—Así que eso has decidido... —respondí. Me senté frente a él de nuevo—. Pues por mí puedes marcharte.

—Deja que te explique...

—Sí —le interrumpí—, empieza por decirme cómo averiguaste que estaba aquí.

—Fue fácil —contestó antes de apurar su bebida. La dejó sobre la mesa y se desperezó con un sonoro crujir de huesos—. Digamos que después de verte sufrir como un cachorro intimidado el otro día en el programa de Sara, decidí echar una mano a mi viejo compañero y ayudarte a volver a la vida real.

—Qué caritativo —repliqué—. Eres un ángel.

—Lo sé, lo sé. Martha siempre me dice lo mismo. Pero ¿qué quieres que haga? No puedo evitarlo.

Tom hablaba con alegría, derrochando un optimismo que a mi juicio le mantenía alejado de esa vida real de la que presumía: el largo camino recorrido, el frío, un amigo recluso en sí mismo que no le había recibido precisamente con los brazos abiertos. Su amor por la vida me resultaba ajeno y desconocido y, tal vez por eso, me llenaba de desconfianza.

—En fin, chico —dijo mientras se pasaba la mano por el cráneo rapado y se volvía a poner la gorra—, supongo que tu patética imagen ablandó mi viejo corazón.

—Tampoco fue para tanto, creo yo —me defendí—. ¿Patético?

—La verdad es que dabas un poco de pena.

Tommy estalló en carcajadas y su risa rompió de nuevo la paz del bosque. La discreción no era una de las virtudes de mi amigo, y no pude evitar sonreír contagiado.

—Así que desde el día siguiente a tu magistral intervención televisiva llevo intentando ponerte en contacto contigo. Te llamé varias veces por teléfono, pero no contestabas, de modo que me presenté en tu apartamento, y al ver que no había nadie, supuse que estarías fuera de la ciudad.

—Muy agudo —interrumpí.

—Pues sí —continuó—. Entonces recurrí a Danny, con el que, por cierto, no hablaba desde hacía siglos, por lo que, en cierto modo, te agradezco que te hayas largado porque así he tenido la oportunidad...

—No te enrolles, Tom.

—Vale. Bueno, el caso es que Danny me dijo que había hablado contigo y que parecías preocupado y hecho polvo...

—Eso dijo... ¡Qué amable!

—Sí, pero si me dejas acabar...

—Adelante.

Por fin se desató la anunciada tormenta para romper la monotonía del pantano. El día había nacido gris y se había ido oscureciendo a medida que avanzaba la mañana, declarando suspendido definitivamente mi tiempo de pesca.

—Por lo visto, tu aspecto y tus palabras consiguieron alarmar también a Dan, cosa que comprendo porque, amigo, pareces un pobre diablo.

—Mira quién habla —respondí—. Al menos yo tengo pelo.

Tom sonrió.

—El caso es que él también andaba buscándote. Te había llamado e intentaba localizarte en casa. Cuando le dije que allí tampoco estabas, decidimos dar un toque a Sara, por si sabía algo.

—Madre mía, habéis movilizado a toda la ciudad. ¡Incluso la insigne Sara O'Brian se ha preocupado por mí!

—Bueno, la verdad es que no se preocupó demasiado, que no se te suba a la cabeza. Pero como ella tampoco tenía ni idea de dónde estabas, se me ocurrió que tal vez hubieras venido aquí. Aunque, la verdad, no esperaba que estuvieras tan chiflado.

Mientras hablábamos, la jornada seguía su curso y pronto llegaría la hora de almorzar. El frío empezaba a ser intenso en aquel páramo en penumbra.

—De todas maneras, Marcus, espero que no te acostumbres —concluyó mi amigo.

Me levanté y eché un vistazo a esas nubes grises a través de la ventana. Me resistía a recoger los aparejos de pesca y guardarlos hasta el día siguiente. Tal vez la lluvia no durara demasiado.

—¿Acostumbrarme a qué?

Me acerqué a los cubos y las cañas y comprobé que no faltaba nada. Cogí el chubasquero colgado en el respaldo de una silla y me dirigí a la puerta. El mensaje estaba claro: amigo, me alegro de verte, ahora me voy de pesca. Largo.

—Acostumbrarte a venir a este sitio cada vez que tengas algún problema —Tom elevaba la voz desde la cocina mientras cargaba los aparejos y me dirigía al embarcadero. Encogí los hombros como si eso fuera a protegerme de la lluvia, él se levantó y salió tras de mí, estaba empapándose—. Ya lo hiciste después de lo de Santoro y lo comprendo, pero venir aquí solo y sin avisar a nadie es una verdadera estupidez.

—¿Tú crees? —mascullé sin darme la vuelta, decidido a subirme a la barca y marcharme de pesca. Me negaba a seguir escuchando.

—Por supuesto que sí —continuaba él, persiguiéndome por el sendero enfangado—. Por eso he venido, ¡y no pienses que ha sido fácil! Sabía que te encontraría aquí, en el culo del mundo. Por cierto, gracias por el paseo.

—No hay de qué —respondí, ya desde dentro de la barca—. Puedes disfrutar ahora otro igual de vuelta. Adiós, Tom.

—Me temo que no, colega. —Tommy rechazó sin mirarla la mano que le tendía y, con las suyas en los bolsillos, negaba con la cabeza—. No he venido hasta aquí para charlar, sino para llevarte de vuelta a casa.

Me sorprendí por su atrevimiento y bajé la mano que había quedado, ridícula, colgada en el aire. No conseguí recordar en qué momento de la conversación había dicho yo que me plantease regresar. Le observé mientras decidía cómo responder sin ofenderle, parecía una gigantesca estatua impasible al pie del embarcadero sin intención de echarse atrás.

Entonces me asaltaron las dudas. Me sentí vulnerable, comprobé lo estúpido que resultaba en realidad mi escondite. Me asusté, imaginé que si mis amigos me habían encontrado con apenas tres llamadas, Chino podría ser el siguiente en darme caza. Las visiones de mis pesadillas se me echaron encima todas de golpe. Bajé la mirada, sintiéndome idiota. Tal vez Tom tuviera razón y alejarme de mis amigos no fuera la

respuesta, quizá cobijarme entre ellos me salvara de venirme abajo. Mi refugio ya no me servía. Tenía que tomar una decisión y ya no estaba seguro de cuál era la correcta.

—¿Qué te hace pensar que quiero volver?

—No te lo he preguntado —respondió Tom con indiferencia, oteando el lago por encima de mi hombro. Incesantes punzadas de lluvia picoteaban el agua—. Y no me interesa lo que tú digas. ¿Sabes qué día es mañana, verdad?

Por supuesto lo sabía, y tampoco me importaba lo más mínimo. Si esa era su excusa para llevarme a casa, había fracasado.

—Pues no tengo ni idea —mentí—, aquí uno pierde la noción del tiempo.

Dejé pasear la mirada por el fondo de la barca, recién reparado pero encharcado por la lluvia. Contemplé el tapiz del bosque difuso tras la cortina acuosa, el lago, convertido en un campo de ondas circulares bajo la tormenta. Repasé los aparejos de pesca: los cubos con agua para guardar las capturas, la caja con los cebos, el estuche de los anzuelos, la caña... Y cuando tropecé de nuevo con los ojos de Tom, me vi desarmado y confundido. No, no quería irme.

—¿Año Nuevo ya pasó, verdad?

—No me tomes el pelo —replicó—. No pienso dejar que pases solo tu cumpleaños. Te me escapaste en Nochevieja, pero ya es hora de que vuelvas a casa con tus amigos y la gente que te quiere. Así que arriba.

Me tendió su mano invitándome a subir al muelle, pero la aparté de un golpe. No tenía ningún derecho a organizar mi vida, no pensaba marcharme de allí porque me lo impusieran.

—Lárgate. Has venido para nada.

—No, Marcus —contestó con sorprendente tranquilidad, como si antes de venir se hubiera cargado una mochila de paciencia—. Volveremos ahora mismo para llegar antes de que anochezca. Primero cenaremos con Martha y los niños y luego te acompañaré a tu casa para que descanses. Mañana organizaremos una reunión para celebrar tu cumpleaños. Será la excusa perfecta.

—Quizá no quiera hacerlo.

No contestó enseguida, se tomó tiempo para mirarme y respiró profundamente. Su postura estaba clara.

—Te repito que no te lo he preguntado.

* * *

Recogí algunas cosas, solo lo necesario, y accedí con la promesa de regresar cuando me hiciera falta. Protegí la barca de la lluvia, me aseguré de cerrar todo bien y llegamos a la ciudad a tiempo para cenar con su familia.

—¡Marcus, cuánto tiempo!

Hacía más de dos años que no veía a Martha ni a sus hijos, desde algo antes del asesinato de Penny, cuando todavía no sabíamos nada de ella ni de ese monstruo de Chino. Fue en el bautizo de la pequeña, en un tiempo en que esas cosas importaban. Nuestra relación solía ser estrecha y era frecuente que Sara y yo disfrutáramos con ellos de la excelente cocina de Martha y que compartiéramos bastante tiempo juntos. Tommy me hizo el honor de nombrarme padrino de su primer hijo, al que por mí llamaron Marcus, y una entrañable amistad se consolidó entre los dos matrimonios. Una íntima relación que también destruí cuando me alejé de todo como consecuencia de aquel caso.

—Me alegro de volver a veros.

No pude reprimir una sonrisa cuando los dos pequeños salieron a mi encuentro con los brazos abiertos. Cynthia era una mulatilla de casi tres años con brillantes mejillas y cabellos rizados que su madre recogía en diminutas coletas sembrando su cabeza de divertidos lacitos de colores. Casi no se acordaba de mí, al contrario de mi ahijado, que pasaba ya de los cinco. Estaba enorme, o al menos yo lo recordaba mucho más pequeño, supongo que es lo que nos sucede a todos cuando pasamos cierto tiempo sin ver a un niño. Eso me apenó, sinceramente. Durante sus primeros años había estado muy unido a él, ahora apenas le reconocía.

El cariño de la familia Hudson me abrumó. En el salón la cena ya estaba servida. Parecían haber pasado siglos desde la última vez que estuve allí. Me sorprendieron los muchos retratos, decenas de ellos, que abarrotaban las paredes y las estanterías. Me fijé en los trabajos escolares dedicados, en las flores de pascua que adornaban el centro de mesa. Yo no había tenido nada de eso. Y me sorprendió encontrarme a mí mismo en una de esas fotografías, la que coronaba el mueble de la televisión. Tomada durante unas vacaciones, Sara y yo aparecíamos junto a los Hudson con el mar de fondo, mucho más jóvenes y sonrientes que ahora.

El asado estuvo sublime. Tanto como la animada charla con la que lo acompañamos. Una noche especial entre bromas y recuerdos durante la que me sorprendí a mí mismo, por fin después de mucho tiempo, completamente ajeno al infierno en que Chino había convertido mi vida. Nunca tendré palabras suficientes para agradecerle a Tom esa cena.

Cuando llegó la hora de irme, me convenció para acompañarme a casa.

—¿Y tu coche? —le pregunté—. ¿Cómo piensas volver?

—No te preocupes. Volveré dando un paseo.

Volvía a llover, cómo no, en aquella ciudad que parecía sumergida en un temporal continuo. Circulábamos despacio y en silencio hasta que Tom puso uno de mis discos de jazz.

—¿Has visto eso? —exclamé de repente.

—¿El qué? —Tom se asustó, lo noté.

Había pasado como una exhalación por detrás de unos arbustos. Una visión instantánea, fugaz, pero clara e inconfundible. Pestañeeé varias veces, me froté los

ojos yforcé la vista para asegurarme de que la oscuridad no hacía que mis sentidos me engañaran.

—¡No lo viste! ¡Estaba allí, era él!

—¿Quién? No he visto nada.

Tom no sabía de qué le hablaba, pero yo sí lo había visto, y no podía haberme llevado un susto mayor. Era él, aún hoy estoy seguro. De pie tras unos setos, inconfundible, su camiseta negra y su pañuelo en la cabeza, sus tatuajes. Me había mirado fijamente, no duró más que un segundo, pero bastó para que notara su presencia.

—¿Quién era? ¿Qué has visto? —me preguntó Tom nervioso.

Era Ricardo Santoro, no tuve dudas, pero no lo expresé en voz alta. Cierto o irreal, ya no estaba allí, había desaparecido. Entre escalofríos volví a concentrarme en la carretera. Mi corazón tardó muchos minutos en regresar a su ritmo normal.

—Nadie. Supongo.

Sorpresa

—¡Sorpresa!

Nada más abrir la puerta un aliento de más de una docena de gargantas me saludó de esta manera. Había una multitud esperándome. Viejos amigos se arremolinaban en mi salón para felicitarme por mi cumpleaños. Llevaban gorros de fiesta y guirnaldas a juego con la decoración y brindaban en mi honor con champán francés. Nada faltaba en aquella celebración. Apenas hube cruzado el umbral, elevaron sus vasos y comenzaron a cantarme el cumpleaños feliz mientras Tommy reía satisfecho y se ocupaba de mis bolsas.

—Debería matarte...

—Venga, imbécil. Diviértete.

Saludé a unos y a otros en medio de una gran confusión, abrumado por el gentío y por tantas muestras inesperadas de cariño. Me hubiera gustado asomar la cabeza por encima del remolino de invitados para hacerme una idea de quiénes y cuántos habían venido, no podía creerlo. Fui atacado por todos los flancos y casi me fue imposible distinguir los rostros y voces de quienes me besaban o estrechaban mi mano. Con la mayoría no había charlado en muchísimos años. Y sin embargo allí estaban. Cuando la nube de felicitaciones se hubo disipado y el ritmo de la velada parecía recuperar una velocidad adecuada, me dirigí al fondo del salón donde Danny y Sara charlaban junto al piano.

—¿Conoces a toda esta gente? —me preguntó Dan apuntándoles con su copa.

—Eso parece —contesté con una sonrisa tímida.

Me bebí mi copa casi de un trago. Allí estaban Tim y Todd, exjugadores de fútbol con los que Tom y yo compartimos equipo y que llegaron en el deporte mucho más lejos que nosotros; Charlie Cross, uno de mis amigos más íntimos desde nuestros difíciles comienzos en la abogacía; Bruce Campbell, compañero en el equipo de ayudantes de la fiscalía, que había acudido a la fiesta acompañado por su mujer, Linda, una preciosa azafata que yo mismo le había presentado. También estaban David y Gina Scholes, un matrimonio vecino de Sara y mío cuando vivíamos en el centro y a los que no veía desde nuestro divorcio, y dos víctimas más del caso Santoro: Jodie Simpson y su hermana Chiara, que habían formado parte del equipo del fiscal durante mi mandato.

Con casi todos los que se encontraban aquel día en mi casa me había unido una estrecha amistad y resultaba gratificante verlos de nuevo. Sin embargo, lo que más ilusión me hizo fue volver a ver al gran Leroy Hawk, que tanto me había enseñado y a quien tanto debía. Junto a él había venido su esposa Loretta, mi segunda madre

desde mi llegada a la gran ciudad. Ambos habían cuidado de mí con más cariño y atención que mis propios padres, y siempre les estaré agradecido.

Al otro lado de las ventanas las nubes escondían el cielo y los primeros relámpagos quebraban la oscuridad envolviendo la noche en un remolino de luces.

Cogí de una bandeja otra copa y me giré hacia la fiesta, intentando poner nombre a más de esas caras. Y entonces, tan delicada y más bonita aún que como la recordaba, se acercó hasta mí la mujer más sensual que jamás había conocido, la primera a la que había amado. Su melena rubia y sus ojos azules borraron de mi mente el resto de la habitación. Era Crystal Svensson.

La belleza de Crystal era algo fuera de lo común. De padre sueco y madre italiana, rondando los cuarenta seguía manteniendo, si no aumentando, la perfección de sus facciones. Apareció como una anhelada visión, llevaba un vestido rojo de escote abismal y unos tacones que colocaban sus preciosos ojos a la altura del rubor de mis mejillas.

—Hola, Marcus —susurró con su peculiar acento. El tiempo se detuvo cuando se acercó para besarme—. Felicidades.

—Gracias, Crystal. Me alegro de que hayas venido. Hace mucho que no visito tu bar.

La señorita Svensson había nacido en Roma y se había criado en un pequeño pueblo cercano a Gotemburgo donde su padre, escritor sin patria, trataba de ganarse la vida como cronista en diversos periódicos mientras apuntalaba la novela que le daría dinero y fama. Bien, el viejo murió y nadie encontró entre sus papeles más escritos que pagarés y facturas. Su madre, una preciosa romana casi analfabeta, lo había dejado todo para seguir los pasos del apuesto bohemio escandinavo que la había sacado de la miseria de la campiña italiana para sumergirla en la miseria de la campiña sueca. Pero Crystal no tuvo la misma paciencia que ella y, una vez mayor de edad, abandonó su limitada existencia y decidió probar suerte como modelo en la ciudad que le habían enseñado a adorar. La ciudad donde los sueños se hacían realidad. Después de centenares de audiciones y entrevistas de trabajo, de incontables currículos vacíos enviados en vano, la barra de un bar y sus pegajosas bandejas resultaron el único remedio contra la decepción de haberlo perdido todo para no haber ganado nada. Pero incluso entonces Crystal tuvo suerte, ya que su etapa de patear cafeterías la había llevado a la de la mismísima fiscalía. Después de varios años sirviendo mesas en el edificio de los juzgados, dos de los cuales compartimos como pareja, Crystal había conseguido reunir el dinero necesario para abrir su propio negocio. Una vez dado el paso, y con la ayuda de su experiencia, su carisma y su innegable belleza, consiguió convertirse en la empresaria que siempre había deseado ser, propietaria de uno de los locales más populares de la ciudad.

Mientras me perdía una vez más en sus iris transparentes como el mar, distinguí tras ella a Sara y Danny que me observaban desde la ventana. Crystal notó mi mirada y se giró hacia ellos, haciendo volar la deslumbrante melena que, en cuestión de

segundos, volvió a cubrir dulcemente su cuello. Danny la saludó desde el piano, pero Sara se mostró, más que fría, indiferente. Crystal comprendió, y me dedicó una sonrisa.

—Espero que lo hagas pronto —me susurró al besarme.

—Lo haré.

Aunque suene tópico, su perfume me acompañó hasta el piano.

—Bienvenido —me recibió Danny con una sonrisa.

—Felicidades, Marcus —apuntó Sara levantando su copa—. Parece que ya te dieron tu regalo.

Sonreí a Danny e ignoré el dardo de Sara. Me abrí hueco entre ellos, de espaldas a la ventana, contemplando a los amigos que bailaban y disfrutaban de la fiesta.

—Me alegro de veros —dije—. ¿Cómo os va?

—No tan bien como a ti —intervino Sara haciéndome un gesto con la cabeza hacia un lado del salón—. Parece que te vigilan.

Crystal charlaba con Charlie y su esposa, pero miraba de vez en cuando hacia nosotros.

—Vamos, Sara —respondí sonriendo—. ¿Desde cuándo te preocupas tanto por mí? No parecías hacerlo el otro día en tu programa.

—Vaya, vaya —intervino Danny entonces, llevándose el champán a los labios—, parece que alguien tiene ganas de desenterrar el hacha de guerra.

Miré de reojo a mi amigo, invitándole a cerrar el pico. Mi exmujer guardaba silencio, meneaba con elegancia su copa antes de un nuevo trago. Llegué a pensar que había decidido ignorar mi comentario.

—Por suerte o por desgracia, Marcus —musitó al fin—, nunca me has dejado preocuparme por ti.

Sostuvimos nuestras miradas unos segundos. Su sofisticada belleza sobresalía por encima de todas las mujeres presentes, incluso de Crystal. Era otro tipo de atractivo, otro tipo de mujer, y seguía asombrándome. Creía haber superado su pérdida, pero cada segundo junto a ella me demostraba lo equivocado que estaba. Tenerla allí, tan cerca pero tan lejos, despertaba el dolor de los años perdidos, del tiempo robado al tiempo que debimos estar juntos, entregado en vano para cavar una tumba, la de Chino, que seguramente se hubiera cavado sola. Una fosa que cavé tan profunda que en mi empeño olvidé tener cuidado de no caer yo mismo dentro. *Ojalá hubieras cuidado de mí entonces*, pensé buceando en sus ojos verdes. *Sí, ojalá te lo hubiera permitido*.

—Dejemos las cosas como están —apuntó a modo de conclusión.

Dan nos observaba intentando mantenerse al margen, pero se le notaba incómodo, por más que pretendiese hacerse el distraído jugando con su copa entre las manos. En cuanto vio la ocasión para meter baza y cortar de raíz una posible discusión, no dudó en aprovecharla e intervino cambiando de tema con elegancia. Buen chico este Danny.

—No sabes, amigo —comentó posando su mano en mi hombro—, cuánto me alegro de verte de nuevo entre nosotros.

—Desde luego —intervino Sara—, hay que reconocer que Tom ha tenido una gran idea.

—Bueno —interrumpí—, no estoy tan seguro de que esta afortunada reunión se deba en exclusiva al buen hacer de Tommy.

Sara y Dan se miraron el uno al otro con una mal fingida mueca de desconcierto que más bien parecía de complicidad. No aguantaron demasiado la sonrisa.

—Al menos dos personas más han tenido que echarle una mano para poder reunir a toda esta gente y entrar en mi apartamento, ¿no os parece? —insinué, mirándoles de reojo.

—De acuerdo, tiene usted razón, señor fiscal. Tal vez tuvimos que ayudarle un poco.

—Cierto, pero, en cualquier caso —añadió Dan—, el resultado ha sido excelente. Brindo por ello.

Alcé mi copa y bebimos. No puedo negar la satisfacción que me producía tenerlos allí, aunque estaba manchada de un efecto agridulce. Claro que me alegraba por el reencuentro, pero no estaba seguro de sentirme realmente preparado para ello. No en dosis tan altas. Me sentía feliz pero a la vez incómodo, como cohibido y forzado. Aquella celebración no borraba de un plumazo mi miedo y mi necesidad de aislarme hasta que pasara la tormenta, hasta que desaparecieran las pesadillas. Para colmo, la presencia de Sara me ponía nervioso. Intenté retenerlas, pero las palabras salieron de mi boca sin permiso.

—No dudo que Tom puede ser muy persuasivo, pero me cuesta imaginarlo concertando una entrevista con la célebre Sara O'Bryan.

Estúpido, infantil. Sabía que había metido la pata. Sara apenas me dedicó una mirada antes de responder, serena como si nada de lo que yo dijera pudiera afectarle.

—Al contrario que tú, yo siempre he tenido tiempo para mis amigos. Solo ciertas antiguas celebridades le dan tanta importancia a la fama que harían cualquier cosa por recuperarla.

Directo a la mandíbula. Se equivocaba y lo sabía, pero había conseguido molestarme.

—¿Ah, sí? —contesté, tras apurar mi copa. La dejé sin cuidado sobre el piano—. ¿Y el cambio de apellido es cosa tuya o va unido al contrato de estrella?

—Como siempre, Marcus, te cuesta controlar las tonterías que dices. Para que lo sepas, fue decisión de mi productora. Le gustan las novelas de O'Bryan y le pareció más llamativo que Matthews.

—Ya conozco las novelas de O'Bryan y también tu apellido.

—Desde luego no iba a usar Crane.

La conversación se nos estaba escapando de las manos. Dan decidió que ya era suficiente.

—Vale, vale. Se acabó eso de hacer las paces. Mirad, ahí llega Martha.

Me di la vuelta y vi cómo Tommy abría la puerta a su esposa.

Tras ir a saludarla, regresé al piano y Dan nos hizo un gesto a Sara y a mí.

—Yo también quiero saludar a los Hudson —dijo—. Hacedme un favor y no os lleis a puñetazos y tirones de pelo mientras me ausento.

Me quedé por primera vez a solas con Sara. Ella se limitaba a mirar por la ventana, donde la lluvia calaba la noche y los relámpagos dibujaban alambres eléctricos en el cielo. Su rostro relucía en azul intermitentemente, sus labios de color vino casi me hicieron olvidar los papeles del divorcio. ¿A qué venía tanta hostilidad? ¿Por qué había dejado escapar algo tan bello? La respuesta era demasiado dolorosa. Ella ni siquiera me dirigió la mirada, de modo que bajé la mía y volví a fijarme en donde Dan se reunía con Tom y Martha, que charlaban entre risas con Crystal y Charlie Cross. Al verlos juntos parecía que no hubiera pasado el tiempo, y me maldije a mí mismo por no saber, o no poder, formar parte de ello. Solo entonces noté que, ahora sí, Sara estaba pendiente de mí.

—Los echas de menos, ¿verdad?

Mientras me giraba hacia ella, empezó a sonar una versión de *Yesterday*. Su gesto no necesitó hacerse entender, muchas noches habíamos compartido aquellas notas. Volvió en son de paz su mirada desde la cristalera. Serena y perfecta, brazos cruzados bajo el escote y su copa en la mano.

—¿Por qué eres tan hostil conmigo, Marcus?

Fruncí el ceño y me acerqué hasta el piano. Parecía saber que su función iba a ser la de muro fronterizo entre ambos.

—No creí que lo estuviera siendo. Reacciono, supongo.

Me miró simplemente, sus párpados caídos y su expresión me cargaron de una culpa y una responsabilidad que yo no creía merecer y que, desde luego, no pensaba asumir.

—Vamos, ¿acaso fuiste tú amable conmigo en tu dichoso programa?

La guerra volvía a estar abierta. Como si lo intuyeran, Tommy y Dan hicieron pausa en sus conversaciones y nos observaron por si hiciera falta apagar el fuego.

—¿Y por qué tenía que serlo? —continuaba ella, cada vez más enfadada—. En mi programa yo entrevisto y el invitado responde. Es un programa de investigación, no unas vacaciones.

Sus ojos verdes volvían a parecerme tan duros como recordaba.

—No seas cínica, Sara. Sabes de sobra que las preguntas no fueron precisamente inocentes.

—Yo pregunto lo que el público quiere escuchar —replicó—. ¿Acaso creías que por acudir al programa de tu ex te iban a preguntar por el tiempo?

Apretaba los labios. Me regaló unos instantes antes de pagarme con mi propia moneda. Demasiado familiar, demasiado dura, demasiado falsa.

—Solo hice mi trabajo —concluyó.

Desde el centro de la habitación, Tommy hizo tintinear su copa.

—Amigos, quiero proponer un brindis por el hombre que ha inspirado esta reunión y cuya amistad nos une. Un gran tipo, un compañero más querido de lo que él mismo puede imaginar. Quiero darle, de parte de todos, la bienvenida y decirle que somos su familia. ¡Felicidades, Marcus!

Los demás también levantaron sus copas y, tras brindar, se les ocurrió pedirme que les dirigiera unas palabras.

—De acuerdo... —comencé, más avergonzado que nervioso—. Por encima de todo quiero agradecerlos que hayáis venido a saludarme, es un placer inesperado e inmenso. Y especialmente quiero darte las gracias a ti, Tom, por hacerlo posible. Siempre estaré en deuda contigo.

Todas las copas se alzaron a la vez y brindamos por mi cumpleaños, por el nuevo año y por nuestra amistad. Cualquiera que nos hubiera visto diría que formábamos una gran familia. Cualquiera que nos hubiera visto entonces.

* * *

La fiesta no terminó hasta bien pasada la medianoche, y cuando el penúltimo de los invitados se hubo marchado, Tom y yo empezamos a limpiar.

—Lárgate, zoquete —le dije—. Aprovecha que Martha ha traído el coche y vete con ella.

—No seas cabezota, Marcus, ya te he dicho que voy a ayudarte.

Entre los dos cargamos cinco cajas de cartón con desperdicios y basura. Botellas de champán, confetis y gorros de fiesta que habían servido más como estorbo que de verdadera indumentaria. Unos minutos después disfrutábamos de una taza de chocolate en una cafetería horrenda entre mi casa y la de Tom. Por increíble que pareciera, la tormenta había remitido.

—Espero que hayas decidido quedarte —susurró mi amigo.

Descansaba su enorme corpachón en una silla junto a la ventana y me miraba como si no tuviera demasiada fe en conseguir su propósito. Qué le podía decir. La fiesta había sido genial, maravillosa, pero hacía falta mucho más para disipar mi miedo y la necesidad de alejarme de allí por una temporada. Me esforcé por esquivar su mirada.

—Te agradezco muchísimo lo de hoy, Tom —le dije—. Pero he de marcharme. Necesito estar solo y pensar, olvidarme de todo un tiempo y recuperarme por mí mismo. En serio, prefiero volver a la cabaña y quedarme allí unas semanas hasta sentirme mejor. Permanecer aquí sería demasiado difícil.

Me negaba a admitirle que tenía miedo. Tom observaba el dubitativo movimiento de mis dedos en torno a la taza y, según hablaba, iba bajando los ojos decepcionado. Supongo que desde el principio había adivinado cuál iba a ser mi respuesta.

—De verdad que no te entiendo, Marcus —dijo al final—. Es ahora, en los malos momentos, cuando uno más necesita a sus amigos. ¿Por qué no te sinceras conmigo?

—No puedo, Tom —respondí, incapaz de encontrar una razón, un motivo que darle. Incapaz también de encontrar el aire en aquel tugurio—. No puedo.

—¡Inténtalo, maldita sea! —exclamó.

Le miré desconcertado. Después meneé la cabeza.

—Es inútil, no me comprenderías.

Tom se balanceó en la silla, sus ojos enormes no se apartaban de los míos.

—Dame al menos la oportunidad.

No sé si fue lo correcto, pero no pude contenerlo más.

—Veo cosas, Tom. Veo y siento cosas que creí que jamás volvería a experimentar.

—¡Maldita sea, Marcus! —exclamó—. ¿Se trata otra vez de Chino? Por favor, ¿hasta cuándo va a durar esto? No importa cuántas veces te lo digamos Sara, Danny o yo, tú sigues anclado en el pasado. Y Santoro es pasado, Marcus, está muerto y enterrado.

—Creo que no está muerto. —Me miró, no podría definir su expresión. Me miró y su mirada me hizo daño—. Le he visto.

Tom frunció el ceño y murmuró en voz baja hacia la ventana antes de girarse hacia mí.

—¿Sabes lo que dices, Marcus? Es imposible.

—Sabía que no me creerías.

Se puso de pie y empezó a dar vueltas. La camarera le observaba sin saber qué ofrecerle.

—¿Cómo iba a creerte? —me dijo de regreso a su silla—. Lo que dices no es normal. Chino murió delante de cien personas hace un año.

—No sé cómo, Tom, pero sé que ha vuelto.

Entonces se produjo un cambio en la expresión de mi amigo. Si había pasado del escepticismo a la ira en muy pocos segundos, tardó menos en instalarse en el aburrimiento. Lo había intentado todo y no sabía cómo ayudarme.

—Fantasmas —suspiró—. ¿Me hablas de fantasmas?

—Fantasmas no, Tom, te digo que le he visto. Y no te hablo de sueños, sino de la pura realidad. Le he visto en la calle esta misma tarde. ¡Y estoy seguro de que era él a quien vi en mi televisión!

—En la tele...

—Era él, Tom, no me cabe duda y no me convencerás de lo contrario, aunque creas que me estoy volviendo loco.

Nos miramos durante unos segundos hasta que yo aparté la vista y la fijé en la oscuridad tras la cristalera. La madrugada empezaba a vibrar con lejanos relámpagos. Pronto terminaría la tregua.

—De acuerdo —le escuché de repente—. Sé que eres terco como una mula. Si de verdad crees haber visto a Chino, ¿por qué no avisamos a la policía?

—No es tan sencillo, Tom... No lo es. ¿Quién me iba a creer?

Me derrumbé dejándome caer contra el cristal de la ventana y me cubrí la cara con las manos. Me podía un sentimiento de vergüenza y estupidez.

—No debí decirte nada.

—Necesitas descansar. Duerme esta noche y todo el día de mañana si quieres y, cuando despiertes, llámame para contarme si te quedas o si te vas. Mejor, llámame para decirme que te quedas.

Hacía frío fuera. Tom me estrechó en un abrazo junto a la puerta de la cafetería.

—Deja que te lleve a casa —le dije, recuperando el aliento.

—Déjalo, no hace falta. La verdad es que me apetece pasear —miró al cielo—. Los dos tenemos mucho en qué pensar, así que será mejor que nos despedamos aquí. Llámame mañana, no te olvides.

Tommy empezó a andar sin esperar mi respuesta. Le observé alejarse desde la esquina, paso firme, rudo. Pensé en cuánto me hubiera gustado ser como él, tener su vida. Empezó a chispear. Fue la última vez que le vi con vida.

Uno

Y desperté de madrugada. Debían ser las cuatro o las cinco de la mañana cuando el histérico zumbido de la televisión casi me provocó un infarto. Escapé de las sábanas y me dirigí al salón. Creí que el corazón iba a saltarme del pecho. La tele se había encendido, no quiero saber cómo, e igual que unos días antes, en la pantalla zumbaban sin control todos esos puntitos grises emitiendo el mismo insoportable pitido.

Me quedé paralizado en el centro del salón, sin poder apartar la mirada de la niebla danzarina. Como la otra vez, el control remoto no respondía. Cuando conseguí reaccionar, revisé la televisión, pero no había manera de cambiar de canal, bajar el volumen o apagarla. Qué demonios le sucedía. Entonces el ruido aumentó, parecía imposible, me tapé los oídos y apreté los dientes, me derrumbé como un peso muerto sobre el sillón.

* * *

El ruido cesa de golpe y la pantalla se queda a oscuras. No se ha apagado, es solo que la imagen todavía es difusa. De pronto se mueve, oscila, como el *zoom* de un vídeo casero. Se aleja y comienzan a distinguirse, en diferentes tonos de gris, una serie de casas, una calle. La imagen es mala y poco nítida, no tiene sonido, pero empieza a moverse.

El encuadre se balancea bruscamente, la típica sensación de un videoaficionado grabando mientras camina. Cuesta observar sin incomodarse y no consigo reconocer el escenario. De repente aumenta la velocidad, corre, lo que agrava todavía más la confusión. Suelo, cielo, farolas encendidas, distingo que llueve. Cierto, me asomo a la ventana, todavía es de noche y diluvia de nuevo. La imagen se detiene detrás de una esquina, se centra, enfoca sobre una calle desierta flanqueada por abetos. La conozco. Un hombre pasa delante de ella. Es Tommy Hudson, de camino a su casa. Segundos después empieza a seguirle.

Continúo sin oír ni un sonido y Tom tampoco parece darse cuenta de que tiene a alguien detrás. Me doy cuenta de que he dejado de respirar y aprieto los puños, los nudillos empiezan a dolerme. Veo la imagen de Tom muy cerca, cada vez más, querría gritar, avisarle, pero sé que sería inútil. Debería echar a correr en su ayuda y decido que lo haré en cuanto consiga reconocer el sitio donde está.

No entiendo lo que está pasando. Veo la entrada de un callejón, un edificio de oficinas, creo que sé... Entonces todo se acelera, una mano enguantada le agarra del

hombro, este se gira, veo su mueca de terror deformada. Siento su grito mudo estremeciendo mi piel. Todo se apaga.

* * *

Me levanté y grité enfurecido, corrí hasta la tele y pulsé, golpeé todo lo golpeable. Necesitaba recuperar esa imagen. Me llevé las manos a la cabeza, histérico, sin saber si lo que había visto era real o era falso, si era todo una sucia mentira de mi cerebro, alguna tipo refinado de pesadilla. No lo pensé siquiera, arranqué mi abrigo del perchero y me calcé unas deportivas dispuesto a salir a su encuentro, pero de pronto una risa me paralizó. Provenía de la televisión, no quería creerlo, me di la vuelta despacio y regresé a mi sillón. La imagen había vuelto, me mostraba el callejón, esta vez el silencio había sido sustituido por la espeluznante carcajada de Richie Santoro.

* * *

Tom está tirado en el suelo, en mitad del callejón, intenta ponerse de pie varias veces, pero está demasiado débil. Veo la sangre que mancha un lado de su cara, brota de un confuso amasijo de sombras en su cráneo. Por alguna razón no puede mover un brazo. Intenta avanzar a gatas por el empedrado, deslizándose entre charcos y desperdicios, pero resbala una y otra vez, está tan agotado que su cuerpo no le responde.

Un relámpago ilumina el cielo y le enseña el final del callejón, un muro de piedra que jamás podrá franquear. La imagen se acerca sin prisa. Cajas de cartón, contenedores desbordados, algún cadáver peludo a medio roer por los insectos. Contemplo a Tom llorar de rodillas, se arrastra, intenta alcanzar el pie de la tapia. Santoro ríe y ríe. Tommy no puede ponerse de pie. Entonces la imagen se para, desciende y vuelve a detenerse. Veo unas botas oscuras, unas piernas, un hombre vestido de negro aparece en pantalla y se dirige hacia mi amigo. Lo que lleva en la mano refulge bajo la luna, es el cuchillo más grande que yo jamás haya visto.

Todo sucede demasiado lejos y de espaldas a mí, no distingo a ese hijo de puta, pero sin duda es el mismo cabrón que vi atacarme en mi casa el otro día. Quizá estoy empezando a perder la cabeza.

El tipo de negro se abalanza sobre él y le hunde el cuchillo en la garganta. El estruendo de la risa de Chino llena mi salón. Una y otra vez, sin descanso, el machete destroza la carne de Tom, apenas un guiñapo en el suelo. El asesino levanta algo con gesto triunfal y lo lanza hacia atrás. Hasta mí llega rodando la cabeza de Tom, que me mira con ojos que jamás olvidaré antes de que mi televisor vuelva a llenarse de niebla.

* * *

Hacía mucho frío y llovía a cántaros, pero no me detuve a pensar en ello. Salí corriendo en busca de aquel callejón sin importarme nada más que llegar deprisa y sorprender a ese malnacido. Debí haber llamado a la policía y todo habría sido muy distinto entonces, pero qué podría decirles. Cómo explicarles que...

Las primeras luces del alba se intentaban filtrar entre las nubes cuando deshice el camino que me separaba de la casa de Tom y empecé a reconocer los árboles y tejados que acababa de ver en mi tele. Estaba llegando a las inmediaciones del callejón, pero entonces supe que no me iban a dejar acercarme. Un par de coches patrulla me adelantó como una exhalación, distinguí de lejos el resto de luces azules y rojas que tenían tomada la zona. Eso solo significaba que lo que había visto había sido real.

Dejé de correr, destrozado, incapaz de aguantar el llanto, pero seguí caminando hasta allí. Los agentes se apelotonaban en la entrada del callejón. No había curiosos como en las películas, solamente había llegado yo. Un policía me hizo una seña para que me acercara.

—¿Es usted Marcus Crane? —me asaltó sin saludarme. Era un tipo calvo, menudo. Me descolocó su pregunta, pero asentí—. Soy el detective Miles Deveraux. Quiero hablar con usted.

Como sacado de una novela de Hammett, el policía, nariz aguileña y gabardina de cuello vuelto, me invitó a compartir su paraguas y me llevó hacia el final del callejón. Franqueamos el precinto de seguridad y un círculo de agentes nos permitió el paso. Recorrimos el mismo trayecto que Tom había dibujado a gatas en mi televisor, apestaba, y cuando llegamos hubiera preferido no mirar.

—Usted conocía a este hombre.

Junto a la pared que ponía fin al callejón yacía lo que quedaba de Tommy Hudson. Un amasijo decapitado de carne y vísceras cosido a puñaladas. Su sangre se desparramaba por el pavimento escapándose de todas aquellas heridas. La cabeza había sido colocada sobre un contenedor de basura, como si nos observase, solo que sus ojos no estaban, habían sido destrozados a cuchilladas. Cuando terminé de vomitar regresé junto al detective, limpiándome las lágrimas con la manga.

—Sí, creo que sí... —respondí—. ¿Pero cómo han sabido que yo?

—Por esto.

Deveraux levantó su linterna en un lento recorrido por las paredes que rodeaban el cadáver. Una vez más en aquella noche infernal, perdí el aliento: mi nombre y el de Penny Lane decoraban el callejón escritos con sangre.

—Tengo que hacerle algunas preguntas.

* * *

Regresé a casa pasado el mediodía, después de pasar la mañana respondiendo a un eterno cuestionario en comisaría. Los hombres de Deveraux registraban minuciosamente el callejón en busca de pistas, y no le costó nada confesarme que esperaba que estas le dirigieran a mí. Sabía que yo era la última persona que había estado con Tom y, para él, eso era ya tener la mitad del camino andado. Estaba furioso y afectado por la atrocidad del crimen, era evidente, y hubiera detenido a cualquiera sobre quien tuviera algún motivo consistente de sospecha. Sin embargo, sus sabuesos no encontraron lo que quiera que buscasen en el escenario y tuvieron que soltarme. Ni un solo testigo, ni una maldita huella, ningún abanico razonable de sospechosos. Deveraux se tiraba de los pelos que le quedaban.

Yo sí sabía quién lo había hecho, aunque no pudiera o supiera explicarlo. Imaginé, dos años atrás, a los padres de Penny acudiendo a reconocer el cadáver despedazado de su hija e imaginé ahora a Martha teniendo que identificar a su marido deshecho en jirones en un sucio callejón. Mis peores sospechas se habían hecho realidad tras descubrir a Chino en aquel jardín. Estaba seguro de que quien lo había hecho una vez acababa de repetirlo una segunda.

En cuanto entré en casa mis ojos se dispararon hacia la televisión. Apagada y silenciosa, la máquina infernal parecía ajena a todos aquellos sucesos. *No es culpa tuya*, pensé, *solo eres un intermediario*. Me senté frente a ella y me quedé mirándola atontado, concentrado en mi reflejo en el cristal.

¡Qué demonios estaba pasando!, me repetía. ¿Cómo era posible que ese armazón de cables y placas se conectase solo y me mostrase todo aquel horror? Estaba harto de darle vueltas, de revisarlo por todas partes y de hurgar en sus recovecos. La desenchufé. Solo podía tratarse de una alucinación. Una maldita premonición. Me horrorizaba.

Intenté convencerme, pero no tenía sentido. El asesinato de Tom había sido real y yo lo había presenciado en mi televisor. Y no tenía explicaciones a eso.

Pasé tantos minutos absorto en el silencio de mi salón que perdí la noción del tiempo. Conecté el equipo de música y me dirigí a la ventana, me di cuenta de lo pronto que anochecía en aquel lúgubre invierno tan oscuro y lluvioso. Las nubes, sórdidas y tenebrosas como la boca del infierno, no anunciaban nada bueno. Almorcé un bocadillo tardío y una buena dosis de somníferos y me metí en la cama. Pretendía dormir y olvidar hasta el día siguiente, cuando tuviera que enfrentarme al dolor de Martha. Sin embargo, una imagen me rondaba, entrando y saliendo de mi subconsciente sin que pudiera devolverla al turbio pasado de donde procedía y de donde jamás debería haber salido.

Porque Chino había muerto, me repetía entre sueños. Tom lo había dicho antes de morir. Estaba muerto y enterrado.

Frío funeral

Durante toda la noche no dejó de sonar el teléfono. Yo no me moví de la cama, desde luego, supuse que se trataría de Dan, de Charlie o de alguno de los demás, que ya habrían sabido la noticia y querrían hablar conmigo. Pero yo no tenía ánimos para dar explicaciones a nadie, así que dejé sonar la musiquilla y que el contestador hiciera su trabajo. Cuando me levanté pulsé el botón y escuché distraídamente los mensajes mientras me hacía el desayuno. Péames, saludos, disculpas. Uno de ellos me dejó descorazonado.

Marcus, comprendo que no te apetezca contestar, pero sé que estás en casa — decía la voz metálica de Sara—. De todas maneras, Martha me ha pedido que te diga que el funeral de Tom será a las cinco. No deberías faltar.

¿Funeral? ¿Cómo que funeral? No estaba preparado para eso. Tommy era como mi hermano, pero tal y como me sentía no podía aparecer en público, y menos aún en medio de obligadas condolencias. Al contrario, lo que necesitaba era quedarme en casa. Estar solo, no escuchar.

Por último —terminaba Sara al borde del pitido final—, deberías hablar con ella, ahora te necesita más que nunca.

Un ridículo *beep* puso fin al mensaje y la voz de mi exmujer se apagó dejándome solo con un profundo sentimiento de culpa. Martha y los niños, ellos no tenían por qué pagar mis temores ni mi cobardía. Tom habría hecho ese esfuerzo por mí. Aunque me aterrara la idea de salir y exponerme a ser descubierto por Santoro, mi obligación era ir a ese funeral y brindarles a los Hudson el cariño que ellos habían mostrado conmigo. Se lo debía a Tommy.

* * *

Con gafas oscuras y traje negro llegué tarde al cementerio. Prefería asistir solo al final del acto y evitar demasiadas preguntas y comentarios. Mi presencia sería únicamente testimonial, como apoyo a la familia. Al llegar busqué con la mirada a mis amigos más cercanos. Sara, Crystal y Danny ya estaban allí, Charlie Cross había ido solo, sin su esposa. Ellos y muchos más arropaban a Martha y a los niños, junto al féretro, cubierto de flores, a punto de descender a la fosa. La lluvia perenne de las últimas semanas tampoco había tenido el detalle de dejarnos celebrar el sepelio en paz y caía como un velo gris que entristecía todavía más la escena. El viento amenazaba con llevarse volando los sombreros y los paraguas, aullaba enredándose entre las hojas.

Saludé con un fuerte abrazo a la viuda y a los dos pequeños. Como suponía, las lágrimas no tardaron en aflorar a nuestros ojos. Ojalá hubiera sabido cómo consolar a Martha, cómo expresarle cuánto compartía su dolor. Me miraba con un temblor en los labios, intentando mantenerse firme cuando todos sabíamos que el golpe había sido terrible. *Por los niños*, pensé. Cynthia jugaba con su dedo en la boca sin comprender en realidad lo que estaba sucediendo. Marcus me dio la mano, se esforzaba por mantener la compostura, miraba fijamente el ataúd, como si esperara que se abriera, como si deseara que estuviera vacío. Me arrodillé junto a él y borré con un dedo la senda de lágrimas que surcaba su mejilla. No me habló, tal vez no podía, le abracé y se aferró a mi cuello.

Me sentí confuso, tragué saliva con rabia y me encontré con los ojos de Martha.

—Él te necesita —musitó con esfuerzo acariciando la cabeza del niño—. Todos lo hacemos.

Retuve las palabras en mi garganta, mi voz no hubiera salido en las condiciones adecuadas. La besé en la frente, cubierta por un velo negro, y dejé que apoyara su cabeza en mi hombro. Hubiera querido decirle que no les fallaría, pero no estaba seguro de que no fuese mentira. Apreté su cuerpo contra el mío y después me aparté para que pudiera atender a los demás.

Me alejé de ella con Marcus en brazos y fui hacia Danny y Sara, que nos observaban cobijados bajo la copa espléndida de uno de los árboles. Los saludé, incapaz de mirarlos a los ojos ni pronunciar palabra, desconcertado, torpe. Sara me observaba seria, radiante bajo una amplia pámela negra. Cerca de ellos estaban Crystal y Charlie Cross, al que veía bastante afectado. Les estreché con mi único brazo libre, pero no supe qué decirles. Cristal estaba impresionante incluso vestida de luto, Chuck estaba destrozado. Él y Tom habían sido uña y carne. Me partió el corazón ver sus ojos enrojecidos, ahogando las lágrimas detrás de sus gafas.

Saludé con menos detenimiento a los demás, no los conocía a todos, pero ellos sí parecían conocerme a mí. Marcus se asía a mi cuello con fuerza y hundía la cabeza en mi hombro, dimos la vuelta completa al círculo de gente y, cuando regresamos junto a Martha, no se quiso soltar. El sacerdote estaba a punto de iniciar las últimas oraciones. Escuché aquel sermón maldiciendo el momento en que vi aparecer el coche de Tom a través del pantano.

Cuando bajaron el ataúd, el descenso a la fosa se me hizo eterno. Cantábamos, no sé ni qué, yo solo tarareaba. Martha, a mi lado, apretaba mi mano como si eso impidiera que rompiera a llorar. Miré esa mano y me sentí culpable. El cura dio el funeral por finalizado y mientras los operarios terminaban de cubrir la fosa, la gente se fue dispersando. Un estallido iluminó el cielo y la llovizna se convirtió en chaparrón. Los últimos asistentes se marcharon y los padres de Tom se llevaron a Martha y a los niños hacia los coches, pero yo permanecí allí de pie, solo, observando el montón de arena bajo el que descansaba uno de mis mejores amigos. Continuaba

sin creer que aquello estuviera sucediendo. Solo unas horas atrás compartíamos un café en mi cabaña del páramo.

Apreté los puños. La mano de Dan acarició mi cabeza empapada.

—He de marcharme —dijo—. Tengo trabajo en la fiscalía. Espero que podamos hablar pronto.

Asentí con un gesto, sin ganas de más explicaciones. Porque la realidad era que pensaba volver al Refugio sin tardar demasiado. Quizá pasase un par de días con Martha y los niños, no lo había decidido, pero en cuanto viera las cosas mejor, volvería a marcharme. No creía que fuera a verle más, pero no se lo dije, y seguí mirando fijamente la hierba mientras se alejaba.

—Si necesitas lo que sea, llámame —concluyó.

Me giré apenas y le vi reunirse con Sara, que también se iba. Mi exmujer me lanzó una señal desde lejos, no creyó apropiado despedirse con un beso. *Bien, púdrete con tu programa de máxima audiencia. Dejádme solo. Solo.*

La lluvia golpeaba la lápida de Tom como si quisiera arrancarle lascas. Sobre la piedra recién pulida se leía la palabra ASESINADO junto a la fecha de defunción. Asesinado, por qué. Tom no merecía lo que le había ocurrido. La universidad, el fútbol, la gran ciudad, la vida...

Las imágenes pasaban por mi mente como fotogramas en un proyector, apreté los párpados, pero así tampoco conseguí contener las lágrimas. La tempestad sacudía los sauces, balanceando sus ramas y haciendo volar las hojas muertas. Me estaba empapando y tenía frío.

Acababa de decidir que era suficiente cuando me sorprendió el acento escandinavo de Crystal.

—Marcus.

Me sobresalté, creía estar solo, y al darme la vuelta encontré a la camarera calándose a mi lado y a Charlie Cross, más atrás, amparado todavía bajo el árbol. Chuck paseaba nervioso, con la mirada fija en la hierba embarrada y la cara enrojecida sin parar de llorar. Crystal se detuvo junto a mí, contemplando la tumba de Tom y rozándome con su hombro.

—Oye, Charlie está bastante afectado —me dijo—. He pensado llevarle conmigo al bar y acompañarle hasta que se calme, lejos de esta lluvia. Nos preguntábamos si nos acompañarías.

Me apetecía hablar con Chuck y me apetecía ver a Crystal, pero no tenía ganas de hacerlo ahora. Había decidido rehusar, pero entonces pensé en Tommy y en que no debí dejarlo volver solo a casa. Ahora era otro compañero el que necesitaba compañía. La otra opción era volver a mi salón, a mi televisión maldita. Acepté.

Para qué están los amigos

Las historias de Charlie y Crystal son tan diferentes que, conociéndolas, resulta difícil imaginar que, de todo nuestro grupo, hayan sido ellos los que han mantenido un contacto más cercano. Aunque surgidos como todos del ámbito de la fiscalía, la conexión de Charlie venía más por el lado de Tom y la de Crystal por el mío.

Chuck era el hermano pequeño de un compañero de Tommy en el equipo de fútbol universitario. Yo acostumbraba a aislarme de los demás, lo que empeoró a partir de mi lesión de rodilla, pero Tom sí que solía salir con Charlie y su hermano. No era raro verlos juntos, y en alguna ocasión los traía a la habitación que compartíamos en la facultad. Pelirrojo y lleno de pecas, risueño y sensible, era sencillo congeniar con Charlie Cross. Recuerdo como si fuera ayer cuando venía a visitarnos y tocaba mi guitarra.

El pequeño de los Cross había ingresado en Derecho en nuestro último año, al amparo de Tom y su hermano, y cuando este sufrió el accidente nos volcamos en ayudarlo. Tom, más que nadie, le adoptó como a un hermano pequeño y cuando acabó la carrera, le trajimos al bufete en el que ya trabajábamos con Danny Deacon. Charlie era un abogado más que solvente, estaba dotado de una sagacidad y una audacia especial para la investigación, por eso me lo llevé a la fiscalía y no nos separamos hasta... Ya saben cuándo.

Tras dejar el cementerio observaba a Crystal a través del espejo retrovisor de mi coche, detenido delante del suyo en un semáforo. Su belleza no dejaba de sorprenderme. Cuando la luz roja pasó a verde sobre su rostro le hice una seña para que me adelantara y me guiara hasta su bar.

Crystal y yo jamás llegamos a ser pareja oficial, pero nos vimos a menudo durante casi dos años. La conocí cuando era ya una popular camarera en la fiscalía y yo apenas un recién llegado con buena reputación y ganas de comerme el mundo.

Comenzamos una relación cimentada en lo físico que se complicó cuando nuestras ambiciones nos obligaron a tomar caminos distintos. Al conocernos, solos en la gran ciudad, necesitábamos compañía y calor, y eso nos dimos, pero con el tiempo cada uno quiso seguir su propio camino, y no parecía que hubiera sitio para distracciones. Ella decidió crear su propia empresa y yo me convertí en fiscal general.

Quizá si hubiera habido algo más que pasión, lo hubiéramos intentado, sin embargo lo dejamos pasar. Lo cual no quita para que los momentos pasados juntos no nos hayan dejado una huella imborrable. Nunca la podría olvidar.

Atravesando el caos circulatorio empeorado por la tormenta, llegamos a un barrio del centro, de calles estrechas y fachadas antiguas, demasiado apretado para que cupieran árboles o jardines. Solo cemento y mala iluminación, un rincón triste y gris

de la ciudad. En una arrogante esquina, en la intersección de dos callejones, se encontraba el reformado edificio que albergaba el negocio de Crystal.

Nos pidió que la esperásemos en la entrada y encendió las luces más cercanas a la barra. El local, que recordaba a un *pub* irlandés, no era demasiado grande, pero resultaba elegante, si no acogedor. Chuck y yo nos sentamos en la barra. Ella se quitó el abrigo y he de reconocer que dejé de prestar atención al resto del bar.

—Lo siento, Marcus, hace tanto tiempo —se lamentó mientras servía a Chuck un dedo de escocés con hielo. Yo solo pensaba en la fina blusa azul que ceñía su cuerpo. Frunció los labios en una mueca de disculpa—. No sé lo que bebes ahora.

—Con una botella de agua mineral será suficiente. Gracias.

—Se ha vuelto un niño bueno —comentó Charlie fingiendo estar más calmado tras apurar su *whisky* de un trago. Su tono desconsolado le había restado toda la gracia al chiste.

—Ya ves, amigo, prefiero dejar el licor para los demás —respondí.

Crystal hizo un amago de sonrisa mientras se servía a sí misma un trago y le ponía el segundo a Chuck. Él, por su parte, parecía estar muy lejos de allí. Apagado y distante, se sentaba encogido mientras sujetaba torpemente el vaso con toda la mano y se balanceaba como un niño distraído. Tras la muerte de su hermano había tardado mucho tiempo en reponerse, pero este segundo golpe parecía definitivo.

—¿Ya estás mejor, Chuck? —le pregunté apoyando la mano en su hombro—. Venga, hombre, ánimo.

—¡Joder, Marcus! —me chilló, apartando mi mano y dando un golpe en la barra—. ¿Cómo puedes ser tan insensible? Parece mentira que tú lo encuentres.

—No soy insensible, Charlie —respondí sin variar mi tono. Me esforcé por comprender su reacción y no perder los papeles—. Estoy horrorizado por la muerte de Tom, créeme, no puedo aceptar que ya no esté, pero quiero servir de ayuda.

Chuck se giró hacia Crystal buscando otro trago, incapaz de controlar el temblor en sus labios. Sus pestañas naranjas brillaban entre las lágrimas.

—¿Crees que soy una carga, Marcus? —me preguntó directamente. Me desconcertó.

—Claro que no, no he dicho eso. Me refería a ayudar a Martha, a los niños.

Mi amigo bebió, sacudió la cabeza y rellenó su vaso de *whisky*.

—Bah, me da igual lo que digas. Por mí puedes volverte al agujero donde has estado escondido.

La expresión de Crystal me pedía calma. Me rogaba que le comprendiera y no dejara que sus divagaciones me afectaran. Era difícil.

—Tú lo encontraste, Marcus. Dime, ¿cómo estaba? —murmuró Charlie vacilante, asustado.

Su pregunta me desarmó, no entendí a qué se refería. Los ojos de Crystal me buscaron muy abiertos. Al parecer nadie le había explicado a Chuck cómo había muerto su amigo.

—Pues... —dudé.

—¡Dímelo, por Dios! —exclamó él, llevándose las manos a las sienes—. ¡Nadie quiere hablar conmigo! Oigo rumores, conversaciones a medias que callan cuando llego. ¿Cómo murió Tom, Marcus? ¡Nadie quiere contarme nada!

Se derrumbó llorando sobre la barra, con la cabeza entre los brazos.

—Oí que le encontraron acuchillado, se habían ensañado con él como Santoro con aquella niña.

—La verdad, Charlie, es que a Tom le habían hecho cosas horribles.

Mi amigo se quedó en silencio. Acariciaba su vaso con los dedos, la vista perdida más allá del cristal, la imaginación quizá encajando piezas horrendas de un puzle grotesco.

—Tú sabes quién lo hizo —me dijo.

Me asustó su voz seca, me llenó de culpa. Me hizo sentir como si yo mismo fuese el asesino.

—Tú lo sabes, Marcus. ¡Dímelo!

No podía creer lo que me estaba gritando. Crystal estaba tan desconcertada como yo mismo.

—No sé de qué me hablas, Chuck.

Me revolví incómodo en mi taburete, sin comprender la actitud de Charlie. ¿Sería posible que supiera lo que había ocurrido en mi televisor? Por supuesto que no. Entonces, ¿a qué se refería?

—¡Claro que lo sé! —gritó poniéndose de pie. Acercó su cara a la mía, sus ojos se clavaron en los míos, su dedo acusador señalaba la punta de mi nariz. Crystal retrocedió asustada—. Te conozco, amigo. Te conozco muy bien y puedo ver que ocultas algo.

Comprendí que Chuck no tenía ni idea, solo pagaba su frustración conmigo.

—No pareces el mismo —continuaba—. Estás muy raro, más de lo normal incluso para ti. Sabes algo y no quieres contármelo. ¡Dime lo que sabes, Marcus! ¿Qué te ha dicho la policía? ¿Qué has visto? ¡Dínoslo!

Las palabras se agolpaban en su cabeza y su boca las expulsaba a borbotones. No sabía lo que decía, solo quería que se le diera una explicación, la que fuera, gritaba, incapaz de contener las lágrimas, con todo su cuerpo en tensión. Me sujetaba por las solapas y me salpicaba saliva mientras me repetía que le explicara algo imposible. De repente cayó exhausto, desplomado sobre mi hombro mientras balbucía entre sollozos disculpas incomprensibles. Mis ojos se cruzaron con los de Crystal, ahogados en lágrimas, y le pedí dos cafés.

* * *

No fue sencillo tranquilizar a Charlie. Tras varias horas de charla y música suave, poco a poco no solo él, sino también nosotros nos fuimos relajando y sintiendo más cómodos. Si afuera seguía lloviendo, no nos dimos cuenta, perdimos la noción del tiempo entre tazas de café y recuerdos que iban y venían. De algún modo llegamos al punto de sacar a colación los crímenes de Lullaby Hills.

—Maldito caso —murmuré.

—Nunca debimos aceptarlo —suspiró Charlie. Su sonrisa volvía a esconderse.

—Te equivocas, Chuck —le corregí—. Aquel fue el proceso más importante que jamás tuvimos en nuestras manos. No podíamos rechazarlo. Era inevitable.

Tal vez salió demasiado caro, pensé, pero esa era la parte no previsible.

—Ese caso nos quemó, nos devoró por dentro y nos marcó para siempre. Marcus, tú deberías saberlo mejor que nadie. Fue un error, cualquiera hubiera ganado ese proceso sin necesidad de todo el desgaste que sufrimos nosotros.

Charlie tenía tanta razón que ni siquiera pude mirarle a la cara. Qué podía decir que no abundara más en una desgracia impuesta, sí, impuesta, por mi parte. Solo me quedaba arrepentirme, cosa que llevaba dos años haciendo.

—Aquella mierda nos destrozó —continuaba Chuck como si hablase solo—, se llevó parte de nuestra humanidad. Lo que le hizo a esa niña... Nosotros le condenamos a él, pero él nos condenó a nosotros.

—No he venido hasta aquí para hablar de Santoro —repliqué molesto.

Parecía que Charlie quisiera ayudarme a revivir el horror que yo pretendía ocultar. Por primera vez deseé que la noche hubiera terminado y largarme de allí sin dar siquiera las gracias.

—¡Pues deberías! —exclamó. Habíamos vuelto al principio—. A lo mejor te crees que tú eres el único que lo pasó mal. Pero, amigo, hay muchas cosas que no sabes. ¡Qué fácil es huir y refugiarse en el campo! —Su tono de pronto cambió y se convirtió en un susurro asustado—. ¿Sabes? No se lo he dicho a nadie, pero a veces aún sueño con él.

Mi cuerpo entero se estremeció al oír sus palabras. Si lo que decía era cierto, toda la historia cambiaba.

—Él viene a mis sueños, Marcus, me tortura. Me raja con su cuchillo disfrutando tanto como cuando troceó a Penny Lane. Tú no estuviste en la ejecución, ¡pregúntale a Danny! ¡El muy maldito murió riéndose! No dejó de reír hasta que la última descarga fundió su retorcido cerebro. Todavía hoy siento que aquella carcajada me persigue.

No podía creer lo que estaba escuchando. Me moría por preguntarle qué clase de pesadillas sufría, si también veía morir a sus amigos en ellas. Necesitaba oír si su televisión también había sido manipulada para obligarle a ver...

—Es una locura, lo sé —continuó, sin saber cuánto se equivocaba. Debió sorprenderle el modo en que le miraba—. Pero te juro que es cierto. Le oigo cuando

cierro los ojos, y tiemblo, me muero de miedo. No puedo dormir ni pensar, la risa no se apaga. ¡Nunca! —me miró—. ¿A ti no te pasa? ¿Tú no le oyes?

Chuck me observaba con los ojos tan abiertos que parecía un pobre desquiciado. Estaba ido, enfermo, nunca hubiera imaginado que nadie compartiera mi terror hasta ese punto. Lo que describía parecía un calco de mis emociones. No supe si asustarme más o respirar con alivio.

—Pues yo sí le oigo, Marcus —continuó—, y te aseguro que no es nada agradable.

—No sabía que te había afectado tanto —susurré incómodo, viéndome reflejado en su miedo.

Qué ironía, en mi penosa situación y era yo quien consolaba a un compañero.

Crystal nos miraba inclinada sobre la barra, su busto apretado contra la madera. Ella no había vivido lo que nosotros durante el caso Santoro, pero nuestra mirada eran suficiente para transmitirle que algo no iba bien. Que nada iba bien.

—No sé lo que significa —continuaba él, como si nada más existiera, como si le diera igual que hubiera o no alguien escuchándole—. A veces pienso que aquel demonio no está realmente muerto. —Me estremecí, Crystal dio un respingo—. Me parece que Santoro está aquí, entre nosotros, que nos equivocamos, que achicharramos a otro. No lo sé, Marcus. Oigo su risa, le veo en la calle. Creo que ha vuelto del infierno para vengarse. Le escuché por última vez la noche que mató a Tommy.

—¿Crees que a Tom le mató Richie? —pregunté con un hilo de voz. Él me miró un segundo, después bajó la cabeza.

—Es una locura. Lo sé, pero a Tommy lo mataron igual que a Penny, ¿y quién más podría hacer algo así?

Parecía increíble que estuviera sufriendo lo mismo que yo. ¿Sería cierto? Me tenía sin palabras. Sentí el impulso de agarrarle, de llevármelo de allí y plantárselo delante al tal Deveraux. Quería preguntarle mil cosas, pero no en aquel bar, no delante de Crystal. Si les hubiera explicado lo sucedido en mi televisión, me hubieran tomado por un chiflado o un mentiroso. Nada de lo que yo dijera podría beneficiar a Charlie, así que me callé.

—No sé, Charlie —le dije mientras me ponía de pie—. Nuestro trabajo tuvo una gran repercusión. Cualquiera podría estar repitiendo...

—Imitadores —murmuró Crystal, apoyada sobre la barra. Casi podía tocarla, me di cuenta de que quería tocarla—. He oído cosas así otras veces. En la tele.

Asentí.

—Sí, no es nada raro.

La lámpara cenital dibujaba sombras inquietantes sobre sus ojos.

—Tengo miedo —musitó Chuck.

* * *

Regresé a mi apartamento conduciendo despacio bajo la lluvia. Ya sin tráfico, la ciudad podía incluso invitar a ello. No es que fuera bonita, nunca lo sería, pero tenía ese encanto especial de las ciudades en blanco y negro. Olor a tabaco y filtro de *jazz*. Y los charcos, siempre los charcos.

La conversación con Chuck me obsesionaba. Sus miedos, sus pesadillas. Tenían que significar algo. Sin embargo, un hombre no deja de ser un hombre y mi último pensamiento no fue para Charlie, sino para Crystal. Ni siquiera para ti, Tom.

Buenas noches.

Dos

Me desperté exactamente a las cinco de la mañana. Estoy tan seguro porque los dígitos rojos de mi despertador se me clavaron en las pupilas cuando abrí los ojos sobresaltado. Apenas llevaba tres horas dormido, pero me incorporé gritando y corrí a encender la luz. Acababa de salir de una pesadilla terrible. En ella corría por un pasillo interminable perseguido no por alguien físico, sino por un sonido, por una voz. Las paredes mohosas parecían no tener fin y yo huía a oscuras, más preocupado por no ceder ante la risa cada vez más cercana que se me echaba encima. De pronto choqué contra un muro firme, letras de sangre se iluminaban como anuncios de neón llenando el pasillo de color rojo: «Marcus, Peny, Crane, muere», decían.

Era el mismo lugar en el que había encontrado la muerte Tom, ahora convertido en escenario de mis pesadillas. Me di la vuelta y la hoja de un cuchillo atravesó mi carne, una vez, dos, otra. Escuchaba los chasquidos del acero contra mi piel con una velocidad rabiosa. Los rótulos se multiplicaban, crecían, se unieron en uno y se convirtieron en los destellos rojos de los dígitos de mi despertador. Las cinco de la mañana.

Me quedé sentado en la cama, sudoroso y jadeante, apretando los párpados como si así fuera a borrar las visiones. No había vuelto a tener pesadillas desde antes de marcharme al Refugio, pero en los últimos días todo había regresado. El miedo, el malestar. No quería seguir allí, no quería estar viviendo aquel tormento. La tempestad castigaba la ciudad tras las ventanas, los relámpagos llenaban mi cuarto de un tono eléctrico fantasmal y el agua golpeaba los cristales como si quisiera romperlos. Sentí pavor, corrí igual que en mi pesadilla y me metí en la ducha. Necesitaba salir de allí. Las gotas resbalaban por mi piel cuando el televisor volvió a encenderse.

El mismo zumbido, los puntos de luz. Perdí el aliento y salí al salón desnudo, a punto de resbalar. Un millón de ideas se acumulaban en mi cabeza, pero la primera de todas era qué habría pasado, quién sería el siguiente. Me di cuenta de que apretaba los dientes y había empezado a temblar. Desde el suelo junto a la pared, silencioso, casi sonriente, me miraba el enchufe de la televisión desconectada. De repente la pantalla se oscureció y volvió el silencio.

* * *

Todo es oscuridad al principio, pero al poco, muy despacio, comienzan a vislumbrarse siluetas, formas geométricas, difusos destellos que no terminan de configurar una imagen completa. No tienen color, pero los distintos tonos de gris

terminan por mostrarme un lugar que reconozco, acabo de estar allí. Es la lápida de Tommy, y junto a ella distingo a una persona. Es esa persona y no la tumba de mi amigo la que me pone los pelos de punta. Un efecto óptico convierte la hierba húmeda en diminutos alfileres, una fina llovizna hace saltar el lodo de los charcos, la claridad que desata un relámpago me muestra que Charlie Cross está llorando. La tormenta se acerca.

Sin notar que alguien le observa, Charlie echa a andar alejándose de la tumba. La imagen le sigue a cierta distancia, dejándole espacio y deteniéndose cada poco para esconderse por si se diera la vuelta. La escena es macabra, mi sensación es una arcada asfixiada en la garganta. Charlie recorre el alargado sendero entre lápidas y arbustos, lo hace cabizbajo, soportando el frío y embutido hasta la nariz en su cazadora, con las manos en los bolsillos. Quien le vigila le acecha a muy pocos metros, extremando el sigilo, me temo que se está preparando para saltar sobre él.

Las lápidas le observan mientras pasa a su lado, incapaces de advertirle del peligro. Algunas son simples monolitos, nombres y fechas, pero también hay ángeles alados y vírgenes de piedra. Le despiden con un silencioso pesar.

Sé que debería llamar a la policía, me levanto y empiezo a dirigirme al teléfono, pero el miedo una vez más me frena. ¿Qué voy a decirles? Pienso en correr hacia el cementerio, pero veo que Chuck acaba de salir y se dirige al aparcamiento. Aunque echara a correr nunca llegaría a tiempo. *Vamos, Charlie, súbete al coche y vete de ahí.* Implacable, la imagen le sigue sin perder detalle de cada uno de sus movimientos, me muestra la cacería como parte de una macabra función.

La cabina de seguridad del *parking* está vacía. Las luces y las televisiones de vigilancia están encendidas, pero no hay nadie controlándolas, no quiero pensar en lo que puede haberle sucedido al guardia. Charlie paga en el cajero automático y recoge su *ticket* de salida, recorre unos metros entre plazas vacías y algún coche solitario y entra en el ascensor. No percibe que detrás de él alguien se esconde. Cuando se cierra la puerta metálica y la imagen empieza a subir por la escalera me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo conteniendo el aliento.

El encuadre se bambolea mientras salta de un escalón a otro, tan descontrolado que por momentos me cuesta entender por dónde va, qué está pasando. De pronto empuja una puerta y sale a una de las plantas del aparcamiento. Más allá veo a Charlie de espaldas, caminando hacia su coche, y la imagen le sigue.

La obra del *parking* en ese nivel no parece estar terminada, junto a los pocos coches que quedan distingo algún montón de escombros y rollos de cables, pequeñas montañas de tubos por montar. El muro que lo rodea tiene poco más de un metro de altura, y eso es todo con lo que cuenta Chuck para protegerse del viento, de la lluvia y del frío. Papeles y bolsas de plástico revolotean de un lado a otro acumulándose en las esquinas.

El asesino echa un rápido vistazo a su alrededor para comprobar que el piso está vacío, pero pronto vuelve a concentrarse en su presa. Charlie ha llegado a su coche,

se prepara para abrir la puerta. La imagen se para, desciende, parece posarse cuidadosamente. La hoja de un cuchillo enorme aparece de pronto ocupando casi un tercio de mi pantalla.

Quisiera gritar, llamarle, correr en su ayuda, pero no puedo apartarme de aquel espectáculo. Las lágrimas ruedan por mi mejilla, no encuentro aire que respirar, mis latidos se aceleran. El asesino viste completamente de negro, se acerca a Chuck por la espalda y le empuja contra el capó del coche. Mi amigo quiere reaccionar, pero el encapuchado le agarra del pelo y golpea su cabeza una y otra vez contra el techo metálico. La sangre empieza a brotar de la frente de Charlie, destaca como un río negruzco en mi pantalla gris. Entonces le da la vuelta, parece un pelele en sus manos, alza la hoja como una sentencia y la descarga con furia una y otra vez sobre su cuerpo. La risa de Chino estalla y rompe del todo el silencio, no se quiere perder la matanza.

Las acometidas son brutales. El arma sube y baja con una violencia que no es humana, desgarrar, rompe, dispersa hilos de sangre y pedazos de carne, el chirrido de las carcajadas es doloroso, infernal, agujonea mis oídos mientras los músculos y huesos de Charlie son arrancados de su cuerpo.

Me acerco a la pantalla, me siento al borde del sillón con los dedos agarrotados y una rígida mueca de terror. Solo quiero verle la cara a ese hijo de Satán, confirmar mis temores y salir a buscarle, pero se cuida con celo de no quedar a la luz. Sostiene a Charlie como si fueran retales, lo lanza sobre el capó y se sube encima para terminar de desmigajar su abdomen. Mi amigo hace rato que dejó de agitarse. Cuando regresa al suelo, el asesino lleva la cabeza de Chuck en la mano. Camina con ella hasta mí, se ríe, me la planta delante de la pantalla y de pronto el televisor se apaga.

* * *

No pude llegar al baño para vomitar, el sillón y la moqueta acabaron decorados con mi cena. Sentí que iba a desmayarme y tuve que refrescarme la cara para no hacerlo. Me cambié el pijama por un chándal y una cazadora y corrí hasta mi coche. Estaba seguro de que si me daba prisa podría encontrarle en el aparcamiento. Qué equivocado estaba.

Doscientos metros antes de llegar ya se distinguían el humo y las llamas que salían de la cuarta planta del *parking*. Cuando llegué, las luces de bomberos me sobresaltaron. Todo el edificio estaba ardiendo. En mitad de la confusión agentes de diferentes cuerpos corrían de un lado a otro preguntando y respondiendo no siempre en el orden ni a la persona indicada.

El fuego estaba descontrolado, pero a mí me daba lo mismo, tenía que entrar para sacar a Charlie y enfrentarme a su asesino. Estaba seguro de que seguían dentro. Aparqué y corrí tan deprisa como pude, tenía que pensar cómo saltarme el cordón

policial; sin embargo, un par de brazos del tamaño de remos me detuvieron en seco. Dos agentes me llevaron contra uno de los coches patrulla y me preguntaron si estaba loco o si había bebido más de la cuenta. Les grité que había un hombre dentro, el tipo que había matado a mi amigo, pero por supuesto no me creyeron. Llamaron a su superior, maldita sea, y de entre todos esos uniformes de diferentes colores surgió la figura enjuta del detective Deveraux. El adusto policía me echó un vistazo mientras apuraba un café.

—¡Déjeme entrar! —grité al detective antes de que llegara junto a mí.

—¿Qué demonios hace usted aquí, Crane?

Estaba demasiado excitado como para pensar, pero sabía que debía medir mis palabras, a aquel desgraciado no le iba a importar meterme entre rejas. ¿Pero cómo podía explicarle mi presencia? ¿Dotes de adivinación? Maldita mala suerte.

—Creo que un amigo mío está ahí dentro.

Deveraux me examinó de arriba abajo: mi aspecto, mi actitud desencajada y fuera de mí. Arqueó las cejas y se giró para observar el *parking*. Las llamas devoraban el edificio como si fuera de papel. En ciertas plantas pedazos de cemento y algunos hierros empezaban a desprenderse. Los bomberos hacían cuanto podían, pero desde luego no parecía tan sencillo.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—Es difícil de explicar... —traté de responder. Mis manos temblaban tanto como mi voz. No había tiempo para explicaciones y me sacaba de quicio perderlo con tonterías. Las palabras brotaron como una huida hacia delante—. Una intuición, no sé, pero...

—Una intuición... —interrumpió Deveraux sarcástico.

En ese instante apareció el jefe de bomberos y el detective se giró hacia él.

—Parece que un coche se ha incendiado en una de las últimas plantas. No sabemos aún la causa, pero esperamos que pronto esté controlado.

—¿Hay alguien dentro?

—Creemos que no. El guardia afirma que no ha visto entrar a nadie.

—Ya. No ha visto entrar a nadie —repitió en voz baja el detective mirando de soslayo al guardia que prestaba declaración y cuyo aspecto nervioso y nariz colorada no animaban precisamente a la confianza—. Revisen los vídeos de seguridad, el registro del cajero automático y los *tickets* de entrada y salida de las últimas tres horas. Quiero saber quién o quiénes han cruzado estas barreras en un sentido o en otro esta noche. Y si el vigilante no colabora, envíelo a mi oficina.

Una explosión nos sorprendió desde uno de los pisos superiores del edificio y todos miramos hacia arriba. Uno de los muros laterales de la última planta se derrumbó en medio de un terrible estruendo.

—¡Hágame caso! —chillé desesperado—. ¡Le digo que ahí dentro hay un hombre muerto y su asesino no puede estar lejos!

Deveraux me miró con el ceño fruncido y su expresión no me hizo ninguna gracia.

—Vaya, cuánta información —comentó, expulsando el humo—. Una vez más parece saber usted más que nadie.

—¡Por favor, deprisa! —repliqué casi llorando—. Deje de preocuparse por mí. ¡Él está ahí!

—¿Él? ¿Quién, Crane? Dígamelo. —Me analizaba con la mirada, no confiaba en mí en absoluto—. Debería calmarse, hijo, ya ha oído lo que ha dicho el jefe: ahí dentro no hay nadie. Escúcheme, señor Crane, cálmese de una vez y vuelva a casa. Déjelo todo en nuestras manos y le prometo que mañana le llamaré a primera hora.

Me desinflé, su negativa me dejó completamente abatido. Además ya era inútil, habíamos perdido demasiado tiempo, demasiadas fuerzas. Se alejaba la posibilidad de atrapar a Chino.

—¡Detective! ¡Detective! ¡Suba aquí! —gritó alguien desde dentro—. ¡Aquí hay un...! ¡Ah, esto es asqueroso!

Rencores enterrados

La comisaría del distrito 45 es un lugar frío y gris. Ya lo era en mi época de fiscal, hay cosas que no cambian nunca, y aquella mañana, sentado al otro lado de la mesa de interrogatorios, además de frío y gris me resultaba incómodo y agobiante. Archivadores metálicos y escritorios inundados de informes convivían entre paredes ennegrecidas por el humo del tabaco y decoradas con retratos, placas y portadas añejas. Apeataba a una mezcla picante de sudor y suciedad. El frenético teclear de los ordenadores y el escándalo de voces y pasos que no cesan ambientaban la comisaría, lugar de encuentro de policías y delincuentes, repudiado al mismo tiempo por los unos y por los otros.

Los vasos de plástico de la máquina de café se habían terminado y eso mantenía ocupados a un par de agentes. Uno de los últimos me lo había llevado yo, y por más que se quejara Tom, mi café no podía ser mucho peor que el de esa dichosa máquina. Otro agente corría de un lado a otro intentando entregar un informe a alguien que no debía estar donde se le suponía, y en unas sillas de plástico los detenidos esperaban su turno para ser entrevistados. En esa fila me encontraba yo. Por fin el detective me indicó con un gesto que entrara en su despacho y me pidió que le concediera unos minutos para terminar una llamada importante.

Me aburre esperar, siempre lo he odiado. Mientras Deveraux hablaba por teléfono paseé la mirada por su oficina. La pulcritud invadía el pequeño habitáculo hasta tal punto que desentonaba con el desorden anárquico del resto de la comisaría. Tenía en su escritorio cuatro pilas idénticas de documentos encarpetados, perfectamente alineadas con las esquinas de la mesa, y en la parte delantera tres botes metálicos albergaban, respectivamente, bolígrafos, lápices y clips. En el centro esperaba una libreta de folios amarillos y, sobre ella, en milimétrico paralelismo con el borde del pupitre, descansaba una elegante pluma estilográfica. Una pareja de marcos dorados con fotos de familia ocupaban el frontal del escritorio, y en las paredes se alternaban diplomas y medallas enmarcadas.

Antes de que el policía terminara de hablar, entró en el despacho Crystal Svensson.

—¡Marcus! Gracias a Dios que estás aquí.

El color de sus ojos indicaba que llevaba muchas horas llorando.

Deveraux, que había acabado de hablar, nos observaba desde su sillón. Sin preámbulos, el detective explicó que Charlie Cross había muerto. Para Crystal, Chuck era casi un hermano y, al escuchar cómo había muerto, pensé que iba a perder la cordura para siempre.

—Hemos hablado con la viuda de Cross y hay un par de detalles que me gustaría que ustedes dos me aclarasen.

Deveraux nos miró detenidamente, esperando una reacción en alguno de nosotros. *Desgraciado insensible*, pensé; Crystal no podía dejar de sorber mocos y yo todavía tiritaba bajo la manta que me habían prestado, ¡qué demonios pretendía ganar presionándonos!

—Según el señor Crane —se detuvo y tras humedecerse el pulgar con la lengua pasó algunas páginas de su cuaderno amarillo. Me miró—, confirmado después por la señora Cross, ustedes fueron las últimas personas que vieron con vida a la víctima, al menos hasta donde nosotros sabemos. Por lo tanto quisiera ponerles a ambos al corriente de lo que hemos encontrado hasta ahora, por si a alguno se le ocurre cualquier cosa que pudiera completar nuestra información.

«La víctima», eso era Charlie Cross para él. Supe que así sería durante el resto de nuestra charla. Tantos años de amistad, lucha y cariño reducidos a una sola, fría palabra.

Pasadas las seis de la mañana, la policía había encontrado los restos de Chuck asándose sobre el techo de su propio vehículo. Su cuerpo, mutilado y decapitado, presentaba tantos cortes que los agentes no encontraban la manera de moverlo sin que se les deshiciera entre las manos. Como con Penny y con Tom, el asesino había escondido la cabeza, que había aparecido colocada sobre otro coche, completamente desfigurada.

—Señorita Svensson, ¿vio usted algo extraño en el cementerio cuando llevó a Charlie Cross hasta allí?

Crystal apretó los párpados y negó con la cabeza. Contenía la respiración, no quería recaer en el llanto. Estaba sufriendo, aunque Deveraux no parecía darse cuenta.

—Usted era una buena amiga del señor Cross. ¿Sabe de alguien que pudiera odiarle hasta el punto de querer asesinarle de esta manera?

Le pedí a Deveraux que parara, Crystal volvía a llorar, y escondía la mirada bajo su chal de lana. El dolor estaba siendo excesivo. De repente el detective se giró hacia mí.

—¿No se sorprende usted? —me preguntó.

—¿Perdone? No sé a qué se refiere.

—Acaban de trocear a su amigo, el segundo en una semana —continuó más despacio, como si estudiara mi semblante—. Me llama la atención verle tan sereno.

—Usted no entiende nada —respondí enfadado—. He visto demasiado ya en mi vida como para sentir escrúpulos ahora. Lo que quiero es terminar de una vez y que atrape al malnacido que ha hecho esto.

Abrió una carpeta y sacó de ella una serie de fotos. Antes de enseñárnoslas nos explicó que los hombres a los que ordenó registrar el aparcamiento habían encontrado

los muros de la cuarta planta decorados con lo que él llamó grafitis. Los habían fotografiado.

—No tendrá problemas para leer los nombres —me dijo—. Tal vez se sorprenda. O tal vez no.

Nos pasó las fotografías y tanto Crystal como yo les echamos un vistazo. Yo me revolví en mi silla, ella ahogó un grito.

—Penny Lane... —susurré. Estaba por todas partes, pintado con sangre, pero no era el único.

—Marcus, es tu nombre... —exclamó Crystal, que se llevó la mano a los labios y me miró desconcertada.

—Así es, señorita —confirmó Deveraux, parecía satisfecho el cabrón—. Igual que en el callejón donde mataron a Tom Hudson. Es otra de las razones por las que le hemos hecho venir, señor Crane. Si tiene alguna explicación, por favor, dénosla, porque nosotros andamos perdidos en este asunto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Crystal—. ¿Marcus?

Deveraux intervino. Estaba disfrutando.

—Su amigo se está volviendo muy popular de repente, señorita Svensson. No sabemos por qué, pero en los últimos días su nombre y él mismo aparecen en los lugares más insospechados.

—¿Qué demonios insinúa? —repliqué, mordiendo las palabras.

—No puedo insinuar nada, hijo —añadió—, porque en el caso de que tuviera razón sería usted el asesino más estúpido del universo.

—¿Cree que yo lo hice?

Deveraux guardó las fotos y me atravesó con su mirada.

—Le seré sincero, Crane, usted ha trabajado en esto y no tengo por qué andarme con rodeos: no tengo ni puñetera idea.

Le miré perplejo, él arqueó las cejas y extendió las palmas vacías. De algún modo, le entendía.

—No tenemos nada, Crane —continuó—. Solo dos personas muertas, dos personas cercanas a usted, y su nombre decorando los escenarios en ambos casos. Y, por si fuera poco, es la primera persona que aparece. Dígame, ¿cuál ha de ser mi siguiente paso?

Crystal había dejado de llorar. Se secaba las lágrimas con un pañuelo de papel que estaba arruinando su maquillaje. Me pregunté si comprendía la gravedad de lo que estábamos hablando, porque más bien parecía ajena a todo, sumergida en unos pensamientos por los que no la envidiaba. Me pregunté si entendía que había una conexión fatal entre ambos crímenes y que esta pasaba por mí. Mi situación ante Deveraux empezaba a ser crítica.

—Tal vez alguien pretende incriminarme escribiendo mi nombre —protesté, y de verdad no quería que sonase tan estúpido.

—¿Conspiraciones, Marcus? —replicó el policía ladeando la cabeza y frunciendo los labios—. Bien, se lo acepto. ¿Pero por qué?

Yo empezaba a perder la calma.

—El asesino me conoce —resoplé—, sabe que yo era amigo de las dos víctimas.

Deveraux se echó a reír, era la primera vez que le veía perder la compostura.

—Pare, pare —me interrumpió con un gesto de las manos—. Me temo que ha leído demasiadas novelas. No le estoy acusando de nada... Todavía. Además, las pintadas podrían ser una pista falsa, o incluso una amenaza. Por eso lo estamos investigando.

No me dejé más tranquilo, sino que aumentó mis ganas de marcharme. Crystal parecía una sombra a mi lado. Lo único que me hacía sentir que seguía viva era su mano presionando cada vez más fuerte la mía, sus uñas ahondando en mi carne. La miré, andaba perdida en su propio mundo de recuerdos y dudas.

—¿Podemos irnos ya? —pregunté al policía entre dientes.

Deveraux sonrió, gesto de lobo feroz, y nos señaló la salida. Sin embargo, antes de que llegáramos a la puerta el detective recordó algo.

—Una última cosa, Crane —los dos nos dimos la vuelta—. Debo concederle que su implicación en el caso es todavía circunstancial. Sin embargo, usted fue la primera persona en llegar al lugar en ambos asesinatos, de hecho, se diría que incluso llegó antes de que nadie supiera siquiera que habían tenido lugar. La curiosidad me devora, por favor, ¿cómo lo hace?

Me quedé paralizado. Esa era la pregunta que había estado temiendo, la que rezaba porque nunca se produjera. Crystal levantó la cabeza y soltó mi brazo. Sí, había dejado de llorar, pero sus ojos celestes brillaban de nuevo vidriosos como gotas de agua. Vi miedo en ellos.

—¿De qué está hablando, Marcus?

Las palabras huyeron de mi mente. La miré a ella, le miré a él. Me sentí confuso y acorralado. Deveraux lo vio y aprovechó para presionarme.

—Sí, Marcus, explíquenos cómo sabía usted dónde encontrar a Tom Hudson, cómo averiguó que Charlie Cross había sido asesinado.

No podía responder. No de manera lógica.

—Ya se lo he dicho... —mascullé, esforzándome por evitar la mirada de Crystal. Maldito madero y su emboscada. Mi voz tembló cuando no tuve más remedio que contestar—. Yo sabía que Charlie tenía que ir a recoger su coche al *parking* del cementerio, y cuando escuché en la radio lo del incendio...

—No le he preguntado por el fuego, Crane —me interrumpió bruscamente—. Usted se mostró convencido de que había sido asesinado. De que había un hombre dentro con él.

—Sí, bueno... —miré de soslayo a Crystal que cada vez se separaba más de mí—. Ya le dije que no podía explicarlo, fue una especie de intuición...

—¿La misma intuición que le llevó hasta el callejón donde murió Tommy Hudson?

—¡Vamos, hombre! —exclamé—. Ese callejón está a pocas manzanas desde mi casa hacia la de Tom. Él acababa de irse y...

—¿Cómo se le ocurrió salir a buscarlo?

Le miré, otra vez pretendía dejarme sin argumentos. Dios, cuánto deseaba salir de allí.

—Oí las sirenas, vi los coches patrulla por mi ventana... Me asusté y los seguí.

—Un presentimiento...

Asentí.

—Ya —el policía encontró en su bolsillo el paquete de tabaco y quiso sacar de él un cigarrillo. Estaba vacío. Lo arrugó con una mueca y lo tiró a la papelera. Extrajo otro de un cajón y lo empezó a desenvolver lentamente. Aún hoy dudo que se creyera mi mentira—. Entonces anotaré que estos dos asesinatos, su idéntico método, la sangre y su nombre, su presencia milagrosa en el lugar del crimen, deben atribuirse a una desafortunada coincidencia, ¿correcto?

Sentí mis dedos crisparse como si me fueran a reventar los nudillos. Crystal me miraba, su cara era una oda a la confusión.

—Supongo que se da cuenta de que su testimonio se basa en casualidades y en la reaparición de un asesino notoriamente muerto. Comprenderá que es algo sobre lo que debemos meditar un poco más.

Cabrón sarcástico. Lo que hubiera dado por agarrarle y...

—No creo en fantasmas, señor Crane —continuó—. Lo dejaremos por ahora, pero no dude que le haré llamar tanto si encuentro algo más como si no. Usted es abogado y sabe que no puedo retenerle aquí. Márchese, pero haga caso a lo que le digo: no se deje ver demasiado. No me gustaría que si esto vuelve a repetirse apareciera de nuevo usted por medio.

—Deveraux —contesté despacio, mordiéndome cada sílaba—, haga usted su trabajo y evite *que esto vuelva a repetirse*.

De repente Crystal pareció despertar para mediar entre ambos. Volvió a darme la mano.

—El otro día hablamos de imitadores —dijo mirándome—. ¿Recuerdas?

Deveraux se recostó en su silla. Parecía complacido.

—Interesante —murmuró—. ¿De qué hablaron exactamente?

Tomé la palabra y le quité hierro con un gesto.

—El otro día, en su bar, comentábamos con Charlie la muerte de Tom.

El detective asintió.

—Ya veo. ¿Y sacaron alguna conclusión?

—Marcus dijo que un imitador no era algo tan raro.

—Por supuesto, él es experto en esos temas —concluyó Deveraux clavándome una última mirada.

—¿Qué insinúa, detective? Lo que tenemos aquí es venganza y la venganza es un hecho, Deveraux, un acto que se ejecuta.

—Ejecuciones, claro —comentó el policía rozando sin remilgos el tono de burla—. Y ya van dos. Muy bien, Crane, continúe.

Decidí ignorarle.

—El sentimiento que instiga la venganza a sangre fría es el rencor. ¿Cree usted en el rencor?

—No me dé lecciones, Crane. Yo no veo aquí ninguna venganza, al menos de momento, y le costará convencerme de lo contrario. Creo en los rencores, joven, por supuesto, los veo y combato a diario. Pero dejo de tomármelos en serio cuando ya han sido enterrados.

—Entonces le deseo buena suerte, Deveraux. Si lo ve así, lo que busca no es de este mundo.

Nos fuimos. Cuánto deseé que aquel portazo fuese lo último que recordase de aquella enfermiza oficina.

Sobre tu tumba

Crystal y yo caminamos los metros que nos separaban de su coche protegidos de la lluvia por el paraguas de uno de los policías. Mi coche seguía en el cementerio porque Deveraux había tenido la deferencia de llevarme a comisaría en un coche patrulla, solamente le faltó esposarme para completar la humillación. Hacía mucho frío, lo recuerdo como si estuviera tiritando ahora mismo. Llegamos a su ranchera y, cuando me senté a su lado, se inclinó sobre mí y rompió a llorar en mi hombro. Había esperado hasta alejarse del oficial y de los ojos curiosos de la comisaría para derrumbarse y dejar salir todo lo que bullía en su pecho. La abracé, ¿qué otra cosa podía hacer!, y noté su cuerpo estremecerse contra el mío. Fui egoísta, lo sé, e inapropiado, pero sentí un estremecimiento. Hacía mucho mucho tiempo que no me abrigaba el calor de una mujer.

—Estoy asustada, Marcus —me susurró.

—Yo también —respondí, no quise contener el impulso de acariciar su melena dorada—. Pero no te preocupes, tarde o temprano daremos con una explicación, te lo aseguro.

—Ojalá tengas razón. Me gustaría confiar en Deveraux.

—Parece muy decidido.

—Sí... Pero todo esto es tan complicado, tan terrible...

—Escúchame —le dije, separándola de mí suavemente—. Deveraux es un payaso, pero estoy convencido de que también es lo suficientemente hábil y tenaz para encontrar al asesino.

—Tú eras igual —me contestó, no pudo ser más certera.

—Tal vez —asumí sin orgullo—. Ahora confiemos en él. Quienquiera que haya hecho esto a Tommy y a Charlie, va a pagar por ello.

* * *

Las horas pasaban deprisa bajo aquella lluvia incesante. Todas iguales, cuando te dabas cuenta había caído la tarde. Por segunda vez en apenas dos semanas me encontraba de pie en el mismo sitio, estancado en un mundo imposible junto a la tumba de Chino. El agua caía sin pausa golpeando las lápidas, convirtiendo la tierra en barro. El olor de la hierba lo inundaba todo y también el silencio, invisible, pero a la vez tan presente.

La tierra sobre la tumba había sido pisoteada y había restos de cera en sus bordes y también encima de la lápida. Tenía sentido, pues acababa de celebrarse el

aniversario de su muerte. Pensé qué clase de mundo era este en el que hasta el más sádico hijo de perra tenía su club de fans.

Una vez más no me quedaba muy claro para qué había ido allí. Si pretendía respuestas, un montículo desangelado no iba a proporcionármelas. Debo confesar que en mi cabeza rondaba la idea de sacarlo de allí, de coger una pala y cavar, cavar hasta comprobar por mis propios ojos que realmente habíamos enterrado al desgraciado correcto. Tiempo atrás me hubiera parecido una locura, pero en aquellos días el miedo podía con la razón. ¿Estaba Santoro ahí debajo realmente? ¿A quién había visto yo en la calle? ¿Quién había manipulado mi televisor? Y lo más importante: ¿quién estaba aniquilando a mis amigos?

Sentí un miedo visceral de repente cuando traté de imaginar que al cavar encontraba la tumba vacía.

—¿Qué hace usted aquí?

También era la segunda ocasión en que una voz me sobresaltaba en el cementerio. Si decidía volver allí, debía tener más cuidado con mi espalda. Me di la vuelta y encontré a Deveraux acercándose a mí con diminutas zancadas y un sigilo impropio de un caballero. El barro cubría sus finos mocasines y le ensuciaba el bajo de los pantalones, su desproporcionado paraguas le hacía parecer aún más pequeño. Volví a girarme hacia la tierra removida de la tumba de Richie.

—¿Me está siguiendo, jefe? —pregunté dándole la espalda, sin sacar las manos de los bolsillos. No me apeteció saludarle.

—Richie Santoro —leyó en la inscripción burdamente cincelada en la lápida. Echó un vistazo fugaz al enterramiento pisoteado y los restos de visitas rituales. No hizo ningún comentario al respecto—. Sigue usted empeñado, ¿verdad?

—No finja que le sorprende —respondí.

—No, lo cierto es que no.

Deveraux me acompañó durante unos minutos en silencio. Contemplaba la tumba de Chino sin decir nada, parecía tan absorto en sus pensamientos como yo.

Él sí que me sorprendió. Se comportaba de una manera tan diferente a como lo había hecho por la mañana que casi parecía una persona distinta. Pensé que ese era un comportamiento lógico, puesto que cada uno, a nuestro modo, perseguíamos el mismo fin, y no la hostilidad con la que me había presionado hasta entonces. Yo quería que cesasen los asesinatos tanto como él, aunque quizá a mí me corriera algo más de prisa puesto que era yo quien iba a dar con mis huesos en la cárcel si a él se le cruzaban los cables. De repente le oí chasquear los dientes.

—Hijo, menuda historia —comentó, sin apartar la mirada de las letras cinceladas en el cemento. Le observé con sorpresa—. Como usted sabe, yo todavía no trabajaba en esta ciudad cuando sucedió todo aquello.

Asentí con la cabeza y encogí los hombros combatiendo el frío. Él me ofreció su paraguas y yo se lo agradecí.

—Lo sé, pero no por eso debe menospreciarlo. El caso Santoro es el más importante que jamás se haya juzgado en este Estado.

—El caso Santoro estaba ganado de antemano —replicó, y atragantó las palabras en mi garganta—. No sé por qué se les complicó tanto.

Quise contestar, pero él me miró y me hizo callar con una tímida sonrisa.

—Disculpe, no pretendía ofenderle —dijo—. He de reconocerle a usted y a su equipo que semejante elemento esté aquí enterrado y no jugando al ajedrez en un confortable hospital con fines de semana libres. Es solo que...

Torció el gesto. Yo asentí, creí entender a qué se refería.

—Todo fue muy raro —murmuré, volviendo a posar la mirada en la tumba—. A menudo yo tampoco me lo explico.

Deveraux sonrió afable, aunque no pareciera posible. Sacó de su bolsillo la cajetilla de cigarros y me ofreció uno, que rechacé.

—Me preocupa usted, Marcus —suspiró—. Me preocupa que todo su esfuerzo se vea ahora manchado por secuelas e imitadores.

Le miré, por un momento pensé que me estaba tomando el pelo.

—¿Cree que se trate de un imitador?

—De uno, de varios... ¿Qué si no puede ser? No sé quién aprieta el gatillo, en este caso empuña el cuchillo. Pero sé qué patrón está siguiendo.

—Nunca creí que volvería a encontrarme con algo así.

—Ya. Nadie lo hubiera imaginado. Pero es mejor dejar a un lado su teoría de los muertos vivientes.

Me dirigió una mueca que supuse pretendía ser amistosa. Amigo, yo sabía muchas cosas que él ni siquiera comprendería.

—Abra esta tumba, Deveraux —le espeté—. Vamos, pida una orden judicial, pillemos un par de palas y salgamos de dudas. ¿Qué me dice? Ahora mismo.

Sonrió, sus ojos, diminutos como los de un zorro, contenían una disimulada burla.

—No se pase, Crane —me advirtió—. Ricardo Santoro fue ejecutado y enterrado aquí hace ahora un año. Su teoría de la resurrección es lo más estúpido que he oído en mucho tiempo.

Solo pude apretar los dientes.

—Pero es que yo no le hablo de resurrección, usted no quiere escucharme. Le estoy diciendo que...

—¿Una tumba vacía? —me interrumpió, y acto seguido fijó la mirada en el suelo—. Le entiendo.

—¿Y?

Se pasó la lengua por los labios varias veces y dio un par de caladas a su cigarrillo.

—Es lo segundo más estúpido que haya escuchado en mucho tiempo.

Le miré y no sabía si estrangularle.

—Se está pasando, detective.

Él aspiró divertido.

—Pero piense lo que está diciendo, hijo. Demasiados testigos vieron a Chino echar chispas. Estas cosas no suelen dejarse al azar. Estoy seguro de que Ricardo Santoro está aquí dentro.

—Entonces abra la maldita tumba.

Me miró, estudiándome, respiró profundamente.

—Lo pensaré —concedió—. Pero no creo que pueda hacerlo. No con un pretexto tan esotérico.

Mi cabeza estaba hecha un lío, las ideas se agolpaban en ella, pero no conseguía ordenarlas y darles sentido. Le había visto, de eso estaba seguro, de alguna manera sabía que no estaba allí abajo, sino que había regresado para encontrarme. Eso me bastaba para temerle.

—Este «imitador» que usted dice —le expliqué. Mi tono era tan bajo que dudo que Deveraux pudiera escucharme sin acercarse— reproduce detalles que jamás se publicaron, sigue pautas que...

—Váyase a casa, Crane —me cortó él, empezando a andar hacia su coche—. Quítese esa ropa empapada y descanse. Yo buscaré a su fantasma. Vea un rato la tele. A mí, a diferencia de usted, no me divierte pasear bajo la lluvia.

Sus palabras se fueron apagando a medida que se alejaba. Ver la tele, había dicho. Eso era lo que más miedo me daba.

* * *

Anochecía cuando por fin entré en casa. La frontera entre el día y la noche se hacía cada vez más difusa a medida que nos internábamos en aquel invierno pasado por agua. Había comido algo en uno de esos restaurantes de comida rápida atestado de adolescentes donde nadie se detuvo a valorar mi aspecto abandonado y decadente. Despeinado, ojeroso y sin afeitarse, una camilla y horas de sueño era lo que yo necesitaba. Llegué a mi apartamento con la intención de reparar ambas cosas en la mayor medida posible.

Deveraux tenía razón. Lo mejor que podía hacer era alejarme y que, si volvía a tronar, la tormenta no me pillase cerca, supongo que ustedes me entienden. La idea estaba clara, pero lo difícil iba a ser llevarla a cabo.

Regresar al Refugio era algo imposible, tanto por respeto a Tom y a Charlie como porque no tenía intención de averiguar de dónde podría colgarme Deveraux si se me ocurría abandonar la ciudad. No tendría más remedio que encerrarme en casa, deshacerme de la televisión y dejarle el resto a la policía. Dentro de lo malo, la idea no parecía tan terrible.

Después de la ducha mis músculos comenzaron a desentumecerse y mi piel a deshacerse del frío. El hueco en el vapor del espejo me devolvió un rostro cansado,

casi enfermo, me negué a reconocerlo como mío. Salí del baño en pijama y desempolvé mi vieja Gibson, demasiado tiempo olvidada en el armario.

La limpié, la enchufé y afiné sus cuerdas. Las notas de Hendrix ya no salían tan fluidas como de adolescente, pero aun así no todo se había perdido. Como Jim, yo también era zurdo y mis cuerdas estaban al revés. De pronto toda mi vida parecía estar al revés.

Había dejado la luz del contestador parpadear demasiado tiempo. Tumbé la guitarra sobre el sillón y decidí hacerle caso. Tenía once mensajes pendientes, y aunque pensé que la mayoría serían de Danny o de Sara, siete los había dejado Crystal. Me necesitaba y le devolví la llamada.

Miedo

Media hora después, Crystal golpeaba tímidamente la puerta. Estaba empapada, la abracé y supe que su temblor no era solamente cuestión de temperatura.

—Estoy asustada, Marcus —me susurró casi sin voz.

Aferraba las solapas de su chaquetón para mantenerlas cerradas y proteger su pecho del frío. La animé a pasar, y me explicó más despacio lo que me había avanzado entre sollozos por teléfono: había oído ruidos en su apartamento, a pesar de tener cerradas puertas y ventanas y de haber comprobado cada habitación.

—Tengo mucho miedo y no quiero quedarme sola.

Me entregó su chaquetón de camino al baño y le presté una de mis toallas para secarse el cabello. Le costaba recuperar el aliento, había salido a toda prisa y ni siquiera se había cambiado de ropa. Vaqueros ajustados, camiseta de algodón, seguía vestida igual que si estuviera en su casa. Sus formas luchaban contra la presión de la tela mojada.

—No sabía a dónde ir, Marcus. Espero no molestarte.

—No te preocupes —le dije—. Espera, te traeré algo para cambiarte.

Le presté una vieja sudadera que encontré en un cajón y que casi no recordaba. Me costaba creer que tuviera a Crystal Svensson medio desnuda en mi salón después de tanto tiempo. La situación no estaba para dejar volar la imaginación, pero tampoco dejaba de ser sorprendente.

—Ten, ponte esto.

—Gracias, Marcus, lo siento.

—No seas boba, estás en tu casa. Ponte cómoda y descansa un rato, yo haré café.

El parpadeo de la luz de la cocina me deslumbró y me ayudó a quitarme los pájaros de la cabeza. Con sus piernas fuera de mi vista las cosas se veían de otra manera. En otro momento, en otra realidad, hubiera fantaseado con encontrarla una noche al otro lado de mi puerta, pero no eran ni el momento ni el lugar para dejarme llevar por impulsos pueriles, me repugnaba solo el atisbo de aquellos pensamientos. El sonido de la cafetera me sobresaltó, preparé dos tazas y me convencí de que regresaría al salón dispuesto a escuchar, dejando que fuese mi razón y no mi instinto el que tomara las riendas. No me podría perdonar aprovecharme de la fragilidad de Crystal en un momento así.

—¿Puedo ayudar?

Sonreí, me miraba desde la puerta. Se había cambiado y se la veía más relajada, hermosa, un rebelde mechón rubio acariciaba su barbilla.

—No te preocupes, ya está. Vamos.

Me precedió hasta el salón, dejé la bandeja con los cafés y unas galletas en la mesa y me senté a su lado. Se había quitado toda la ropa húmeda, también los pantalones. Lo cierto era que mi jersey resultaba enorme para ella, le llegaba hasta la mitad de los muslos. Se recostó en el sofá, su rodilla desnuda rozando mi cadera, y recordé un sinfín de locuras que creía perdidas en la memoria. Ahora que las había recuperado necesitaba apartarlas de mí.

—¿Por qué no funciona la televisión? —me preguntó, incorporándose para coger su taza.

El jersey estaba viejo y desgastado. El cuello dado de sí creaba un tramposo hueco sobre su pecho. Tuve que obligarme a mirar a la pantalla apagada y me enfadé conmigo mismo por dudar.

—Es una larga historia —contesté—. Ya te la contaré...

—Mejor —me interrumpió cortante—. Prefiero no ver la tele. Me da miedo.

¿Cómo? Debo reconocer que me asusté. Había iniciado el movimiento para llevarme la taza a los labios, pero tuve que devolverla a la mesa.

—¿Por qué has dicho eso?

Creí que me iba a dar un vuelco el corazón. Ella en cambio solo hizo un vago gesto con la mano.

—Oh, por nada. Me asusta imaginar lo que podría encontrar en ella. Mira, tengo los pies helados.

Colocó un pie sobre mi muslo y me invitó a que lo cogiera con mis manos. Estaba frío, pero... Dios, su tacto me estremeció. Había pasado mucho tiempo sin rozar a una mujer y acariciar los pies de Crystal era más de lo que había previsto resistir. Me sentí un hombre despreciable, intenté soltarla y recuperar la conversación, pero sus pies en mis manos, sus dedos diminutos entre los míos, sus tobillos...

—Prepararé algo de comer —le dije, y me levanté bruscamente para abandonar el salón y refugiarme en la cocina.

Necesitaba mojarme la cara.

* * *

Normalmente es sencillo seguir las instrucciones de un sobre precocinado de pasta. Cualquiera puede hacerlo incluso con otra cosa rondándole la cabeza. Pero yo no pude con Crystal Svensson semidesnuda en mi sofá. No sabría decir si me distraía más pensar en su cuerpo frío y sedoso bajo mi sudadera o en sus tibias indirectas sobre su miedo a encender la televisión. Lo uno me excitaba, lo otro me ponía los pelos de punta. Estaba dándome por vencido cuando comencé a escuchar la melodía, dulce y sensual, que llegaba desde el salón. Crystal había puesto un disco de *jazz*. Sedoso, imprescindible, evocador, me recordaba a ella, a Sara, me recordaba a

caricias, a besos. Quedaba muy lejos del infierno en que Chino había convertido mi vida.

La escuché canturrear a mi espalda. *Moon River*. Me giré y estaba allí, bajo el dintel, apoyada de lado, piernas desnudas, jersey inmenso, balcón de pecho asomando. Sus ojos azules me sonreían desde detrás de los hilos de su flequillo. Me pregunté cómo habría sido todo de haber hecho las cosas de otro modo. Otras ambiciones, otras prioridades. Aún hoy no sé si hubiera funcionado, pero claro, hoy ya es imposible.

Además, aunque siguiera viva, Crystal Svensson nunca podría ser de nadie.

* * *

La tormenta continuaba terrible en el mundo real. Dejé la bandeja sobre la mesita con los platos de pasta a medio quemar y llené dos copas de agua.

—Lo siento, no tengo vino.

—Agua estará bien.

Antes de sentarme a cenar me estiré para coger del respaldo del sillón una manta y abrigar a Crystal con ella. No me había insinuado que tuviera frío, daba igual, yo solo necesitaba esconder sus piernas. Comenzamos a comer en silencio. Un último vistazo a la cadera blanca que apenas se asomaba debajo de la sudadera. Me alegré de no tener alcohol.

Se le notaba tan triste. Cenó con la vista perdida entre la pasta y la pantalla apagada, accionaba exclusivamente los músculos necesarios para poder masticar, estaba conmigo, pero muy lejos de allí. Y no creo que aquel lugar le gustara nada en absoluto. Estaba atrapada en una pesadilla. Terminamos enseguida y, antes de darme tiempo a recoger, se tumbó sobre mí con la cabeza en mi regazo. Casi como si no pudiera existir una cosa sin la otra, mi mano derecha se deslizó hasta apoyarse sobre su cintura mientras los dedos de la izquierda acariciaban su pelo. Como si el tiempo no hubiera pasado, la lluvia en el cristal y la trompeta disfrazando *What a wonderful world* nos trasladaban a un mundo anterior: anterior a su bar, anterior a mi carrera, anterior a Sara, y muy muy anterior a Santoro. Mis dedos rozaron el hilo de un tanga, parecían dispuestos a reconquistar un territorio que nunca habían olvidado.

—Marcus —se giró despacio hasta mirarme a los ojos, retiró mi mano de su cadera sin dejar de sonreírme—. Llévame a casa.

* * *

No tenía ganas de conducir, dijo, y me pidió que la acercara a su apartamento en mi todoterreno y al día siguiente la fuera a buscar para almorzar juntos. Entonces

recogería su coche. Regresó a sus vaqueros ajustados y todavía húmedos, pero dejé que se quedara la sudadera. Parecía una niña pequeña disfrazada de su hermano mayor. Entró en su apartamento agotada y me ofreció una última taza de café, que rechacé. Me despidió con un beso suave, me encargué de cerrar la puerta mientras la veía deshacerse de mi jersey de camino a la ducha.

* * *

Las calles estaban vacías y la madrugada en silencio cuando el semáforo me detuvo. La ciudad dormitaba difusa a través del velo de lluvia que deformaba la realidad en mi parabrisas a pesar del esfuerzo de los limpiaparabrisas por expulsarla hacia los lados rítmicamente. La luna menguante me sonreía como el guiño de un gato burlón, y al volver a fijarme en la carretera le vi.

Se había detenido frente a mí, en mitad de la calzada, silueta negra a contraluz, desdibujada por el aguacero. Iba encapuchado, pero hubiera jurado que me sonreía.

Cómo explicar lo que sentí en ese instante. Pavor, nada menor que eso. Un escalofrío estremeció mi cuerpo y me golpeó la nuca como el filo de un punzón. Santoro estaba allí, lo estaba mirando en ese preciso momento, no podía engañarme. Acompasado por mis limpiaparabrisas, el tipo de negro aparecía y desaparecía tras la lluvia en mi cristal. El semáforo se puso en verde y la figura se apartó de mi camino. Debí acelerar, correr, salir huyendo, pero me quedé quieto, bloqueado, incapaz de reaccionar, de comprender lo que estaba sucediendo. La silueta empezó a acercarse a mi lado del coche. La llovizna y la oscuridad se confabulaban para no dejarme ver su cara, sus ojos, esa sonrisa que me perseguía. Se detuvo ante mi ventana.

—Hola, abogado.

El susurro llegó lento como en una pesadilla, pero claro como una sentencia. Su voz, como un filo candente, atravesó mi estómago y sentí ganas de vomitar. Creí que iba a perder el conocimiento.

—Cuánto tiempo —continuó.

Pisé el acelerador a fondo y el coche salió disparado hacia delante. Hui como en una estampida, mis manos agarrotadas en el volante mientras por el espejo retrovisor distinguía aún su figura despidiéndome con la mano. La oscuridad acuosa se lo tragó, pero sus palabras continuaban rebotando en mi mente.

No conseguí recobrar el aliento hasta encontrarme muy lejos de allí, mi razón no daba para explicar lo que había ocurrido. No podía ser, Chino estaba muerto, muerto y bajo tierra. Entré en mi apartamento al borde del desmayo y me abalancé sobre la taza del inodoro. Expulsé toda la cena y parte del almuerzo. Vomité miedo y lágrimas. O yo estaba rematadamente mal de la cabeza o Ricardo Santoro estaba vivo. Entré en el salón trastabillando, el teléfono parecía cambiar de posición con cada paso que daba hacia él. Tropecé con la mesa y tiré las copas vacías, quería

llamar a Deveraux, contarle que esta vez sí estaba seguro, quise ponerme de pie, pero perdí el conocimiento antes de alcanzar el teléfono.

Tres

El teléfono me despertó cuando se acercaba el alba y la primera claridad del día se filtraba por las persianas del salón. Regresando de un profundo sueño, lo dejé sonar tantas veces que cuando por fin descolgué solo pude escuchar el latido intermitente de la línea vacía. Allí, de rodillas junto a la mesita, me di cuenta de que había pasado la noche en el suelo, recordé que tenía que llamar a Crystal, y mi intención de visitar a Deveraux para explicarle lo ocurrido en el camino de vuelta a casa. Solo recordarlo me produjo un escalofrío.

Fue automático, colgar el teléfono y encenderse la tele. El cable de alimentación asomaba junto a la pared como una finísima serpiente de plástico inerte, pero la pantalla estaba encendida. Un alarido atravesó mi garganta cuando aparecieron los puntos grises zumbando como un enjambre de avispas en su alocado frenesí. Estúpidamente me pregunté si a Crystal le estaría pasando lo mismo, si ella también estaría mirando en esos momentos aquel baile infernal. Quizá todos nosotros, los que seguíamos vivos, lo estuviéramos viendo. Me senté sobre el filo de la mesa, a escasos centímetros del cristal de la pantalla. Enseguida supe que no, todos no.

* * *

Cuando el rugido angustioso cesa me quito las manos de los oídos. No hay forma humana de soportar ese ruido. La pantalla se queda en blanco y el silencio es tan radical que duele. Fantasmas de coches y arbustos empiezan a encarnarse en mi televisor. Un bordillo, escaleras, un letrero. Lo que veo es la entrada de un bar, es el local de Crystal. Sin dejarme tiempo para pensar lo que eso significa, la imagen empieza a moverse, cruza la calle y tras bordear una esquina se interna en un callejón. Hay una escalera de incendios y la imagen se corta.

Cuando regresa me muestra un rellano. Pasillo enmoquetado que no me cuesta reconocer. Dos puertas a cada lado, me lleva lentamente a la última. Una mano enguantada se acerca a la madera, solo tiene que empujar, no la han cerrado bien. Con todas las luces apagadas, la visión es oscura, lúgubre, la imagen avanza despacio y me deslumbra la luz del televisor, distorsionada, confusa, parece vibrar arriba y abajo. La imagen retrocede, regresa por el pasillo y empieza a subir las escaleras al segundo piso. Lo hace tan despacio que el encuadre apenas se mueve. Entonces espera unos segundos en el último escalón. Una claridad vaporosa se cuele por la ventana del cuarto de baño, el espejo empañado me devuelve la proyección, borrosa e inútil, del mismísimo asesino. Me saluda.

Nos damos la vuelta y enfilamos hacia otra habitación. La persiana a medio cerrar desvela unos pies sobre la cama, no distingo el diseño del tatuaje en su tobillo. Aún más despacio, frío como un témpano de hielo, la imagen se interna en la habitación. Crystal duerme boca abajo, desnuda, la toalla de ducha apenas cubre media espalda. El asesino se acerca y muy lentamente la coge por la muñeca y le hace darse la vuelta, la mujer pierde la toalla por el camino. Su pecho descubierto sube y baja mientras su respiración se acelera. Y entonces abre los ojos.

La mano enguantada le cubre la cara, la aprieta contra la almohada. Crystal intenta forcejear, pero ¡por Dios!, no me parece suficiente. De pronto, ¿por qué se detiene? La manaza se retira de sus labios y la boca de Crystal dibuja una mueca entre la sorpresa y el espanto. ¿Por qué no corre? ¡Huye! Sin embargo no se mueve, diría que poco a poco veo formarse en su cara una sonrisa. Le habla, ella escucha y lentamente cierra los ojos, la imagen se acerca a su boca y el asesino la besa, no puedo creer lo que veo. La mano retira lo que quedó de toalla y la aparta fuera de la cama. El precioso cuerpo de la mujer inunda mis retinas, se mece, se desliza apenas sobre las sábanas blancas.

Me asombro y no sé qué pensar, a qué viene todo esto. El asesino está... Ella... La imagen se aleja, lentamente, dejándola sola, recreándose en lo que ve. Inevitablemente yo también lo hago. Las formas desnudas de Crystal, su expresión, su mirada, parecen clavarse en mis ojos y llegarme a lo más profundo.

¿Crystal conoce a Santoro? ¿Qué está pasando?

Ven, me dice con el dedo, ven. Se contonea mágica y sensual, como si supiera que la estoy observando, resulta imposible resistirse. Hasta que el cuerpo desnudo de un hombre cruza la pantalla y se tumba sobre ella.

El primer puñetazo sacude la cabeza de Crystal como la de un muñeco de goma.

Mi grito me suena ajeno, como si fuera otro al que se le acaba de partir el alma. No, por favor, ella no. Ni siquiera te juzgó. Caigo de rodillas y agarro la televisión con ambas manos, empapo el cristal de babas y lágrimas. Aquel animal se sienta a horcajadas sobre la mujer y nada la libra del chaparrón de golpes. Poco a poco, como llegando de muy lejos, mi televisión comienza a emitir la risa burlona de Santoro.

En mi pantalla gotitas de sangre estropean la almohada de Crystal como un estampado infernal. Los puñetazos son terribles, el ímpetu del asesino sacude la cama violentamente y el cabecero golpea una y otra vez contra la pared. Casi en penumbra, la claridad que vuelca la media ventana abierta es suficiente para distinguir sus brazos tatuados, sus músculos tallados en roca. Es suficiente para verle bajar de la cama, agarrar la melena de Crystal y darle la vuelta, tumbarla boca abajo con la cabeza hacia los pies del colchón y sus piernas hacia el cabecero.

La cara de Crystal queda ahora a pocos metros de mí, primer plano cruel de ojos hinchados, párpados rotos, pómulos hundidos. La sangre y los morados deforman sus bellas facciones. El asesino sale de la imagen un segundo, regresa y se sienta sobre su espalda. El borde superior del encuadre —hábil, astuto— me impide ver su cara.

Entonces tira del cabello de Crystal con la mano derecha, la obliga casi a mirarme, y con la otra levanta un cuchillo de cocina que me resulta muy familiar: es el cuchillo con el que mataron a Penny, el que jamás se encontró. El que ha matado también a Tom y a Charlie. El machete describe un arco atroz en torno a su cuello. Desgarra la carne, venas y arterias, la sangre mana como de un cántaro rebosante, vaciando a mi exnovia, sus ojos de mar se licuan como claras de huevo aguadas.

El asesino insiste. La risa de Santoro estalla. El asesino tira de la cabellera rubia hacia arriba, tira con fuerza. Veo hueso, músculo arrancado de cuajo. Con un último tirón separa la cabeza mientras el resto del cuerpo cae como un saco de paja sobre la cama. Oh, aquella risa, aquel festival de sangre. El asesino acerca el cráneo arrancado de Crystal a mi pantalla y la imagen se apaga.

* * *

Jamás podré olvidar esa cara. Nunca me quitaré de la mente, cada vez que cierre los ojos, la deformidad inhumana en que había convertido la belleza de Crystal. Me quedé paralizado frente al televisor, impotente, alienado, un horror como no había sentido acababa de pulverizar mis nervios. Acariciaba el cristal del televisor como si ella fuera a aparecer de nuevo, todavía con vida. No podía creer que aquello que había visto fuese —sí, aún hoy me cuesta decirlo— real.

El teléfono me sobresaltó, al borde del infarto. Había olvidado el motivo de mi despertar. Me abalancé sobre él y contesté sin voz, afónico, jadeante. Solo podía tratarse de una persona. Por favor, que no sea cierto. La voz de Miles Deveraux me devolvió al mundo real.

—Señor Crane —me dijo por todo saludo—. Le he llamado hace media hora, ¿dónde estaba?

—Lo siento, detective —conseguí responder, atragantándome con un balbuceo—. Estaba durmiendo.

—Bueno, no importa. Escúcheme, no se mueva de ahí, es muy urgente que hablemos enseguida —me ordenó justo antes de colgar.

—De acuerdo... —contesté distraído, ya al pitido de la línea.

No sé cuántos minutos permanecí quieto con el auricular en la mano, contemplando absorto el vacío de la pantalla del televisor. La lluvia chispeaba contra mi ventana mientras el silbido agónico del teléfono pasaba del pitido continuo al intermitente. Deveraux no me había comentado nada, ni siquiera había nombrado a Crystal. Como una prolongación de mi pensamiento, mis ojos encontraron el enchufe inutilizado, inocente. ¿Y si todo era mentira? ¿Y si aquel aparato infernal nunca se había encendido?

Colgué el teléfono y deambulé por mi salón. Había dejado de llorar, de lamentarme, ni siquiera tiritaba ni sentía escalofríos. Me había quedado pasmado,

bloqueado, mi capacidad de sentir desbordada al máximo. En la ducha, dejé correr el agua hirviendo por mis músculos crispados, porque una parte de mi corazón había sido devastada.

La duda ofende

De nuevo en comisaría. Otra vez frente a Deveraux, pero esta vez solo. El humo de su cigarro alcanzaba deliberadamente mi cara, tratando de provocarme. Lo sostenía entre los labios mientras fingía buscar algo en sus papeles y, de vez en cuando, alzaba la vista para estudiar mis reacciones. Creo que estaba tan desconcertado como yo, y buscaba en mí respuestas que yo no tenía. Seguramente me veía no solo como su único sospechoso, sino también como su única esperanza para resolver un caso que se le escapaba de las manos.

Después de colgar el teléfono había tardado un suspiro en venir a mi casa, y tras explicarme lo que yo ya sabía, me pidió que le acompañara a comisaría para rellenar un informe y firmar una declaración jurada. El caso era que desde aquella conversación había pasado ya mucho tiempo y no había tenido noticias ni del informe ni de la declaración. Simplemente me retenía en su despacho, según me dijo, mientras reunía la información que le iban trayendo y consultaba algunas cuestiones por teléfono. Llegó un momento en que ya no encontraba postura en la silla y la impaciencia me corroía como una corriente eléctrica. No sabía cuánto llevaba esperando, Deveraux revisaba sus notas y ordenaba sus documentos dándome tiempo para ponerme nervioso y cometer algún error, una presión psicológica mil veces ensayada y puesta en práctica.

Conmigo, desde luego, estaba funcionando. Me encontraba cada vez más angustiado, convencido de que estábamos perdiendo el tiempo. Lo que teníamos que hacer era coger una pala y desenmascarar la trampa de Chino para empezar a buscar al verdadero culpable. En cuanto a la televisión, sé que existen mil maneras de piratear una señal, de trastocar uno de esos aparatos.

—Tiene usted suerte, ¿lo sabía, señor Crane? —comentó Deveraux de pronto mientras examinaba una fotografía. Me la mostró de soslayo, era el cadáver de Crystal; no quise ver nada más.

—¿Suerte? —respondí con voz cansada.

Tenía frío y hambre, sí, ¿pero suerte? No lo creía. Las artimañas del policía empezaban a sacarme de quicio.

—Tiene suerte porque en ninguno de los tres escenarios de los crímenes se han podido encontrar huellas —contestó sin mirarme—. Pero me sorprende especialmente el de anoche, en casa de Crystal Svensson. Sabemos que estuvo usted con ella, pero estamos hablando de una habitación, una cama, ¿cómo demonios no va a haber huellas?

—No sé con quién se relacionaba Crystal. No soy su guardaespaldas.

—Lo sé, lo sé. En fin —concluyó con una mueca de impotencia—. Qué se le va a hacer. Ni un pelo, ni una fibra, nada.

—¿Tampoco en el cuerpo? —pregunté sin demasiada esperanza.

Deveraux negó lánguido con la cabeza.

—Nada —suspiró—. Y por amor del cielo, no me pregunte cómo es posible.

Dejó caer sobre su escritorio alguna de las fotografías. Instintivamente eché un vistazo, pero aparté la mirada enseguida y con ganas de vomitar. No, no podía ser verdad. No quedaba nada de Crystal en esas imágenes. ¿Cómo era posible que alguien fuera capaz de causar semejante destrozo, cómo, sin dejar al menos algún indicio? El detective clavó sus ojos en mí, seguía empeñado en arrancarme una confesión que yo no podría darle, aunque desde su perspectiva mi coartada debía parecer de chiste.

¿Qué me quedaba? Quizá debía explicarle las manías de mi televisión o tratar de convencerlo de que Chino me había saludado en la calle. No iba a creermelo en ninguno de los dos casos. Sin duda lo mejor iba a ser no abrir la boca.

—Usted ya sabe que anoche vi a Crystal Svensson —repetí condescendiente, era la enésima vez que lo hacía—. Y también sabe que eso...

—Sí, sé que eso no prueba nada, es cierto —dijo—. Sin embargo, aunque varios testigos aseguran haberle visto entrar en el apartamento, sus declaraciones no coinciden respecto a la hora en que salió.

—¿A qué se refiere? En algún momento tuve que volver a mi casa.

—Por supuesto, por supuesto —concedió con vehemencia como si tratara con un mocosito. Me sentí estúpido, enfadado, y me sorprendí de que su arcaica psicología estuviese surtiendo efecto conmigo—, pero unos nos cuentan que le vieron salir a una hora y otros, un buen rato después. Aunque —me miró con sonrisa afilada de hiena— estoy convencido de que podrá explicarme esta curiosidad sin ningún tipo de problema.

—Eso es absurdo —reclamé, cansado ya de jugar al ratón y al gato—. No son testimonios fiables, sino meramente circunstanciales. Quién se va a pasar las horas espionando a sus vecinos para averiguar quién entra y sale.

—Oh, se sorprendería usted.

—¿Sabe? —dije de pronto, harto de su tono burlón—, usted no tiene ni un solo argumento que se mantenga para sospechar de mí, ni siquiera para retenerme. Lo único que sabe es que estuve con ella ayer, lo cual no es un secreto, sino un dato que le he dado yo mismo. Bastante estúpido por mi parte, sabiendo que en su casa no han encontrado huellas. —Empecé a levantarme—. Así que le agradecería que hasta que no me sorprenda con un cuchillo ensangrentado en la mano no vuelva a molestarme.

—¿Se acostó usted con ella?

—¡Eso no es asunto suyo! —exclamé—. ¿Cómo puede creer que yo maté a Crystal? Por Dios, era mi amiga, ¡la quería!

Me mordí el labio y apreté los puños. El policía me miraba con media sonrisa, se estaba divirtiendo el hijo de...

—Está usted dando palos de ciego, Deveraux —continué, esforzándome por recuperar la calma—. Y yo no pienso ayudarle a enredar más la madeja. Averigüe quién supervisó la ejecución, quién dirigió el entierro. Investigue de verdad y deje de acosarme, emplee su tiempo en algo productivo y colaboraré encantado.

Sacudí la cabeza y me encaminé hacia la puerta. Aquel tipo se negaba a escucharme.

—No se atreva a darme lecciones, Crane.

Yo ya había salido de su despacho.

* * *

Un joven agente, delgado y con demasiado pelo en la cara para que me pareciese apropiado, me hizo una señal para que le acompañase.

—Han venido a buscarle, señor Crane. Sígame.

—¿Quién ha venido? —pregunté sorprendido.

—Su exmujer, señor. ¡Es Sara O'Bryan, la de la tele!

—Sé quién es mi exmujer —mascullé.

—Es una mujer imponente, señor —añadió, le miré con la duda de si partirle la cara allí mismo—. Por aquí.

Al otro lado de una pared de cristal vislumbré a Sara sentada y leyendo una revista. La verdad es que destacaba. Aunque maldita la gracia que me hacía tener que humillarme así ante ella. Escuché abrirse la puerta de Deveraux a mi espalda.

—No más paseos bajo la lluvia, espero —me dijo—. No se lo tome a mal, Crane, pero nada me haría más feliz que no volver a verle.

—A mí también, créame.

Entré en la sala de espera y Sara me saludó con una sonrisa. Mi expresión no debió ser tan amable, porque su gesto cambió de repente. Entonces regresé sobre mis pasos dejándola a medio camino de decirme algo.

—Detective —llamé.

Deveraux me observaba desde el umbral de su despacho.

—Dígame.

—¿Había pintadas en la habitación de Crystal?

El policía no se sorprendió por mi pregunta, tuve la sensación de que no solo esperaba que la hiciera, sino que estaba seguro de que terminaría haciéndola.

—Oh, sí, claro que las había —contestó con indiferencia—. Siempre las hay. Su nombre, el de Penny... Un verdadero asco. ¿Por qué lo pregunta? ¿No lo sabía?

—No, no lo sabía —respondí aturdido mientras salía por la puerta de cristal y la cerraba tras de mí—. Adiós, detective.

—Señor Crane.

Taipei

No soy un tipo coqueto, al menos entonces ya no lo era. Sin embargo, al reunirme con Sara no pude evitar sentirme abrumado, y bajé la mirada por pura vergüenza. Ella me conocía bien, sabía lo que yo había sido y no quería que me viera con ese aspecto. Sucio, descuidado, una sombra del hombre con el que hacía tanto se había casado. Me acerqué a ella azorado y no supe si darle dos besos o proteger su olfato manteniéndome a distancia. Sara, educada y elegante, siempre hermosa con su brillante melena roja y sus ojos color de mar, me estrechó la mano. Por sí sola era capaz de iluminar aquella comisaría.

Como si no supiéramos qué decir, nos quedamos parados en mitad de la sala de espera. Sentí que me analizaba, yo clavaba la vista en el suelo.

—Lamento mi... —dije al fin—. Hace días que no duermo bien y...

Ella sonrió.

—Anda tonto, vamos. No te preocupes por eso ahora —recogió del sillón su abrigo y se ajustó la bufanda y los guantes—. Ven, demos un paseo.

* * *

El parque estaba encharcado, sus senderos convertidos en tiras de barro y sus jardines en un lodazal. La lluvia castigaba los bancos de madera y los columpios como si tuviera algo contra ellos. En la plazoleta junto al lago, Sara y yo nos sentamos en el Cafè du Lac y, siendo ya mediodía, convertí mi desayuno en almuerzo. Deveraux no solo me había soltado tarde, sino que me había tenido en ayunas. En ese momento no llovía, aunque sí hacía un viento para tener en cuenta y unos espesos nubarrones avisaban de que la tregua no iba a durar demasiado.

—Qué invierno tan húmedo —comentó Sara a través de la servilleta de papel con la que se secaba los labios después de un sorbo de café—. Apenas ha dejado de llover un par de horas en, ¿cuánto?, ¿un mes?

Las copas de los abetos chocaban entre sí, desprendiéndose de sus hojas más débiles. Pasó frente a nuestra ventana un tipo de mirada desencajada que corría detrás de las páginas de su periódico, arrancadas de sus dedos por el viento. La superficie del lago empezaba a llenarse de diminutas puntas de flecha. Dentro de la cafetería sonaba un hilo musical incoherente que pasaba del pop comercial a la música de ascensor sin intervalo previo, los camareros iban de un lado a otro tratando de recoger las mesas de la terraza, que corrían riesgo de ser levantadas por los aires.

—Lo que peor llevo yo es el frío —contesté—. No consigo quitármelo de encima.

—No me extraña. Por lo visto no haces más que pasear a la intemperie, con razón nunca se te encuentra en casa.

Sonreí.

—¿Quién te ha dicho eso?

Ella me miró cálidamente. En son de paz aún me parecía una mujer deliciosa.

—Se comenta.

El camarero trajo nuestro pedido y lo dejó sobre la mesa. Sería por el hambre, pero todo parecía tener un aspecto estupendo.

—Has intentado llamarme, ¿verdad? —le dije.

—Por supuesto, y Danny también. Pero no hay manera de localizarte.

—No estoy en un buen momento —contesté seco. No quería que sonara a disculpa—. Estos días están siendo muy difíciles.

No necesité levantar la cabeza para que yo sintiera esa mirada. Tenía razón, eran días difíciles para todos y no solo para mí. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Pronto se acabará la Navidad, ya sé que no te gusta —dejó las palabras flotando en el aire mientras se llevaba a la boca un pedazo de sándwich vegetal. Yo suspiré, cansado. Ella se dio cuenta y dejó de masticar—. ¿Qué?

—Ya lo sabes, es *esta* Navidad la que es un tormento, me parece una pesadilla.

Ninguno habló durante algunos minutos, como si el frío, la lluvia o la tristeza hubieran borrado todo lo que teníamos en común. De repente no había palabras entre nosotros. De qué íbamos a hablar si todo lo que nos rodeaba era muerte.

—No me gusta que pienses eso —dijo al cabo de un rato—. Todos lo estamos pasando mal. No deberías tomártelo como algo personal.

—¿Pero qué dices? —exclamé, algunos clientes se giraron para mirarme—. No eres tú ni es Danny quien debe pasar las mañanas en comisaría.

—Tranquilízate, Marcus, no lo pagues conmigo ni montes una escena.

Seguí gritando sin darme cuenta. Mis gestos tenían que evidenciar, por fuerza, el estado desquiciado de mis nervios. La gente me miraba, pero no hice ningún caso.

—La Navidad... —continué con aire ausente—. Hace dos años me quitó una esposa y ahora se está llevando a mis amigos.

—Nuestros, Marcus. *Nuestros amigos*, no lo olvides.

Su tono severo llamó mi atención y me hizo callar. Dejó la sonrisa a un lado, tenía razón y no me había llevado hasta allí para ver cómo me compadecía a mí mismo.

—Esto te está sobrepasando, Marcus —continuó con un tono maternal que me sacaba de quicio. Parecía que después de la tregua llegaba el turno de los reproches—. Mírate. Tu aspecto es el de un hombre enfermo. No los estás perdiendo a ellos, ¡te estás perdiendo tú!

Me separé de ella molesto, una vez más volvía a dar en el clavo.

—Vamos, Sara. Tú no sabes lo que es hablar con una persona una noche y enterrarla al día siguiente. Encontrarla descuartizada en un mugriento callejón, en un

aparcamiento o en su propio dormitorio. Sufrir visiones a todas horas, pesadillas... Súmale la presión de un detective obsesionado con enchironarme. Claro que me estoy volviendo loco.

Hundí la cabeza entre las manos en un arrebató de impotencia y desesperación. Me sentía agotado, exhausto psicológicamente. Sara se limitaba a mirarme, ¡cómo saber qué pensaba al verme! Supuse que intentaba ponerse en mi lugar, comprenderme, la imagen que le daba de mí se oponía demasiado al Marcus que ella había conocido.

—Ya no me quedan fuerzas, Sara...

—Es un asunto policial, Marcus —dijo poniendo su mano sobre mi brazo—. Déjase lo a ellos. Si alguien trata de hacerte daño, la policía lo encontrará. Por favor, hazme caso, nos tienes muy preocupados.

—¿Te preocupas por mí? —le respondí sin pensar. Un impulso demasiado infantil, un tono sarcástico demasiado hiriente.

Qué imbécil fui. Sara apartó su mano, dejó de mirarme y se movió hacia atrás en su silla.

—No me marché por gusto, Marcus. Tú me echaste —respondió fría como un bloque de hielo—. Te alejaste de mí cuando llegaron los problemas, te encerraste y no me permitiste entrar. Huiste.

Apreté los labios y bajé la mirada. ¿Tenía razón? ¿Pude haberlo hecho de otro modo? Aún no lo sé.

—Por eso, aunque existan barreras entre nosotros, no puedo permitir que lo repitas ahora. Todos necesitamos a los demás y tú no eres una excepción.

—Pero no puedo, Sara. No puedo porque tengo miedo. Miedo de acercarme a la gente. —La miré directamente a los ojos, sentí cómo algo se estremecía dentro de su cuerpo.

—¿Qué?

Me incliné hacia ella, no quería decirlo en voz alta.

—La gente a la que me acerco muere.

Ella me miraba fijamente y meneó la cabeza.

—Estuve casada contigo nueve años, Marcus, no digas memeces.

—Es la verdad —protesté—. Aunque no sé cómo explicártelo para que me creas.

Buscó al camarero con la mirada y con un gesto le pidió la cuenta. El color de las nubes ya empezaba a ser preocupante. Las tímidas gotas que salpicaban el lago habían ido cobrando brío y espantaron a los patos.

—Nos vamos —dijo—. He de hacer algunas llamadas. Después, podríamos pasar la tarde juntos.

Alcé las cejas sorprendido, sin embargo la sensación de alivio fue todavía mayor. Quedarme con Sara me tranquilizaba, de algún modo, me pareció una idea excelente. Peligrosa pero excelente. Decidido a no meter la pata y desatar un apocalipsis, acepté de buen grado.

—Necesitaré pasar por mi apartamento, al menos para ducharme y coger ropa.

Ella negó con la cabeza.

—Déjalo, en mi casa tengo aún cosas tuyas, ya te cambiarás allí.

Se levantó y empezó a recoger su bolso. Yo la seguía viendo bellísima, cómo podía ser posible después de todo lo amargo, de todos los gritos, de tantos reproches. Tal vez precisamente por esa confianza, sentí que era la única persona en el mundo a la que verdaderamente podía confesar mi miedo. La única que me entendería.

—Sara. Yo sé quién es el asesino.

No me escuchó. Ya estaba saliendo de la cafetería hacia el parque.

* * *

Sara vivía en un ático cerca del centro, se ve que la nómina en televisión daba para algo más que lo que ganaba en la fiscalía. Acabábamos de entrar cuando recibió la llamada de Danny, que al parecer llevaba un buen rato intentando localizarnos a alguno de los dos. Aproveché que ella hablaba por teléfono para recrearme en la elegancia de aquel apartamento, decorado con un gusto exquisito, impecable, tuve que admirar el cariño que había dedicado a construirse un hogar ideal. Sonreí complacido y orgulloso. Como le dije al llegar, no todos los días se entra en la casa de la gran Sara O'Bryan.

—La gran Sara O'Bryan no existe —me contestó. Hubiera jurado que percibí un tono triste en su voz—, es un invento para aumentar los índices de audiencia.

Se quitó el abrigo y, tras colgarlo en un perchero, se internó en un pasillo tan largo que la perdí de vista.

—Danny vendrá a cenar con nosotros —me explicó desde algún lugar más allá. Regresó vestida con una camiseta de tirantes y un pantalón de seda púrpura—. Dice que tiene que hablar contigo.

Asentí desde la ventana. La ciudad entera parecía esconderse bajo la bruma. La cortina de lluvia ocultaba edificios y colinas, difuminaba el asfalto de las calles desiertas. Empezaba a saciarme la manera en que el agua recorría incansable las cristaleras, su olor, su frío. Me aburrían los relámpagos. Deseaba poder pestañear y, al abrir los ojos, encontrarme en un lugar completamente diferente. Muy lejos de aquella macabra tristeza. La tormenta tomaba forma y prometía ser memorable. Escuché la voz de Sara como el lazo que me devolvió al presente.

—Por lo visto Dan ha estado investigando y ha encontrado algo que puede ser útil para el caso.

—Él tampoco se cree mi teoría sobre Santoro, igual que tú —musité convencido.

—No es que yo no te crea —me dijo—. Pero es demasiado...

—¿Estúpido?

Sara chasqueó la lengua y dibujó un mohín de disgusto. Aun así se asomó junto a mí a la ventana.

—No lo sé —contestó—. Quizá estúpido no, solo raro. Pretendes apostar por un error en la ejecución de Santoro. ¿Quién está entonces en esa tumba?

Encogí los hombros.

—Bastaría con abrir...

—Sé sensato, Marcus. Tú sabes lo complicado que es exhumar un cadáver, la cantidad de permisos que hay que pedir. Ningún juez se meterá en ese jaleo por Chino, suponiendo que alguno te haga caso.

Una vez más tenía razón. O al menos la forma en la que decía las cosas parecía sensata. Eso le había hecho escalar posiciones en los índices de popularidad y audiencia. Me limité a suspirar y sentarme en el sofá. Ella se sentó a mi lado y tomó mi mano entre las suyas. Dios, hacía años que eso no ocurría. Su tacto me provocó un escalofrío.

—Entretanto Richie sigue suelto, preparando su siguiente ataque —dije—. Puedes ser tú, Sara, o yo.

Mi exmujer torció el gesto.

—No digas eso, Marcus. Además, piensa lo improbable que...

Protesté, y no me importó que Sara lo notara. Le había visto dos veces, había hablado conmigo. No, no tenía duda, Santoro estaba vivo. Noté de pronto que estaba incómoda, se levantó y conectó el equipo de sonido. Empezó a sonar música clásica, aunque no me pregunten cuál, no distinguiría un Chopin de un Pachelbel aunque me lo pusieran delante. Sara regresó junto a mí e interpretó mi mirada.

—Beethoven —dijo.

Gracias, ha faltado poco.

—Hagámonos un favor y durante un rato dejemos a un lado ese tema —propuso con una sonrisa—. Deberías estar contento, mañana sale tu libro y va a ser un gran éxito.

—Yo solo espero haber hecho un buen trabajo y que el retrato de uno de los asesinos más terribles que este país ha conocido sirva para concienciar y evitar que cosas así vuelvan a repetirse.

Acarició mi brazo con un gesto cariñoso.

—Seguro que será un bombazo.

—Sí, bueno —respondí sin demasiada emoción, observando su mano en mi antebrazo—, pero ojalá no hubiera tenido que escribir esa maldita novela. Aún no se ha publicado y ya hemos empezado de nuevo.

—¿Podría tratarse de imitadores?

Ya no sonreía. Yo también me preguntaba cómo habíamos vuelto al mismo asunto. Meneé la cabeza, ya no estaba seguro de nada.

—Es una de las hipótesis. La fidelidad de estos crímenes a lo sucedido en Lullaby Hills, la repetición de detalles que nadie publicó entonces... Quizá mi manuscrito

haya inspirado a algún imbécil.

—No seas idiota, Marcus —protestó. Se inclinó para mirarme de frente. Sus ojos verdes volvían a hechizarme como siempre, sus formas bajo la camiseta me trasladaron a una época diferente, me hicieron notar que esa era la primera vez en años que pasábamos tantos minutos sin lanzarnos nada a la cabeza—. No voy a permitir que pienses así. Tú no eres responsable de esto. Hiciste un gran trabajo logrando que frieran a ese hijo de puta y pagaste con creces todo ese esfuerzo. Serás culpable de muchas cosas, Marcus, pero cargar sobre tu conciencia con estos crímenes ya es pasarse.

Quizá Sara tenía razón, o quizá solo me gustó oírlo. Me recosté en el sillón y solté el aire lentamente.

—Deveraux opina que los asesinatos favorecerán las ventas del libro. Es uno más de sus argumentos para implicarme.

—A menudo Deveraux se comporta como un capullo —sentenció ella confirmando mis sospechas—. Pero también es un gran policía.

Me sorprendió su firmeza.

—¿Le conoces?

—Ha colaborado alguna vez como experto en mi programa. Confía en mí, si hay alguien capaz de encontrar al responsable de estas atrocidades, ese es Deveraux.

No pude disimular un gesto de escepticismo. Ojalá no te equivoques.

—Espero que mientras se empeña en acorralarme a mí no esté dejando de lado las pistas realmente importantes.

Sara me observaba con media sonrisa. De pronto se incorporó y me plantó un beso en la frente.

—Ya lo verás —me dijo.

Aquel beso me conmovió. Cálido, dulce, me reconfortó, no sé cómo explicarlo. Me hizo sentirme respaldado. Como si por primera vez en muchos años comprendiera que no estaba solo.

—Anda, y ahora vete a la ducha. Yo prepararé un asado antes de que llegue Danny. Hoy cenarás como Dios manda.

—¿Una ducha? —Cuánto la necesitaba—. Pero no tengo ropa limpia.

—Ya te dije que yo tendría algo. Vamos, te lo dejaré en el baño junto a una toalla limpia. Si quieres afeitarte, hay cuchillas en el armario.

Se levantó y de nuevo se internó por aquel pasillo que a mí me parecía kilométrico. Enseguida desapareció de mi campo visual, pero por un segundo la imaginé tan bella, balanceando elegante las caderas, su pijama de seda rozando su piel con el movimiento. Como si la tuviera aún delante, vi su melena rojiza, sus rizos de fuego. Pude saborear su olor a pesar de la distancia. Me llevé los dedos al lugar de mi frente en que había caído su beso. Todavía sentía su tacto. Comprendí que la deseaba más que a nada en el mundo, pero también que la posibilidad ya no me pertenecía.

Abandoné el sillón y me metí en la ducha.

* * *

El agua caliente llenaba el cuarto de baño de vapor, podía sentirla como si dibujara llagas en mi piel. Deslicé por mi cuerpo una pastilla de jabón y me lavé la cabeza. Juro que me picaba todo el cuerpo. Intenté afeitarme con una de las cuchillas de Sara, pero creo que solo conseguí desollarme la cara con aquellos tirones de pelo. Después de varias semanas de dejadez, tenía demasiada barba. Salí de la ducha vestido con un chándal que ya me quedaba pequeño antes de pasar los últimos dos años de mi vida sin hacer ejercicio. En la cocina Sara ya había metido el asado en el horno y había hecho café.

—¡Vaya! —se asustó al encontrarme a su lado de golpe—. Qué guapo estás.

Encima riéte.

Sonrió ante su propio comentario y cogió la bandeja con dos tazas de café para llevarla al salón. Se manejaba bien en aquel rol de anfitriona. Yo debí franquearle el paso, no sé qué me pasó, me quedé bloqueado y no me aparté para que pudiera salir por la puerta. Me miró, nos miramos. Fruncí el ceño, confuso.

—¿Te parece si...? —me dijo, indicándome con un gesto que me retirara. No sonreía, entornaba los ojos, miraba mi boca.

—Sí, claro, disculpa.

—No pasa nada —sonrió.

* * *

La música del piano continuaba llenando el salón. Mientras dejaba la bandeja sobre la mesa le pregunté qué era lo que oía. El *Claro de luna*, me dijo. Por supuesto, sabía que la conocía. Su melancólica belleza me devolvió al tiempo en que todavía no había tormenta, no se había desatado la guerra entre nosotros. Tantos años después, las notas dolían al volver a unirnos. No hablamos ni nos miramos mientras duró el café. Escuchamos, solo escuchamos. Como si la música tuviera el poder de recordarnos olores y lugares, palabras pronunciadas y abandonadas en el limbo inalcanzable del tiempo. Fui un idiota.

—Hacía mucho que no probaba tu café —le dije. Ella sonrió—. Cuando todo esto acabe y Deveraux me dé un respiro, me gustaría volver al Refugio. Me preguntaba si te apetecería venir conmigo. Tal vez podríamos hablar.

Ella dejó su taza sobre la mesa. No me gustó su expresión. Supe que había dicho más de la cuenta.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—El Refugio otra vez, Marcus —contestó—. Por qué necesitas eso. Por qué aislarte, por qué recluirte. Yo tengo mucho trabajo aquí, y por supuesto que no puedo irme. Pero ¿por qué no te quedas tú? Cuando esto haya pasado, podrás rehacer tu vida. Con Danny, conmigo...

—¿Contigo?

Noté su zozobra.

—Ya me entiendes.

Claro que sabía a qué se refería. Aunque me doliera, ella ya estaba lejos de mi alcance. Dejé la taza sobre la mesa y me recosté de nuevo.

—No sé si seré capaz de olvidarlo fácilmente.

—¿El qué?

—A Santoro. Su voz, su risa, su imagen matando a mis amigos.

—No sigas con eso, Marcus —replicó con tono aburrido—. No resuelves nada obsesionándote con sueños y pesadillas. No digo que no vieras lo que dices que viste, ni que no oyeras lo que dices que oíste, solo que no dejes que te absorba o estarás repitiendo un error que ya pagaste en el pasado.

Nos quedamos en silencio, mi mirada perdida en mis propias manos, la suya buscaba en mí un poso de la humanidad que conocía. Se acercó hasta rozarme, sentir su calor, solo eso, fue la mejor medicina que pudo darme.

—Tengo miedo, Sara —confesé con voz entrecortada—. Tengo miedo por mí, pero también por ti, por Danny, por los demás. Le he visto, no son imaginaciones. Escúchame. No entiendo cómo, pero Santoro está aquí, he hablado con él. Se está vengando, Sara, se venga de mí a través de la muerte de mis amigos.

—Ven aquí —tiró de mi sudadera hacia ella y me estrechó entre sus brazos. Mi cabeza reposó en su pecho como si no hubiera un abismo entre ambos. Tal vez por esa certeza, ni siquiera su abrazo consiguió maquillar del todo el pánico.

* * *

Minutos después me encontraba solo acostado en el sofá, ella se había marchado a atender el asado mientras yo veía distraído un programa de televisión, uno de tantos concursos. Me encontraba mejor, más calmado. Mientras contemplaba al presentador hacer la vida imposible a sus concursantes con preguntas rebuscadas, aunque estuviera a diez metros de mí ya la echaba de menos. Supe que no quería volver a separarme de ella, y me hundió en la tristeza saber que sería imposible. Como si leyera mis pensamientos, regresó conmigo al sofá. Se sentó a mi lado, casi sobre mí, y recostó su cabeza en mi hombro. Besó dulcemente mi cuello y guardó silencio.

—Taipei —dijo pasado un rato—. La capital de Taiwán es Taipei.

Respuestas

—Siento llegar tarde —todo estaba ya preparado en la mesa cuando un jadeante Danny Deacon cruzó el umbral del ático de Sara.

El aspecto demacrado de mi amigo era más propio de mí que de él. Sudoroso y hambriento, nos contó que llevaba horas trabajando sin parar, encerrado en despachos de poca luz y sobreviviendo gracias a cafés calientes y sándwiches fríos. Se le notaba la falta de sueño, unos horribles surcos azulados parecían querer tragarse sus ojos, pero a pesar de todo, aunque se le veía nervioso, su abierta sonrisa no abandonaba su rostro.

—Chico, pareces hecho polvo —dije, burlándome de él.

—Tú también tienes buen aspecto —respondió siguiendo mi broma.

Encontré a Dan realmente extraño, pensativo. Se dejó caer en la silla sin disimular un suspiro de alivio y se aflojó el nudo de la corbata. Felicitó a la cocinera por lo bien que olía el asado y después bebió un trago de vino que, por su expresión, tuvo que ser lo primero decente que se llevaba a los labios en muchas horas.

—Pues si ya estamos todos, no hay razón para demorar más la cena —anunció Sara—. ¡Que aproveche!

La mesa de cristal era demasiado pequeña, pero el asado de Sara estaba exquisito.

—Me alegro de estar aquí —comenté alzando mi copa—. Lástima que no haya mucho que celebrar.

Sara sumó su copa a la mía.

—Celebremos que por primera vez en muchos años nos hemos reunido y que nosotros tres, juntos, podemos hacer frente a todo.

Sara tenía razón. Ella, Danny y yo habíamos formado durante años nuestra pequeña familia. De hecho, ellos *eran* mi familia. Aunque en aquel momento la reunión tuviera más que ver con callejones oscuros, aparcamientos desiertos y alcobas ensangrentadas. Danny hizo un ruido con la boca y llamó nuestra atención. Se refrescó con un trago de vino y levantó su copa. Un par de gotas cayeron sobre el mantel como minúsculas lágrimas de tinta.

—De hecho, quizás sí que tenemos algo que celebrar —dijo—. Todavía no me habéis preguntado qué he estado investigando. Te interesará, Marcus. Es sobre Richie.

Bajamos las copas.

—Déjanos cenar tranquilos sin sacar ese tema —rogó Sara.

—Esta vez será diferente.

Sara y yo nos miramos con curiosidad. Volví a caer en esos ojos, en esa sonrisa apenas dibujada. Eché la culpa al vino, pero sentí que todavía seguía enamorado. Que

no había dejado nunca de estarlo.

—Está bien, ¿qué has descubierto? —pregunté.

—He estado buscando en el archivo de la fiscalía.

No me apetecía, no me apetecía en absoluto volver al mismo escenario. Recordar, sumergirme de nuevo en ese mundo. Llevaba semanas enteras dentro y no conseguía deshacerme de su olor.

—¿El archivo? ¡Pero esos datos son confidenciales! —exclamó Sara—. ¿Cómo has conseguido acceder a ellos?

El archivo del edificio de los juzgados era una especie de biblioteca inmensa donde se almacenaban los informes policiales de los casos cerrados o que habían prescrito. Guardaba, en definitiva, toda la documentación posible sobre algunos de los sucesos más importantes de la historia reciente del Estado, algunos de acceso restringido, otros directamente clasificados. Si existiera una prueba que pudiera aclarar la verdad, tenía que estar allí. Eso demostraba, primero, que Danny había conseguido poco menos que un milagro y, segundo, que si había encontrado algo debía de ser extraordinariamente importante.

—Digamos que el amigo del amigo de un amigo me debía un favor.

Se aclaró la garganta antes de levantarse a por su maletín y ponerse a buscar unos documentos.

—Amigos —anunció—, si consigo confirmar mis sospechas, dejaremos de preocuparnos por fantasmas. —Se giró hacia mí—. Y Deveraux no volverá a molestarte.

—Pues será mejor que empieces rápido.

—Cierto —arrancó Danny, colocándose las gafas—. Situémonos al final de las navidades de hace dos años, últimos días de 1998. Bien. Los tres intervinimos en el proceso que sirvió para condenar a Santoro, pero poco sabemos de él a partir del momento en que fue encarcelado, a la espera de su ejecución un año más tarde. Pues es en esos casi trece meses en los que he centrado mi investigación.

Sara y yo asentimos animándole a continuar. Todos nuestros sentidos estaban enfocados en lo que prometía ser la revelación más importante de nuestras vidas. Dan empezó a sacar papeles y colocó una carpeta de cartón a un lado y una serie de fundas de plástico al otro.

—Esto es lo que he descubierto en el archivo a partir de un montón de documentos confidenciales entre informes, declaraciones y otra documentación reservada acerca de Santoro y de las personas que, de uno u otro modo, se relacionaron con él mientras estuvo dentro. Me refiero a celadores, asistentes sociales, psicólogos y hasta el cura que le atendía espiritualmente.

Hablaba demasiado rápido, atropellado por la emoción. Parecía muy nervioso, se colocaba con frecuencia las gafas, en un tic inconsciente que me ponía de los nervios. Cuando terminó de organizar los papeles en el orden en que pensaba utilizarlos, continuó.

—Empecemos. En primer lugar, los guardias de la prisión coinciden en que su comportamiento fue el peor que jamás habían conocido. Organizaba peleas, disturbios, tanto en el comedor como en el patio o en los pasillos, incluso dentro de su propia celda. Pasó tantos días en aislamiento que algunos de los presos que coincidieron con él apenas llegaron a conocerle. Según relataba un guardia, si por ellos hubiese sido, le hubieran ejecutado mucho antes.

—Menudo angelito —susurró Sara.

—Pues eso no es lo más importante —continuó Danny alzando un dedo—. Resulta que en aquella prisión, como en muchas otras, los reclusos comparten celda por parejas.

—Así que Chino tenía un compañero —intervine sorprendido, pero muy lejos de medir todavía la magnitud de lo que eso significaba.

—Exacto. E inevitablemente este fue el hombre más afectado por el contacto con Santoro.

Dan se detuvo para pasar varias hojas de su informe, las colocó en otro montón y repasó de un vistazo las siguientes. Entonces sonrió satisfecho, se colocó con un dedo las gafas que comenzaban a resbalar por el alargado puente de su nariz y, tras carraspear, continuó leyendo.

—Según las entrevistas a los guardias, Chino pasaba horas charlando con su compañero en voz baja, casi susurrando. Como el líder de una secta, le inculcaba sus propias ideas, se adueñó de su mente. Cuentan que el sufrimiento de este pobre diablo era tal que más de una noche se le escuchaba llorar mientras Santoro le hablaba. Tanto poder ejercía Richie sobre él y era tal su dependencia que dicen que parecía su sombra. Empezó a vestir como él, a moverse como él. Incluso llegaban a confundirlos.

Sentí todo mi cuerpo tambalearse como un edificio a punto de ser derribado.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Sara.

—Esto es lo más curioso y lo más importante de todo, ya que se trataba también de un joven de origen puertorriqueño, amante de los tatuajes y de compleción muy similar a la suya. Había sido detenido dos años antes por un robo a mano armada en el que, según él explicaba, la pistola que llevaba para asustar al encargado se disparó accidentalmente. No se pudo probar el homicidio involuntario y fue condenado a muerte. Cuentan que cuando entró era un muchacho tranquilo, triste y asustadizo. Cuando salió era la viva imagen de Santoro.

Sara y yo nos quedamos sin habla. Danny no nos dio respiro.

—La personalidad de su nuevo compañero de celda le arrolló y se lo llevó por delante. Su actitud, su apariencia, su trato, cambiaron por la influencia de Richie. Empezó a copiar sus gestos, se convirtió en un imitador perfecto.

—Un imitador... —repetí.

—¿Cómo se llamaba ese pobre desgraciado? —preguntó Sara.

—¿Su nombre? —Danny sonrió, y su mirada no me gustó en absoluto—. Su nombre era Raimond Santana.

Sentí las náuseas invadir mi garganta. El parecido era tremendo, incluso en el nombre. Me odié por no haberme enterado de esto a tiempo, pero la respuesta era sencilla: no me habían informado porque yo mismo elegí evadirme de ello. ¡Dios santo! La expresión de Sara se parecía a la mía. Me miraba sin disimular su miedo porque Dan aún no había terminado.

—Marcus, lo que te voy a decir... No quiero que te altere ni que dejes que te afecte.

Le miré conteniendo el aliento, ¿a dónde quería llegar?

—Durante el año que estos dos clones convivieron en la celda, Chino se encargó de transformar a Santana a su imagen y semejanza, convertirlo en un monstruo tan perverso y macabro como él. Le infundió su violencia, su maldad, su odio visceral, su rencor contra el resto del mundo y, sobre todo, hacia una persona —solo me miró, no necesitó nombrarme—. Varios guardias afirman que no era raro escuchar voces en su celda, cánticos incomprensibles, tu nombre... Asustaban a los demás presos, a los vigilantes. Reían, reían sin cesar como desquiciados.

Dan guardó silencio para beber un trago, creando sin quererlo un vacío tenso que el repicar de la lluvia en el cristal solo amplificaba. Noté que me temblaban las manos. Otro Santoro, me repetía. Otro.

—Danny, esto es terrible —susurró Sara, tan asustada como yo—. Pero aun así, considerando a Santoro muerto y a Santana, que sepamos, en prisión hasta que lo ejecuten, ¿qué influencia tendría en los asesinatos actuales?

—Es que Santana podría no estar en prisión —respondió Danny—, aunque sobre este punto aún no he encontrado una prueba definitiva.

Creo que mi corazón se detuvo un segundo en ese instante. No, no podía ser cierto. Sentí el peso de mis brazos desplomándose contra mis costados.

—¿A qué te refieres? —interrumpió Sara.

—Es posible que uno de los dos esté todavía vivo y libre.

—¿Uno de los dos? —exclamé. Mis ojos querían bucear en esos papeles—. ¿Cuál?

—Cómo es posible... —murmuró Sara, mordisqueándose el labio.

—Por lo que he encontrado me atrevo a formular dos posibles teorías —nos miró un segundo y volvió a colocarse las gafas—. En primer lugar, existe un hecho contrastado que por su gravedad no se hizo público en su día, aunque resulta fundamental para nosotros: dos meses después de la ejecución de Santoro se produjo una fuga múltiple en la prisión. En ella se vieron envueltos cinco presos, dos de ellos fueron detenidos al momento y un tercero abatido mientras huía a través del bosque. Sin embargo, los otros dos consiguieron alcanzar el río y están, todavía hoy, en paradero desconocido.

Sara y yo tardamos unos segundos en regresar a la realidad. Jamás habíamos oído hablar de algo así. ¿Cómo se las habían arreglado las autoridades para ocultar un suceso de tal magnitud? Dos presos huidos, perdidos en un laberinto de bosques, imposible dar con ellos. Conozco esa zona, si consiguieron llegar al río, podrían estar en cualquier parte. Sara no pudo aguantar por más tiempo formular la única pregunta pertinente.

—¿Quiénes eran, Dan? ¿Quiénes lo lograron?

Danny dejó los papeles sobre la mesa y se tomó un respiro antes de contestar. Estaba cansado, se frotó el puente de la nariz entre los ojos.

—En el único informe que he encontrado que haga referencia a la fuga los nombres de los implicados se indican, por seguridad, solo con iniciales.

Danny suspiró.

—Según este documento, entre los cinco fugados hay uno cuyas iniciales son R. S.

—Raimond Santana —susurró Sara leyendo mi pensamiento—. ¿Crees que es uno de los dos que lograron escapar?

—Es una posibilidad, pero tengo que seguir investigando. No lo sabremos hasta que me confirmen sus nombres y cómo acabó su aventura.

—Entonces tal vez Richie instruyó a su esbirro para que consiguiera salir y consumara su venganza por él —dijo Sara—. Quizá la huida estaba preparada de antemano.

—No sé, no sé... —apuntó Danny, más cauto—. Ya te digo que es una posibilidad, pero por ahora solo es eso. Aún tengo que revisar más datos e informes hasta confirmar el nombre.

—¿Has comprobado que Santana no está en prisión?

—He pedido el listado de presos y el de las ejecuciones llevadas a cabo en el último año. Me llegarán de un instante a otro.

Aplaudí su iniciativa. Entonces recordé algo.

—¿Cuál es tu otra teoría, Dan?

Me miró fijamente, noté en su cara que no le hacía gracia contestar. Tomó aire despacio, su expresión me preocupó.

—Marcus, por mucho que Chino convirtiera a Santana en un calco de sí mismo, me cuesta creer que lo hiciera tan bien como para que aquel alfeñique fuera capaz de cometer sus mismas atrocidades.

Me mordí la lengua para mantener el silencio. Mi cerebro quería llegar a donde Dan proponía, pero era demasiado lejos, demasiado oscuro, demasiado retorcido.

—Sugieres que... —participó Sara.

—Un cambio —dije. Dan no apartó sus ojos de mí. Sara se llevó la mano a la boca—. Crees que Richie le preparó para ocupar su lugar.

Perdimos el habla. Me levanté y empecé a pasear por el salón con el horror arañándose por dentro. Me imaginé a Santoro disfrazando a Santana, a este

engañado en la silla eléctrica, Ricardo escapándose. Sin decir nada me fui hasta el baño.

—La clave es saber quién se fugó de la prisión —escuché a mi exmujer.

Vomité. Caí de rodillas junto al inodoro, lo abracé llorando. La peor de las pesadillas tenía todo el aspecto de estar convirtiéndose en realidad. Me mojé la cara, dejé correr el agua por mi piel y mis párpados cerrados. Respiré profundamente; cuando abrí los ojos Ricardo Santoro me estaba mirando desde el espejo. Empezó a reír, a reír cada vez más fuerte. Me estremecí del susto, creo que grité, golpeé el chorro de agua salpicando el espejo y, cuando volví a mirar, las gotas sobre el cristal deformaban mi propio reflejo desencajado. Santoro había desaparecido.

Después de secarme y de esperar varios minutos hasta recuperarme, regresé al salón y volví a la mesa. Por suerte no me habían oído, pero me miraban con una mezcla de expectación y ternura. A fin de cuentas, quizá yo tenía razón, aunque lo único cierto entonces era que estaba aterrado. Visceralmente aterrado.

* * *

No volvimos a hablar en un buen rato. Sara permanecía a mi lado pensativa, ordenando la información, procesándola. Se levantó para conectar otra vez el equipo de música y regresó a la mesa con una segunda bandeja de café. Esta vez sus labios se apretaban en una única línea. Bueno, pensé al mirarla, como había dicho Danny, de ser cierta alguna de sus teorías ya no íbamos a tener que preocuparnos por fantasmas. Porque todo ese miedo iba a ser muchísimo más real.

Dan no solía tomar café y ese día llevaba ya unos cuantos. Observaba como ausente el remolino que se formaba al girar la cucharilla. Él también estaba asustado. Aunque no lo confesaba, la posibilidad de volver a enfrentarse a Chino le hacía sentir frágil. Solo quería que pasaran rápidas las horas y le confirmaran que Raimond Santana seguía en prisión o que había muerto dentro de ella. Eso no resolvía el misterio de quién estaba repitiendo los crímenes de Chino, pero entonces sería a Deveraux a quien le tocara averiguar la verdad.

Mi amigo se bebió el café de un sorbo y nos informó que regresaba a la fiscalía. Debía seguir investigando hasta salir de dudas. Entonces nos llamaría.

Nos despedimos de él y nos volvimos a quedar a solas. Preocupado y escaso de fuerzas, Danny Deacon tomó su maletín y le perdí de vista por última vez.

Claro de luna

La puerta se había cerrado tras los pasos del abogado, pero los ecos de sus palabras seguían entre nosotros. Me apoyaba en el quicio de la ventana, escuchando la música, con la cara muy cerca del cristal contra el que rebotaban las gotas de lluvia como si intentaran alcanzarme. Observaba la oscuridad, paseaba la mirada entre los reflejos azulados del agua en el asfalto y contemplaba los destellos de las farolas que parecían luchar contra el diluvio convertidas en dientes de león. Quizá pudiera soplarlas y hacer volar sus haces de luz.

Mis energías también estaban al límite, desfallecido física y mentalmente. El frío y el miedo habían conquistado mis últimas cumbres, era suyo. Como si todo me diera ya lo mismo. Me acurruqué en el sillón y cerré los ojos, solo quería desaparecer, desvanecerme.

Sara estaba recogiendo las cosas de la cena. Sentía una tremenda necesidad de abrazarla. Miedo, duda, un profundo presentimiento de que la pesadilla estaba llegando a su fin. Un final que no tenía visos de ser feliz. Pensé que el calor de su cuerpo me serviría de bálsamo igual que en aquellos días lejanos, pero cuando llegué a la cocina no tuve el valor de acercarme. Estaba asustado y ella también, se giró al oírme llegar y me sonrió con dulzura. Yo fui hacia ella y entonces sí la abracé. Sentí su piel estremecerse, pero apenas fue un momento, lo poco que tardó en soltarse. Terminamos de recoger y nos sentamos en el sillón a esperar la llamada de Danny.

La música enredó nuestros pensamientos. Richie, Danny, Santana, quien demonios fuera. Observé cómo mi mano derecha temblaba sin remedio. Ella la sujetó con cuidado y la apoyó en su regazo. Mis ojos se encontraron con los suyos, ese verdor, esta vez amigo, que había olvidado.

Subió mi mano por su cadera, bordeó su blusa y la apoyó bajo su cuello. Aquel tacto tibio detuvo mi temblor. Me miraba y cerró los ojos. Los abrió y vi las lágrimas. Estaba asustada, pero sonreía, descendió un poco más mi mano. Me acerqué a besarla y para mi sorpresa sus labios recibieron a los míos. Supe que no querría volver a dejarla, pero dudé de que ella realmente quisiera.

Me besó, la besé, en verdad daba lo mismo. El tiempo se detuvo y como si no hubiera transcurrido desde la última vez, nuestras bocas se encontraron, se redescubrieron. Volví a sentir su piel rozarme, su nariz acariciar mi mejilla, su lengua jugar con la mía. No hizo falta enamorarse de nuevo, solo recordar cómo se hacía.

* * *

Minutos después, en su cama, salí de debajo de las sábanas de seda solo para volver a besarla. La tenue luz que se filtraba por la persiana veneciana de su dormitorio envolvía nuestros cuerpos desnudos. Desde el salón un piano marcaba el compás de nuestras caricias, el roce de sus dedos me hizo olvidar, o mejor, esconder los terrores vividos durante las últimas semanas. Apartaron de mí el frío.

Hicimos el amor despacio, rápido, lento, nos recorrimos como siempre, como nunca antes, la primera vez tras muchos años, como si fuera la última de nuestras vidas. Tras el piano el silencio nos encontró dormidos, mi pecho contra su espalda, mi abrazo en su cintura, mi cara enterrada en su pelo. Buenas noches, amor, gracias por devolverme la vida.

Lo siento.

Venganza

No conseguía dormir. Dibujaba con un dedo senderos invisibles sobre la piel de Sara cuando nos sobresaltó el teléfono. Solo podía ser Danny. Estiré el brazo por encima del cuerpo de mi exmujer y levanté el auricular.

—¡Marcus! —gritó Dan al otro lado—. ¡Necesito verte ahora, es urgente!

Su tono de voz me asustó. Solo podía significar que había encontrado algo importante en el archivo. Sara se giró despacio, desperezándose. La sábana blanca apenas la cubría mostrándome el lienzo claro de su piel. No, no debía pensar en eso ahora.

—¿No me lo puedes contar por la mañana? —le pregunté, por nada del mundo quería alejarme de ella ahora.

—No seas capullo —nunca le había escuchado tan nervioso—, ¿no me has oído que es urgente?

Sara se estremeció y la sábana descubrió su pecho.

—Cuéntamelo por teléfono, entonces —le dije, intentando ganar tiempo para pasar un minuto más con ella.

—No puedo, Marcus, ¡escúchame! Todavía estoy en la fiscalía y no pienso hablar de esto aquí. Tenemos que vernos ya.

Al comprender quién llamaba, Sara tomó mi mano libre entre las suyas y besó mis dedos. Los mantuvo contra sus labios mientras me miraba preocupada.

—Pero Dan, ahora estoy con Sara y...

—¡Escúchame, quiero que salgas de ahí ahora mismo!

Vaya, pues no me dejaba mucha opción.

—Está bien. Dime dónde.

—El parque del lago estará bien. A esta hora no habrá nadie, es muy importante que hablemos cuanto antes. Te veo ahí en media hora. ¡No faltes!

Colgó. Me quedé mirando a Sara tembloroso, de repente volvía a tener frío. Ella me miraba desde la cama mientras yo me vestía.

—¿Quieres que te acompañe?

Sonreí con ternura y me incliné para besarla en la boca, el párpado, el lóbulo de la oreja, el cuello.

—No —le dije—, aquí estarás más segura.

* * *

Hoy me he despertado asustado, incómodo, tumbado en el suelo. Ha debido ser una pesadilla horrible, aunque por más que lo intento no consigo recordarla. Al abrir los ojos me ha sorprendido que Sara no esté, he despertado solo y además en mi casa. Ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí. Tengo un tremendo dolor de cabeza.

Me esfuerzo por recordar, pero es inútil. Como en la peor de las resacas, las imágenes todavía no acuden con nitidez a mi mente.

¿Qué demonios hice anoche? ¿De quién es esta ropa que llevo puesta? Estoy empapado y me duele todo el cuerpo. Quiero ir a la ducha.

A duras penas he conseguido ponerme de pie y una arcada como una patada en el vientre me lleva al borde del vómito, pero aunque me rompo el pecho solo puedo expulsar un hilo de babas. Mi cuerpo está vacío. Tengo hambre. ¿Qué hice anoche?

Desde la ventana del salón me llegan destellos rojos y azules. Me acerco y descubro un cielo despejado, un sol radiante que empieza a levantarse tímidamente, tiñendo de rosa los tejados. No puedo creer que haya dejado de llover. Oigo pasar los coches patrulla, ellos dispersan las luces que he visto. Aquí siempre pasa algo. Tal vez ahora Sara quiera mudarse conmigo a un barrio más tranquilo. Bueno, si consigo sacarla de su ático elegante. Se lo dejaré caer cuando todo esto acabe.

Al fin he conseguido estabilizarme y decido arriesgarme a llegar al baño, pero entonces un estallido ruidoso me llama la atención, un escándalo que conozco taladra mi dolorida cabeza. La televisión ha vuelto a encenderse.

Por alguna razón ya no me asusto. Es como parte del ritual, es lo convenido. Simplemente trago saliva, me resigno, qué toca ahora. Quién. Por mi mente circulan los rostros de Danny, de Martha, Leroy, Sara...

No, por favor. Que no sea Sara.

Lentamente me encamino al sillón y me siento frente a la tele. Apenas la toco la niebla desaparece, la pantalla se queda a oscuras y la gobierna el silencio. Todo se repite, empieza de nuevo.

Parece pasar una eternidad hasta que la negrura comienza a adoptar formas reconocibles. Una silla, un tocador, un armario, una ventana, una cama. Lo reconozco, aunque el encuadre resulta confuso, es el dormitorio de Sara. Ella está allí, dormida y sola, desnuda. Aún distingo su ropa y la mía tiradas en la moqueta. De pronto se despierta y busca más allá de la habitación. La veo asustada, algo sucede en su casa. Se levanta, se viste deprisa y se recoge la melena antes de salir corriendo. ¿A dónde va?

Igual que las otras veces, la imagen no tiene sonido. En silencio, sigue a Sara por el pasillo y el salón, sale del apartamento tras ella y se esconde en la penumbra de la escalera hasta que la puerta del ascensor se cierra. De repente todo se apaga y regresa la niebla. Maldito zumbido.

* * *

Solo han pasado un par de minutos cuando la imagen vuelve a oscurecerse y a dibujar la silueta de Sara a contraluz. Camina deprisa por una avenida, bajo la lluvia, se ha olvidado el paraguas. Parece que llegue tarde a algún sitio y gira a menudo la cabeza como si buscara entre las tinieblas. Creo que teme ser perseguida, y sin embargo no ve a quienquiera que la esté acechando. Con una facilidad pasmosa su acosador le gana terreno. Cuanto más se acerca, más apresuradamente se ve obligado a ocultarse si parece en peligro de ser descubierto. Sin embargo, es un hábil cazador, lo ha hecho decenas de veces y sabe cómo emboscar a su presa. Cuando Sara cruza la calle, el asesino le está pisando los talones.

Yo sufro clavado en mi sillón, impotente, preferiría estar muerto a tener que ver lo que me temo que no podré evitar. Aún no consigo, por culpa de la oscuridad y la lluvia, averiguar en qué rincón de la ciudad se encuentra, solo puedo sentir su miedo, adivinar que corre un grave peligro. Por un momento creo reconocer algunos letreros, pero no con la claridad suficiente, no de un modo definitivo. No quiero aventurarme a salir a por ella y equivocarme de sitio. El error sería irreparable.

Sara atraviesa un callejón estrecho que alberga media docena de contenedores de basura y aparece en un gran bulevar. Vislumbro un centro comercial dormido. Podría salir a buscarla, pero va tan deprisa que sin la televisión la perdería. Sin darse un instante para el descanso, cruza el puente sobre el río y entra en el parque. Ha corrido durante casi quince minutos y está agotada, así que se detiene junto a la valla metálica y se sienta en el muro de piedra para recuperar el aliento. A su espalda, una sombra que no ve se le acerca desde los columpios, se esconde tras los caballitos inertes del tiovivo.

De repente la mujer se sobresalta y mira hacia atrás, pero no ve nada. Incómoda, se levanta y continúa caminando, esquiva los charcos del sendero y va dejando atrás los bancos de madera salpicados por la lluvia. El viento agita su coleta, hace mucho frío. En ocasiones la imagen se acerca demasiado, como si la fuera a tocar, un soplo de aire se ahoga en mi pecho y me pregunto cómo no le oye, por qué no sale corriendo. Otras veces se para, la deja alejarse como si jugara con ella. *Disfrutas con esto, cabrón.*

Los relámpagos llenan el cielo de luz y se reflejan en la superficie azotada del lago. Poco después Sara sale del parque por el extremo contrario y se interna por las callejuelas laberínticas que serpentean entre los edificios grises del barrio antiguo. A veces se detiene y mira hacia atrás, pero nunca ve a nadie. Entonces echa a correr hacia una bocacalle descuidada y se esconde tras unas cajas. Su cara es una mueca atrapada por la tensión, se tapa la boca con una mano mientras se esfuerza por escuchar, por distinguir... No ve que nadie la siga. Santoro, Santana, es un depredador implacable y sabe ocultarse. La mujer asoma la cabeza y se atreve a salir de su escondite, camina muy despacio entre las sombras del callejón. Escucha algún tipo de ruido a su espalda y se gira, entonces descubre la sangre, el charco viscoso en

el suelo, la observo mirarse la bota manchada, la veo gritar, darse la vuelta y echar a correr.

¡Sara sal de ahí!

La imagen salta desde detrás de los escombros y emprende la carrera tras ella.

* * *

El pasadizo resulta especialmente estrecho, me pregunto cómo Sara puede ver por dónde pisa. Al final dobla un recodo, noventa grados que pueden suponer un respiro en su escapada. El asesino la sigue de cerca, pero aun así cuando la vuelvo a ver ha conseguido unos metros de ventaja.

De pronto la imagen se ralentiza, el cazador ha dejado de correr. Por alguna razón tengo la impresión de que Chino ha llevado a Sara exactamente a donde quiere tenerla. Si no me engañan mis ojos, lo que brilla al final del callejón bajo la luz acuosa de una farola es una alta verja metálica que acaba de condenarla. Empiezo a escuchar las carcajadas de Santoro y eso no me gusta nada.

Sara se para y baja los brazos. La imagen se acerca, despacio, tanto que casi puedo tocarla, pero ella no se da cuenta, está mirando a otro sitio, en concreto hacia arriba.

En la pared, bajo la farola, hay un cuerpo colgado de la barandilla de una escalera de incendios. Le falta la cabeza. Lleva puesta una americana, abierta, el contenido de su abdomen chorrea por encima de sus pantalones.

Un relámpago colorea las nubes sobre el callejón. Sara grita horrorizada y tropieza contra la pared, no quiere mirar, no puede hacerlo. La imagen se acerca todavía más, puedo ver las lágrimas de mi exmujer brillando como destellos de cristal. Se agacha a recoger algo del suelo, algún objeto que ha golpeado sus botas. Se incorpora con algo esférico en la mano, es del tamaño de una pelota. Lo deja caer y chilla histérica cuando descubre que es la cabeza de Danny Deacon.

Mi pobre Sara. Se gira hacia la imagen, veo su cara. No puedo evitar llorar como ella, mi alma también está desgarrada, el dolor... Entonces me mira y es como si sus iris de mar atravesaran la pantalla. Me mira y después aprieta los párpados. No grita al descubrir a su asesino. Llora, solamente llora. Creo que ya está muerta cuando recibe la primera cuchillada, la que cercena su cuello de oreja a oreja.

La televisión se apaga. Mi grito ha debido resonar en todo el edificio.

* * *

Un destello cegador ilumina la imagen de nuevo. Los objetos vuelven a tomar forma y veo el cadáver decapitado de Sara destrozado a puñaladas. De la piel que

acariciaba hace unas horas no queda nada. Pero lo que ha llamado la atención del asesino, lo que ha hecho que vuelva la imagen, que esto no haya terminado, es el fulgor, el disparo.

Algo estalla en la pared del fondo, veo un chispazo y la imagen se gira bruscamente. Al otro lado del callejón está Miles Deveraux, arma en mano, gritando algo que no escucho. En mi pantalla el lúgubre pasadizo y el policía forman una foto fija. El detective está paralizado, aterrado como si hubiera visto un fantasma.

Unas botas negras aparecen en la imagen y empiezan a caminar hacia él. Deveraux vuelve a disparar, pero tal es su temblor que yerra el tiro. El asesino se abalanza sobre él. Es Chino, no hay duda, tal vez más fornido de como le recuerdo, pero su forma de andar, de moverse, no deja lugar a dudas. Con un puño de emoción atascado en la garganta veo a los dos hombres forcejear. Santoro le arranca al agente el arma de las manos, por un momento parece que fuera a arrancarle el brazo entero. La lucha es grotesca y desigual, llego a sentir lástima por ese hombre, no menos de tres veces más ligero que su oponente. No sé cómo ha llegado hasta allí, quizá haya seguido a Sara, no veo otra explicación. Al final consiguió dar con su asesino, apuesto a que no esperaba encontrarlo de esa manera.

Deveraux ya está en el suelo y Chino ríe satisfecho, arañando mis oídos como un hierro contra la pizarra. Sentado sobre él no tiene su machete, quizás todavía clavado en el amasijo de carne que es Sara, pero le está moliendo a golpes de todos modos. El empedrado del callejón está teñido de sangre. De Danny, de mi exmujer, del detective. En mi salón, la risa de Santoro se funde con mis lamentos. Siento mi cabeza a punto de estallar, una punzada como nunca había sentido parece querer partir mi pecho. Los gritos de mi enemigo se elevan, crecen, inundan mi cerebro, lo desbordan como si quisieran romperlo. También yo empiezo a chillar, no puedo más, he llegado a mi límite. Me golpeo en la cara, me tiro del pelo, bufo, me agito fuera de mí y no sé parar de llorar. Casi me asfixio, qué más da, si no me queda nada por lo que respirar. Caigo rendido sobre el sofá y me esfuerzo por recuperar la calma, acabo de darme cuenta de que la televisión todavía no se ha apagado.

La voz de Santoro decrece hasta convertirse en un susurro, hasta desaparecer del todo. Por alguna razón sé que no volverá y eso, estúpidamente, me hace sentir mejor. La imagen bascula de un lado a otro, ha vuelto a empezar a correr; en las paredes de los edificios que va dejando atrás se reflejan las luces intermitentes —amarillas, rojas, azules— de ambulancias y coches de policía. El asesino huye, al límite, chocando, tropezando con farolas, bancos y contenedores de basura. Trata de esconderse en las sombras y busca los callejones oscuros para eludir los ojos que le persiguen. Atraviesa el parque como una exhalación, no le oigo, pero es como si sintiera sus jadeos; cruza un puente, salta una valla, sube unas escaleras y dobla una esquina antes de entrar en un portal. En ese portal.

El espejo

Son las siete de la mañana, ya ha amanecido y la televisión está apagada. No creo que vuelva a encenderse.

La tormenta y la oscuridad que permitieron los asesinatos de Sara, Tom, Danny, Charlie, Crystal y Deveraux han remitido y parece que hoy lucirá un sol espléndido que ya llena de grises mi apartamento. Solo, dolorido y agotado, me derrumbo una vez más en mi viejo sillón y dejo que mi cabeza caiga contra el respaldo, no tengo energías para mantenerla erguida. Con todos mis músculos apáticos y la mente en blanco, pierdo la mirada en el techo antes de que los párpados caigan lentamente. Ojalá pudiera dormir, pero no es el momento. Sin querer recuerdo los ojos de Sara antes de que la matara, su cuerpo desplomándose con el cuello abierto, mi amor hecho mil pedazos. Ojalá pudiera llorar, pero ya no lloro.

Sé que debería sentir pena o dolor, pero son sentimientos que ya no encuentro. En realidad, creo que ya no encuentro nada. Yo también he muerto, he muerto en vida. Mi cuerpo está cansado y mi corazón también, y no tengo más ganas de luchar. Me temo que ya no hace falta. La venganza está completa, qué más puede arrebatar-me.

En lugar de lástima o ira, lo que siento es vacío. He gastado mi última lágrima.

No siento dolor porque ya todo lo es, formo parte de él. Soy suyo. Vivo dentro del dolor. No me rebelaré ni iré en busca del asesino, asumo mi pérdida, me rindo.

Así, abro los ojos y encuentro los primeros reflejos del sol que entran por mi ventana. Me identifico con el silencio, bajo la cabeza y respiro. Todo ha terminado.

Me pongo de pie y me acerco a la cristalera. Algo extraño, como un resplandor, llama mi atención a través de las cortinas. Unos débiles zumbidos y unos destellos de colores se acercan rápidamente. Después de mucho tiempo descubro sobre mí, a lo lejos, un arco iris que cruza la ciudad de punta a punta. En la calle, a mis pies, las luces de colores se reflejan en las fachadas y unas estridentes sirenas me ayudan a despejarme. Los coches patrulla no tardarán en aparecer por la avenida.

Me aburro y decido ir al baño, una buena ducha repondrá una vez más mis músculos. Agua tibia y el jazz. Al salir pondré un disco. Avanzo pesadamente, arrastrando los pies mientras me quito unas botas cubiertas de barro. Atravieso a oscuras el pasillo y al llegar a mi dormitorio enciendo la luz. Al fin lo comprendo todo.

El espejo me devuelve la imagen de un hombre extenuado. Mis brazos caídos y mi expresión indolente demuestran lo dura que fue la noche. Contemplo un segundo mis manos ensangrentadas, sangre que también mancha mi cara y mi ropa. Esa ropa negra y húmeda que no reconozco. Si me esfuerzo, tal vez sea capaz de recordar dónde dejé el cuchillo.

No siento asco ni miedo. En cierto modo, creo que siempre lo he sabido.

Tampoco hay remordimientos, ni siquiera un recuerdo por ellos. Tal vez Dan lo averiguó, quizá su llamada era para decirme que me alejara de Sara, que Raimond Santana era el preso abatido, que murió, igual que Santoro. Sí, creo que lo sabía.

* * *

Bien, ahora puedo descansar. Ya no queda nadie que sepa dónde voy a esconderme.

* * *

Dicen que hay gente que vive de su pasado. Ahora sé que, a veces, es el pasado el que vive de uno. Y ahora también, por primera vez, sonrío.

Playa Blanca, marzo de 2013.

Agradecimientos

Gracias Juande, Darío y tantos otros por no dejarme caer, Mamen y Elena por auparme, a Ediciones Tagus por confiar en mí y, sobre todo, a los míos, mi círculo de locos geniales, por seguir haciéndome reír cada día.

Y recuerden, si en algo no están de acuerdo, levanten la mano y con voz firme anuncien: «¡Protesto!».



MIGUEL AGUERRALDE MOVELLÁN (Madrid, 20 de junio de 1978). Residente en Lanzarote, es maestro de Primaria y escritor de novelas de suspense y terror.

Es miembro de *Nocte* y de *ESMATER*, colaborador habitual de la revista *Ultratumba* y de la web *Paraíso4*, además de articulista en la publicación local *Yaiza te informa*.

Ha participado en antologías de relatos como *Taberna Espectral* (23 Escalones, 2010), *Errores de Percepción* (DH Ediciones, 2011), *Monstruos Clásicos* (Cultura H, 2011), *Calabazas en el Trastero Especial Clive Barker* (Saco de Huesos, 2012), *Postales desde el fin del mundo* (Editorial Universo, 2012), *Fantasmagoria* (Ediciones Tombooktu, 2013), *Ácronos* (Tyrannosaurus Books, 2013), *No eres bienvenido* (La Pastilla Roja, 2013), *Leyendas Urbanas* (Ed. Universo, 2013), *Body Shots* (Dolmen, 2013) e *Historia se escribe con Z* (Kelsonia, 2013), y hasta la fecha ha publicado varias novelas más o menos cercanas al terror: *Claro de Luna* y *Noctámbulo* (Ediciones Idea, 2009 y 2010), *Los Ojos de Dios* (23 Escalones, 2010), *Caminarán sobre la tierra* (Dolmen, 2013) y *Despiértame para verte morir* (Click Ediciones, Grupo Planeta, 2014).